



# Amante y cautivo

*Florencia Palacios*

Amante y cautiva-Florencia palacios. Año 2019 octubre

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.

Amparada en la ley universal de derechos de autor y registrada en safecreative.org.

© 2019 by M.N. Marozzi

© Amante y cautiva-Florencia palacios (seudónimo)

## **Nota de la autora.**

La presente forma parte de la trilogía millonarios italianos pero es una historia independiente a la anterior: Adriano Visconti (abril 2019) y todas pueden leerse de forma independiente: Adriano Visconti, Amante y Cautiva y Il Diávolo (que será publicada en noviembre del 2019)

Espero que el lector disfrute su lectura, es una novela romántica y erótica contemporánea que procura ser una novela ficticia y entretenida para pasar un rato agradable.

Advertirles que contiene pasajes eróticos explícitos por lo que esta novela está dirigida a un público adulto.

Pueden seguir mis novedades en mi página oficial de Facebook.

En pocos meses publicará la tercera parte de esta saga de millonarios: Il diavolo.

Y por último decirles que agradezco todos sus consejos para mejorar mis historias pues lo hago por simple placer y buscando mejorar siempre, y también su apoyo vía mail.  
Florpalacios31@yahooo.com

Los nombres mencionados en la presente no son reales y he usado como muchos escritores ciertos estereotipos para hablar de rusos, italianos e ingleses y espero que nadie se sienta ofendido o molesto por ello.

## **Amante y Cautiva (millonarios italianos 2)**

### **Florenxia Palacios**

Ron Stratford entró en la habitación muchas miradas se volvieron para ver al imponente conde de Stratford, heredero del antiguo linaje llegar y tomar posesión de la herencia.

Era el único heredero del fallecido conde y no era su hijo sino su sobrino.

Una serie de trágicos e inesperados sucesos convirtieron al conde en un hombre solitario y de mal carácter.

Nunca se había casado por una historia de amor igualmente truncada y triste. Algo que solo recordaban los más viejos. Amores contrariados con una dama casada que no tuvo el final esperado y luego, la soledad, la apatía, los negocios y algunos ratos de ocio y esparcimiento en la gran ciudad.

Como resultado ahora el sobrino lo heredaría todo. o eso esperaban sus familiares que miraron con envidia al hijo del hermano del fallecido que ya era rico, pero ahora lo sería mucho más.

Algunas damas se movieron inquietas pues Stratford era un hombre guapo, como todos los de su linaje. Hombres fuertes y viriles, capaces de enamorar a cualquier mujer y volverla loca también. Allí estaba ese magnífico ejemplar de macho alfa, fuerte, dominante, de cabello oscuro y corto como era la moda de entonces, el rostro ancho vital y los ojos de un inesperado tono índigo. Pero lo que en otros ejemplares habría suavizado la expresión de su rostro en él ocurría lo contrario, lo acentuaba más. Hasta la voz era fuerte y viril, como un toro rugiente. A su paso despertó suspiros y algunas especulaciones pues sabían que ese se quedaría con todo. Y encima era soltero. Todavía era soltero. Ni siquiera tenía novia. Es decir, no lo que las damas presentes habrían considerado novia. Para esa gente distinguida y formal, novia se le llamaba a la dama que ostentara un anillo de compromiso, novia era la que estaba a punto de casarse, no la que salía con

un hombre soltero para pasear y acostarse. De esas había muchas por supuesto, pero con un anillo ninguna.

—¿Es muy guapo no lo crees, Elie? —dijo una mujer de traje color rosa y un sombrero muy pintoresco con flores y cuernos.

Elaine miró a su madre molesta, ya estaba la vieja casamentera en busca de un hombre adinerado para casarla. Miró a su madre furiosa.

—Es un primo lejano, ¿se te olvida? —replicó.

Su madre hizo un gesto de: “y eso qué?”

—Hoy día nadie se casa con un primo ni cercano, ni lejano—aseguró Elaine.

Sí que era guapo el primo Ron y siempre le había gustado, pero sabía que no era para ella y punto.

—Pero necesita una esposa, ¿se te olvida? —insistió su madre.

La joven rubia vestida de negro hizo un gesto de no puede ser, pero al ver la ansiedad en la cara de su madre respondió:

—¿Y crees que me elegirás a mí? Tengo treinta, soy abogada y hago lo que quiero. Además, ya me conoce.

—Oh por favor, deja de menospreciarte así. Tú tendrías posibilidad si te mostraras menos reticente.

—¿Bromeas? Ese presumido se buscará una muy joven y tonta para poder llevar de las narices.

Su madre la miró horrorizada.

—Tonterías, tú pareces de veinte.

—Pero no tengo veinte, mami y él lo sabe. Sabe que conmigo no tendría suerte.

—La tendrías si te esmeraras y no salieras con imbéciles y escogieras mejor.

Elaine miró a su madre risueña.

—Bueno, ya llegará el indicado, mientras seguiré divirtiéndome con el equivocado como dicen por ahí.

Su madre no entendía. La pobre vivía en una burbuja donde hombres inteligentes, guapos y acaudalados caían rendidos a los pies de una mujer hermosa y se convertían en príncipes azules. En su pequeño mundo no existía el divorcio, los cuernos, ni los hombres brutos que olvidaban, engañaban y se comportaban como patanes por supuesto. Esos miserables eran una minoría de personas desagradables de las cuales prefería no enterarse. Y tenía esa mentalidad retrógrada de atrapar al heredero. Sí, igual que todas las novelas cursis que leyó en su adolescencia. Su madre parecía salida de una novelita rosa romántica y no había manera de que cambiara el chip.

—No comprendo por qué eres tan necia y tan dura. Tú no te valoras. Si lo hicieras...—la mujer volvió al ataque, exasperada al ver que ese regio candidato se le escurría y seguramente (por desgracia) escaparía de sus garras por culpa de su necia hija.

—Mami, eres tú quien no sabe cómo piensan los hombres. Ese es un pez gordo, lo sé, pero no seré yo quien lo atrape. Sino alguna tontita de veinte, virgen y estúpida. Conozco bien a Ron, sé cómo piensan los hombres como él. Por eso jamás perdería el tiempo tratando de llamar su atención. Él nunca se fijaría en una mujer como yo. Ni creo que sea mi tipo tampoco. Es un macho rudo y egoísta que sólo busca a las mujeres cuando quiere sexo y placer. No le interesa algo romántico, nunca lo he visto enamorado de ninguna mujer.

—Por eso tú tienes oportunidad. Eres guapa y muy lista, tú podrías atraparlo si te esmeraras. Eres de la familia, además, tienes la misma sangre.

—Mami deja de soñar. Atrapar al heredero como en las novelitas que tú lees, por favor, yo no lo necesito, estoy muy bien así.

—Estarías mejor si llevaras una sortija de compromiso.

Su hija la miró molesta.

—Por favor, con lo poco que duran los maridos hoy día. ¿Es que no te has enterado?  
Ocurre en todas partes.

El heredero saludó a los presentes con un gesto y luego se sentó y aguardó imperturbable la lectura del testamento.

A Ron Stratford sólo le interesaba el dinero. Y el sexo ocasional. Su prima Elaine lo conocía bien. Pero de pronto todos los presentes de esa sala lo vieron ponerse tenso y furioso.

—Debe haber un error—masculló entre dientes.

—No, no hay ningún error, señor Stratford. Sólo podrá recibir el legado cuando se case y tenga un heredero barón para el título. Hasta tanto el dinero será suyo, pero no podrá disponer de él. Ni de las propiedades ni de esta casa.

Hubo un murmullo de voces de fondo y el heredero se mostró cada vez más furioso, no podía creer lo que decía ese testamento.

—Ese testamento es un disparate. Lo hablaré con mis abogados—replicó Ron Stratford con un gesto muy determinado.

El albacea replicó en tono inflexible:

—Por supuesto que puede hacerlo, sir Stratford. Hable con sus abogados, pero le advierto que esta es la última voluntad de su tío y debe respetarse.

El heredero lo miró incrédulo y luego al notar la burla en esos parientes lejanos y fastidiosos, se tensó aun más. No solía sociabilizar con ese puñado de cretinos. Sabía que estaban allí como buitres, como cuervos, aleteando de un lado a otro, gruñendo y esperando con ansiedad algún legado por más insignificante que fuera, pero todos ellos sólo un par estuvo siempre junto a su tío hasta los últimos días. Él sentía especial afecto por ese tío solterón, se parecían, como padre e hijo, pero no era su padre por supuesto. Sin embargo, como el suyo murió siendo niño, el tío Louis de cierta forma ocupó ese lugar. Su madre volvió a casarse con el tiempo, pero jamás tuvo simpatía por su padrastro y afortunadamente tampoco vivió mucho.

Con el tiempo los estudios y su entrada en el mundo de los negocios lo hicieron crearse su propio círculo de amistades. Relaciones estables pero que no habían dejado huella. Y por supuesto no tenía en mente casarse y mucho menos tener un hijo.

Por esa razón era muy cuidadoso en sus relaciones y jamás cometía un desliz. Era muy controlado y no sentía inquietud alguna por cambiar su estado civil. Durante años tuvo una novia que tuvo que dejar porque comenzó a insistir en eso de bodas y anillos. Tuvo que decirle adiós y era una buena chica, la quería sí, la quiso mucho pero no creía que debiera casarse.

A él le gustaba hacer las cosas a su modo. Tenía todo ordenado y organizado. Era un maniático del orden, de la higiene y odiaba el caos de tener a una mujer en su vida metida en su departamento. Ya lo había vivido, ya lo había probado y no le gustó.

Su tío estaba loco. Claro. Él fue un solterón toda su vida, pero no quería lo mismo para él y se lo dijo en varias ocasiones. Pensó que bromeaba, él bromeaba con eso. jamás pensó que redactaría una cláusula tan ridícula, le dejaba toda su fortuna sí pero antes debía casarse en el plazo de un año o dos y también tener un hijo varón. Eso ya era demasiado. ¿Dónde iba a encontrar una esposa? ¿Dónde podía alquilar una esposa que además estuviera embarazada para ganar tiempo?

Abandonó la mansión deprimido ese día. La muerte de su tío era muy reciente. Su larga y penosa enfermedad que lo fue devorando lentamente quitándole hasta el último hálito de vida lo dejó mal, muy mal, todavía lo sufría y se preguntaba qué rayos con este mundo, nacer, vivir y terminar siendo un cadáver dentro de un féretro. Qué porquería era todo. ciertamente que no era un hombre religioso, nunca lo había sido y toda esa historia del cielo, infierno, pecadores y castigos le parecía una fábula absurda en la que no creía para nada, cada vez menos. Si su madre en algún momento se esmeró por inculcarle fe pues la había perdido. Hace tiempo. Pero él fue el único de sus parientes que estuvo hasta el final junto a su pobre tío y pensó que la vida era la cosa más absurda y sin sentido. Tanta lucha, tanto dolor y amargura para terminar encerrado en un cajón o incinerado dentro de una urna, paseando de un lado a otro... una vida entera convertida en polvo.



El funeral, el testamento, todo lo dejó agotado y bastante irritable. Ese día no tuvo humor para hablar de nada más, pero en respeto a la memoria de su tío se tomó el día libre y el siguiente.

\*\*\*\*\*

—Me temo que no hay nada que podamos hacer, señor Stratford.

Había oído esa frase hacía tiempo, cuando los doctores le confirmaron que su tío sufría metástasis, que el cáncer de pulmón que padecía y había superado hacía tiempo había regresado y había avanzado de forma terrible, sin detenerse, tomando otros órganos hasta llegar a los huesos. Fue tan sorprendente que no se pudo hacer nada, casi nada.

—Tú jamás has pronunciado esa frase, Angus. Me sorprende.

—Lo siento, pero es la verdad. Debas hacer lo que dice o tu tío o te quedarás sin la herencia. Sería injusto ¿no lo crees?

—Injusto? Injusto es tener que casarme con una mujer y pedirle que, además, me dé un hijo. un hijo varón.

—Es una antigua tradición, tu abuelo lo hizo y antes que él su bisabuelo. Los hombres de tu familia en general eran forzados a casarse antes de los veinticinco años. al menos eso ha cambiado. tú lo sabías.

La rabia del heredero iba en aumento.

—Mis ancestros eran unos terratenientes holgazanes. ¿Qué otras cosas podían hacer sino casarse? Antes no había televisión. Su única distracción era ir de cacería, jugar a los dados y retozar con una mujer. Pero ahora hay miles de cosas mucho más interesantes para hacer en la vida, hombre.

—Pero eres el heredero de una gran fortuna, y esa herencia trae responsabilidades. No puedes vender nada y no podrás tocar nada hasta que cumplas las condiciones. ¿Tu tío nunca te lo dijo?

—Pues no, jamás lo mencionó o tal vez sí... hace tiempo. De todas formas, no pienso

cumplir esas condiciones.

—Vamos, Ralph, sólo habla con alguna amiga y pídele que sea tu esposa. No ha de ser tan difícil.

El millonario lo miró incrédulo.

—¿Y crees que me casaré con una de mis amigas?

—Será una boda falsa y supongo que tu tío lo hizo para que sientes cabeza.

—Igual así no lo haré no pienso hacerlo.

—Si no lo haces lo perderás todo.

—Debe haber algo más, algo que pueda hacer.

—Pues no, no lo hay. A menos que prefieras que tu hermano menor meta mano a tu herencia. No lo merece, ¿verdad?

Sólo su abogado y amigo era capaz de decirle las cosas en la cara, ningún otro se hubiera animado.

—Ese fue un golpe bajo.

—Tal vez, pero pasará si dices que no te casarás. Vamos. Consigue una chica guapa, alguna secretaria que esté loca por ti. Una mujer tonta y enamorada es todo lo que necesitas.

¿Mujer tonta y enamorada?

—No hay mujeres tontas en este mundo, Angus. Tú sabes mejor que nadie que eso es así. Además, no estoy dispuesto a soportar a una mujercita mandona y engreída que me lleve de las narices por todas partes luego de que se entere de que necesito tanto esa boda.

—No se lo digas y punto. Parece que no eres capaz de lidiar con una esposa, pensé que tenías más carácter. Como si le tuvieras miedo a una mujer.

Stratford lo miró furioso.

—Quieres provocarme, supongo.

—Tú escoge qué quieres hacer.

—Es injusto, diantres, siempre estuve allí. Fui el único que se preocupó por mi tío.

—Es inútil que te atormentes con eso, siempre supiste que por ser el heredero...

—Mi tío nunca se casó y sin embargo era el dueño de todo.

—Porque era tu padre el heredero, ¿lo olvidas? Como murió joven todo volvió a tu tío. Y él te lo deja a ti con esa condición.

—Una condición tirana y absurda. Un tormento. Él sabía bien lo que pensaba del matrimonio.

—A lo mejor le daba pena verte tan solo, no quería que fueras un solterón como él. Tú eres muy parecido a tu tío.

—Por eso sabrás que no quiero casarme ni tener hijos.

—Tu tío era más tierno que tú de joven, a él le encantaban los niños y habría sido un buen padre. Lo fue para ti. Te quería como si fueras su hijo y, además, él no se casó porque pasó toda su juventud enamorado de una mujer casada. Conoces la historia.

—Sí, una mujer que no tuvo la valentía de enfrentar a su marido y prefirió quedarse con él en vez de ... ¿Por qué no buscó una esposa?

—Tu tío era un caballero y, además, era un Stratford. Hombres que se enamoran una sola vez en su vida. Me pregunto si sabrás cómo es eso, muchacho. Eres tan frío que me pregunto si alguna vez te habrás enamorado realmente de una mujer.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Nada... pero si te hubieras enamorado alguna vez, si hubieras sufrido por amor entenderías muchas cosas y podrías comprender mejor por qué tu tío no quiso casarse.

—No quiso casarse porque le gustaba disfrutar la vida sin complicaciones. Como yo espero hacerlo.

—¿Y crees que una esposa y un hijo te privarían de ser feliz y disfrutar todos los placeres egoístas de este mundo?

—Vamos Angus, tú sabes lo que es una esposa.

—Sí, lo sé. Soy muy afortunado. Búscate una chica así, sencilla y amorosa y muy ardiente. Está comprobado que el hombre casado vive más que el soltero.

—¿Crees que puedo ir a una tienda y buscarme una rubia guapa y ardiente que quiera ser mi esposa? ¿Y que esté dispuesta a darme un hijo? Ninguna mujer aceptará eso sin estar enamorada. Y no quiero embaucar a ninguna mujer, no es mi estilo. Ni mentir.

—Entonces compra una esposa. Hay un mercado negro que se dedica a eso. Hombres que necesitan una esposa para tener estatus o heredar, u ocultar que son gays. En países conservadores se da mucho que el hombre deba fingir y ocultar su homosexualidad comprando una esposa que tendrá de adorno.

—Yo no soy gay ni pienso comprar una esposa. ¿Estás loco?

—Bueno, sé que suena horrible, sólo se me ocurrió una posibilidad desesperada.

—Demasiado desesperada, diría yo.

—Es eso o perderlo todo, como tú abogado debo decírtelo.

—Olvídalo, no compraré una esposa.

—Entonces convence a una de tus amigas para que se case contigo.

No, no lo haría.

Luego se puso a pensar que no era una posibilidad tan loca. Quería conservar esa casa de campo, las tierras y las otras propiedades. No era justo que su hermano menor se quedara con todo. él sí era capaz de comprarse una esposa en el mercado negro. Tal vez él debía hacer lo mismo. Comprar una esposa dulce guapa y sumisa. Como una de esas chicas de la agencia de mujeres finas y guapas que dormían con él por dinero. Era más sencillo que conquistar o

conversar.

Pero comprar una esposa era otro cantar. No era pagar por una noche de sexo. Él además era un hombre exigente. Si quería comprar una esposa no compraría la primera dispuesta a venderse.

Un contrato. Un matrimonio falso. Y un hijo fruto de esa locura.

Sintió que era demasiado.

Pero si no lo hacía perdería todo. era su herencia, diablos, su vida entera había estado en esa casa. Luego de la muerte de su padre su tío casi lo había adoptado y su madre no se opuso. Ahora todo había cambiado.

\*\*\*\*\*

Una semana después Ron se reunió con un amigo para hablar del asunto.

No era un amigo cercano, en realidad era un socio que sabía mucho de cosas sucias. Lo informaba sobre personas que no eran de fiar y también le había conseguido alguna de esas chicas finas para salir del prostíbulo vip.

Era un millonario italiano. O decía ser un millonario italiano. En realidad, él sospechaba que tenía mucho dinero, pero no era más que un italiano astuto con mucha astucia y dinero habido de forma tramposa, sucia. Y no era prejuicio contra los italianos, es que él era así.

—Así que buscas una esposa, amigo mío. Rayos. Y supongo que por eso me has llamado. Quieres una chica a tu medida y que, además, te obedezca en todo. y sabes que por ello pagarás una buena suma.

—Lo haré si me gusta la chica primero debes mostrarme un catálogo si es que tienes y me tomará un tiempo decidirme.

El italiano sonrió.

—Muy bien amigo, sabes que puedes confiar en mí. soy discreto y, además, conozco bien

tus gustos.

—Debe ser una virgen, una chica decente, educada y guapa. Que al verla me enamore y me quite el aliento. Sin eso no te pagaré más que una comisión por las molestias causadas.

—Sí, tengo lo que buscas. Pero no son vírgenes. Pides demasiado. Si están en el negocio es porque perdieron la virginidad hace rato, aunque sí puede haber alguna que busque vender su virginidad a un millonario.

—No, no quiero eso. No pagaré un millón por una noche, necesito una esposa por más tiempo y, además, deberá darme un hijo. Le daré una buena cantidad por eso. Mucho dinero. Y ese dinero lo tendrá ella, no tú. Deberás convencerla y ahorrarme ese trabajo. Te pagaré bien por eso.

—Tengo a la chica que buscas... es muy guapa, es rubia, pero hay un problema. Dudo que sea virgen. Mira.

Vio su fotografía en el celular. Era una chica muy bella pero evidentemente no era virgen.

—No voy a casarme con una ramera paga, ¿quieres arruinarme? Busca una chica que recién empiece en el negocio y necesite el dinero.

—El problema es que tú ofreces dinero, pero poca libertad. Deberá ser tu esposa y darte un hijo, eso sólo lo aceptaría una mujer desesperada o una ramera. Puedo escoger una que recién empiece, pero no será virgen.

—Busca una chica joven y virgen. Haz lo que tengas que hacer y luego me avisas si tienes lo que estoy buscando. No quiero trucos, ni chicas operadas. Debe ser auténticamente virgen, decente, sin mancha.

El italiano lo pensó y luego le dijo:

—Lo que me pides es riesgoso y también ilegal. ¿Estás dispuesto a seguir adelante?

—Si encuentro lo que busco por supuesto. Primero ofrécame algo que valga la pena.

—Lo haré. hay muchas chicas en busca de mejorar en esta vida, son ambiciosas

emprendedoras y harían lo que fuera... pero no cumplen todas las condiciones que pides. Tal vez deberías ceder.

—No, no pienso ceder.

—Lo pones difícil.

—Tú sabes dónde buscar, tienes contacto con el inframundo. Siempre consigues lo que deseas.

—Una esposa debe saber de sexo, amigo, debe saber cómo hacer feliz a un hombre. Una mujer virgen estará nerviosa y asustada y no podrás...

—¿Y vas a decirme qué mujer me llevaré al altar? Debe estar a la altura de mi familia y de lo que se espera de ella. no me agrada esto, pero me agrada menos perderlo todo.

—Está bien. Veré qué puedo hacer. El resto dependerá de ti. Si realmente necesitas una esposa con tanta premura baja un poco las exigencias, pide otras cualidades. Ciertamente nunca entenderé por qué ciertos millonarios tienen tanta debilidad por las vírgenes, con lo difíciles que son de conseguir. Auténticamente vírgenes me refiero.

—Porque quiero una esposa decente y digna, no una cualquiera que se haya acostado con todos. ¿Realmente te gustaría saber que a tu esposa se la cogieron todos los hombres que aparecieron?

El italiano rio divertido.

—Yo no busco esposa amigo, ya tengo una. Pero en realidad me gustan las mujeres con experiencia y ni siquiera pienso si se acostaron con muchos, lo que me importa es que sepan dar placer. Una virgen no sabe nada.

—Y eso me excita y me encanta en una mujer, su inocencia y frescura. Búscame una hermosa chica que además sea pura, rócala si es necesario. Tú eres muy sucio para conseguir lo que quieres. No escatimes en nada, yo pagaré todo y mis abogados te mantendrán a salvo. Si todo sale bien sabré compensarte. Tú conoces mis gustos, me has encontrado hembras dulces y tiernas,

pero no una auténtica virgen. ¿Crees que puedas conseguirlo?

—¡Diablos! Está bien. Haré lo que me pides. Pero necesitaré anticipos y tiempo. Si tengo que raptar a una virgen y comportarme como un rufián tendré que pedir ayuda a mis amigos. No será sencillo. Tengo muchos contactos, pero primero iré enviándote las fotos de las chicas que tengo ahora. Escoge a la que más te guste. son todas muy hermosas y muy rubias, como te gustan a ti.

El inglés vio las fotos en su celular.

—¿Son ramera?

—Algunas sí. ¿Adivina cuál?

—Vamos, no me hagas perder el tiempo y ver a buscar una que sea guapa y decente.

—Lo que tú quieres puede llevar meses encontrar, no esperes llegar a tiempo para una boda ni para un embarazo. No podrás, no lo conseguirás.

—Por eso te busqué a ti.

—Está bien. Veré qué puedo hacer.

\*\*\*\*\*

En un hotel de Milán.

Un tipo alto barbudo y muy atractivo bebía whisky, fumaba un cigarro y rabiaba, todo a la vez.

—Ese inglés me tiene con un pedido que es un dolor en las pelotas—dijo Ítalo Crespi, el dueño de uno de los prostíbulos más grandes de Milán.

—¿Qué pasa Ítalo? —le preguntó uno de sus socios, dueño de un prostíbulo mucho más pequeño.

—El millonario inglés quiere una virgen que sea dulce y muy guapa. Robusta. Nada de alfeñiques. Debe tener buenas caderas y un trasero redondo. Quiere todo. Y no lo consigo.



—Bueno, yo tengo un par así, pero no son vírgenes. Tu amigo está loco. ¿Por qué quiere una virgen? ¿Hará algún ritual de sacrificar a la virgen en el altar o algo así?

Ítalo apagó el cigarro y sonrió.

—No... necesita una esposa porque va a cobrar una herencia millonaria cuando la tenga.

—Una noble causa.

—El problema es que no consigo.

—Eso se arregla fácil. Primero consigues una que sea guapa y le gustos y luego puedes operarla.

—¿Operarla?

—Se hace en los países árabes, chicas que necesitan casarse y se han tentado con alguno. Es una operación sencilla y queda como nueva.

—Eso es algo delicado.

—Es sencillo. Tú tienes que vender una virgen y si no la consigues, las conviertes y punto. El ruso siempre consigue vírgenes muy bellas y las sabe entrenar.

—Ese tipo es un cerdo salvaje y no me fío de él.

—Pero tal vez tenga lo que buscas. Vamos Ítalo, ese mucho dinero en juego. No querrás perderte una tajada del pastel. Hay una fortuna de muchos millones de libras en juego. No ha de ser tan difícil encontrarle una esposa guapa y virgen a mi amigo.

—Claro que no... veré qué puedo hacer. pero hay pocas vírgenes en venta ahora, muy pocas. Ya no se consiguen como antes. Las mujeres tienen sexo antes que nosotros, viejo, es una realidad. Sienten tanta o más curiosidad que los varones a su edad y por eso... el sexo bombardea en todas partes. En un convento, tal vez... pero dudo que al inglés le agraden las monjas.

Mientras conversaban el italiano recibió un mensaje en su celular. No había perdido el tiempo y le había escrito a su contacto en Milán y este le envió fotografías de las chicas en venta.

Eran muy guapas y sexys y luego de mirar sus fotos preguntó:

—¿Alguna virgen rubia, robusta que resista un parto en nueve meses?

La pregunta sorprendió a su socio y amigo.

—¿Qué mierda de experimento tramas? ¿Algo genético?

—No, idiota. Una esposa y un hijo para cobrar una puta herencia. Para eso.

—Ah, ya entiendo. Virgen ninguna. Lo que pide ese tonto ricachón es imposible. Es francamente ilegal. Pero bueno, si me das una tajada podría ayudarte. ¿Te dijo de qué nacionalidad?

—Le da igual mientras sea guapa, robusta y virgen.

—Tal vez alguna chica de colegio, de un colegio religioso. Pero hay mucho drama ahora, un rapto no sería acertado. La policía está muy sensible por la banda que rapta menores en los colegios. Habrás oído hablar de eso.

—Sí y no creo que le gusten colegialas. No es un perverso. Busca una mujer joven sí, pero con más de veinte.

—¿Y quiere una mujer grande y virgen? Está loco.

—Sí, tal vez, pero es lo que quiere y pagará mu y bien. ¿Por qué crees que te pedí ayuda?

—Porque no tienes nada ni parecido en tu catálogo de ramera finas y guapas. Además, puede que no le guste luego la chica. Mejor será tomar fotografías y esperar y no hacer nada hasta que tu amigo dé el okey. Hoy día la operación para convertir a una chica común en virgen es muy buena... no notará nada la diferencia.

—Y si lo nota me quedo sin mi paga.

—Tú consíguele una muy hermosa y curvilínea y veremos si él mismo no se come el engaño. Porque una mujer como a él le gusta no la va a encontrar nuevita como quiere. Contadas con los dedos. Pero por una buena suma de dinero tendrá todo eso y más.

Luego de cortar habló con su amigo y socio.

—Parece difícil pero no imposible. No pienso perder este encargo.

\*\*\*\*\*

Ron Stratford vio las chicas una semana después y rechazó todas. Ninguna le agradó.

—Me mandas fotos de chicas muy parecidas—se quejó.

—¿Qué? Son preciosas. Tú eres demasiado exigente.

—Bueno, pagaré lo que sea. Sólo mándame algo mejor.

Y así pasaron los días y el inglés se empezó a enfurecer por no tener lo que deseaba y su amigo por no poder contentarle con nada.

Empezó a sospechar que eran todas ramera tratando de engañarle y se crispó.

Tal vez fuera mala idea buscar allí una esposa.

Ni siquiera lo convencía buscar una chica de catálogo.

Tal vez debía olvidar esa idea. El matrimonio no era para él, ¿además dónde encontraría una mujer que aceptara convertirse en su esposa por un tiempo límite y además le diera un hijo? Por dinero tal vez... pero no quería comprar una esposa. No quería tener una falsa esposa por un tiempo. aunque en verdad necesitaba una mujer cerca en esos momentos, su estado de ánimo era pésimo, por momentos ni él se aguantaba.

Por un lado, empezaba a considerar cruel y absurdo comprar una esposa y a su vez sentía mucha más pena al perderlo todo. No quería comprar una mujer, ni tampoco pedirle ayuda a una ramera, pero comprendía que sólo una mujer astuta e inteligente podría cumplir bien su papel.

Y mientras recorría la propiedad a caballo para despejarse y dejar de pensar su amigo el italiano le envió la fotografía de una hermosa chica con traje de novia con la siguiente pregunta: ¿la quieres? Si la quieres será tuya, si no, seguiré buscando.

Contempló la foto sorprendido y emocionado. Era una hermosa chica rubia de grandes

ojos verdes y chispeantes y se veía feliz, radiante envuelta en su vestido blanco, posaba con su vestido como si fuera una modelo eslava.

—Es preciosa. ¿Quién es?

—Es una novia italiana lista para casarse y dicen que es virgen. No estoy seguro al respecto, ya sabes que las chicas de hoy día son muy pícaras. ¿La quieres, aunque no sea del todo virgen?

El inglés millonario vaciló, pero garabateó:

—Sí, la quiero.

Luego miró las fotos que le envió el astuto italiano. Quedó loco con esa chica, qué hermosa era, parecía hecha a su medida, fresca, natural, casi no tenía maquillaje porque sus rasgos eran perfectos. El cabello rubio largo y lacio, los ojos muy grandes y verdes el rostro en forma de corazón y esos labios rojos llenos naturales...

El italiano lo llamó.

—¿Estás seguro, Stratford?

—Sí... al fin me enseñas algo que vale la pena. ¿Quién es?

El italiano respondió con evasivas.

—Temo que esto será algo complicado y más costoso de lo esperado.

—Ofrécele todo el dinero que quieras y creas necesario en cuanto a tus honorarios los pagaré, siempre lo hago.

—Sí, lo sé. pero me refiero a que si estás seguro realmente moveré un dedo. ¿Quieres pensarlo?

—No, no hay nada que pensar. ¿Qué sucede?

—Nada. Sólo quería que estuvieras seguro.

—¿Quién es esa chica? ¿Y cómo diablos sabías que me volvería loco al verla?

—Porque conozco el gusto de mis clientes, sé la clase de mujer que te gusta. Y en realidad sólo probé, tenía otras fotografías para enviarte, pero por lejos la primera es la más guapa y tierna. Como a ti te gustan.

—¿Por qué lleva un traje de novia?

—Porque es modelo—mintió el italiano.

—¿Es modelo? ¿De dónde es?

—Es rusa.

—¿rusa?

—Sí, ahora tengo que dejarte. Tengo trabajo amigo, luego ajustaremos detalles y prepararé una cita para que conozcas a la chica.

El inglés se sintió locamente enamorado pero el italiano fue astuto y se negó a darle más detalles. Ni siquiera le dijo su nombre, pero él tenía sus fotografías y supo que no quería ver otras chicas y que no importaba si la entrevista era un desastre, quería a esa mujer para él. Una rusa hermosa y voluptuosa, se veía besando cada rincón de su femenino cuerpo, como loco, insaciable... Sabía que las esclavas eran muy hermosas y de genio vivo, pero en verdad que eso no le afectaba, él podía rugir mucho más fuerte. No era hombre de dejarse domeñar por ninguna mujer. Se quedó tonto mirando la fotografía.

Tal vez fuera hora de dejarse atrapar por una...se dijo pensando en la chica de la fotografía. Le gustaba tanto que no le importaba nada más. Debía estar loco o muy desesperado, entusiasmarse con una mujer por una fotografía.

\*\*\*\*\*

Irina se vistió con prisa en la penumbra de ese cuarto de hotel y tembló. Ese maldito hombre la miraba como si...

No sabía por qué había aceptado hacer esas fotos atrevidas.

Sí, sí lo sabía. La paga. Pagaban bien por ser una modelo publicitaria de ropa interior y tener curvas naturales, nada de implantes. Trajes de baño, bikinis, pero nada sucio, nada atrevido.

Sin embargo, le habían pedido que luciera vestidos, una marca nueva de ropa esta vez. un vestido de novia en medio de la plaza de Milán, nada que fuera osado.

Hasta que la citaron para más fotos y pagarle. Le pagarían un anticipo muy tentador.

Pero al ver a ese hombre entrar de repente le dio mala espina, sin saber por qué ese hombre barbudo no le gustó, tenía cara de perverso.

—Bellísima, molto bella—dijo.

El fotógrafo sonrió y por suerte había otras chicas, pero ese italiano no dejaba de mirarla como si...

—Puedo pagarte el doble si aceptas un trabajo extra.

Esa frase no le gustó.

Llevaba un año viviendo en Italia por una beca de estudios y había empezado a trabajar en sus ratos libres, era mesera y también modelo incipiente.

Pero no le gustaba cuando le ofrecían una extra de esa forma. Sabía que no sería algo bueno.

—No creo que acepte.

Esperaba que le pagara y se largaría, pero el cretino dio rodeos.

—Tranquila, no voy a hacerte daño si haces lo que pido muñeca rusa—le dijo.

—¿Qué quieres? —estaba a punto de llorar porque si ese maldito le exigía sexo le daría un golpe en las bolas con lo nerviosa que estaba.

El fotógrafo se alejó y los dejó a solas. Supo que había algo raro en esa sesión de fotos cuando vio entrar a ese barbudo de mirada rara y a otro que a su vez empezó a sacarle instantáneas con su celular.

—Tranquila nena, no voy a pedirte sexo. Sabes que podría tomar de ti lo que quisiera y luego estrangularte sin que pudieras hacer nada.

Ella tragó saliva y lo miró pálida, aterrada mientras buscaba con la vista algo para defenderse.

—Sólo quiero que me ayudes con mi amigo inglés. Es guapo y millonario y...

—¿Que te ayude con tu amigo inglés? ¿De qué hablas?

—Tienes que acostarte con este hombre y ser su esposa un tiempo. pagará mucho dinero por eso y te ha escogido a ti. ¿Lo ves? Dije que te conseguiría un buen trabajo como modelo, aunque no deberás modelar sino abrirte a él y dejarlo muy contento en la cama. imagino que sabrás cómo hacerlo.

—Soy modelo publicitaria no una ramera fina. Jamás he dormido con un hombre por dinero.

—¿Ah no? Bueno, dicen que en esta vida hay una primera vez para todo. Tendrás que hacerlo. Verás, no te ofrezco algo deshonesto, una boda inglesa con un hombre guapo y millonario. El sueño de cenicienta. ¿Qué dices?

—Digo que no. No haré eso. Búscate a otra, italiano. crees que soy tonta? Una boda con un millonario.

Quiso escapar, pero ese hombre fue astuto y le mostró una fotografía de su hermana Katia, la más parecida a ella y dos años menor.

—No me dejas hablar, pequeña. ¿Siempre son tan impulsivas las rusas? Mira bien la fotografía, tal vez sea la última vez que los veas así enteros.

—Qué... ¿pero por qué?

—Porque a mi amigo le gustan esclavas rubias y de pecho abundante, así como tú. Una hermosa rubia interesante con encantos. Le envié otras fotos, pero él te escogió a ti.

—¿Me escogió a mí? ¿Y eso cuándo pasó ¿... no tiene sentido. Nunca he visto a ese hombre, ni siquiera me conoce.

—Es verdad. Pero vio tu fotografía y le gustaste. Si no haces lo que te digo haré una llamada a Rusia y le pediré a unos amigos de allí que se lleven a tu hermanita y la vendan a un burdel. Tiene edad suficiente para gustarle a alguien.

—No, no por favor. Haré lo que me pides. Dormiré con ese hombre.

—Así está mejor. Estas fotos lo han dejado como loco. Rayos... qué buenas fotos he podido sacarte. Ahora ponte un abrigo y ven conmigo. La cosa no es tan simple preciosa. No se trata de una noche. Si así fuera sería muy fácil ¿no?

Irina obedeció temblando. Iría a la policía, pediría ayuda. Ella no era una ramera, no se entregaría a un hombre por dinero.

Pero el italiano tenía una foto de su familia, sabía de ellos y también sabía que era una modelo principiante que ganaba dinero haciendo algunas pequeñas campañas publicitarias de ropa interior. Tenía un cuerpo delicado y sensual, un cabello rubio lacio de una tonalidad dorada y ojos inmensos y verdes.

Pero no era su ocupación principal, estaba estudiando una carrera de publicista y periodismo. Quería progresar y por eso había rechazado algunas campañas que eran poco serias. En una ocasión su mánager le dio el teléfono de un millonario italiano que quería conocerla y charlar. Le habló maravillas de ese hombre, pero Irina sabía que ese hombre seguramente quería sexo y pagarle bien. ningún hombre rico se acercaría a ella sólo para charlar.

Tragó saliva y el italiano dijo que debía acompañarlo.

—¿Qué, pero a dónde?

—A un lugar donde cuidan a las chicas que, como tú, están en venta.

Ella pensó que no hablaba en serio, ella no estaba en venta.

Antes de que pudiera hacer algo un hombre alto la atrapó por detrás y la inmovilizó.



Forcejaron y logró golpearlo y la lucha duró un buen rato hasta que se acercaron dos hombres y uno de ellos le dio algo que la durmió. Un spray con algo.

“Diablos, pelea como una gata esta rusa” dijo uno de ellos y otro se rio.

Pensó que todo había sido un mal sueño, que en una sesión de fotos como tantas un tipo corpulento y barbudo le había hablado de venderse por mucho dinero a un millonario inglés. No podía ser real, debía ser una broma.

Pero al despertar se encontró con las muñecas y los tobillos atada a una cama sin poder moverse y no estaba sola, una chica de cabello rubio muy claro fumaba un cigarro y hablaba con alguien por celular en italiano. Estaba mal, parecía llorar.

Otra chica estaba sentada mirándola. Ninguna estaba atada, sólo ella y el cuarto parecía una habitación de hotel de lujo, no un sucucho donde encerraban mujeres.

—Ya despertó—dijo una tercera en alguna parte.

—Avísale a Ítalo.

Lo siguiente que pasó fue que la dejaron así atada durante horas y sólo le permitieron quitarse las sogas cuando llegó el barbudo.

—Va bene, ahora te ves más tranquila. Esta chica es muy brava, es rusa y sabe artes marciales. No se fíen de lo que diga, es mentira, y si intenta algo la vuelven atar o le dan u Las otras se miraron y una de ellas se le acercó osada.

—¿Es para Tintoretto?

—¿Tintoretto?

La chica rubia rio.

—A él le gustan mucho las rubias rusas, ¿es para él?

El barbudo dijo que no, algo molesto de que mencionaran a ese tipo.

—No digan que tengo una rusa, ¿sí? Soto voce, en boca cerrada no entran moscas. Esta

chica es un premio mayor. Pagarán mucho por ella, pero debemos cuidarla y entregarla intacta, sin marcas ni nada. Así que quítale las sogas. Si hace algo deben avisarme y ponerla a dormir un rato. Hasta que se tranquilice.

La habían raptado, la habían encerrado y la querían vender como si fuera una res para entregarla a un tipo extranjero, un inglés, lo dijeron con todas las letras.

—¿Has comprendido Irina Petrov? Si no quieres que tu hermana venga aquí y sea compañía de las demás harás lo que te diga.

Ella no dijo nada, seguía pensando que todo era un sueño. Una horrible pesadilla en realidad, el hotel, las chicas...

Pero cuando la liberaron no hizo nada más que beber agua fresca y luego pidió para darse un baño.

—No intentes nada rusa, que yo pego más fuerte que tú —le advirtió una chica de cabello pelirrojo y trasero saltón. Vestía de colegiala, pero debía tener más de veinticinco o más.

De pronto notó que todas vestían distinta temática, la jovencita, la inocente, la sensual...

Pensó que si quería escapar debía ser más astuta. Podía bien con dos de esas chicas, se veían delgadas y esmirriadas, la colorada parecía más brava.

Pero así y todo por más que escapara esa gente era muy mala, sabían quién era y acababan de quitarle todo: el pasaporte, sus tarjetas, no tenía dinero para ir a ningún lado.

Se dio un baño y luego comió algo parecido a un sándwich de huevo y queso y agua.

—¿Cómo te llamas, rusa?

Ella miró a la chica rubia que tenía todo el maquillaje corrido como si hubiera estado llorando, tenía los ojos muy grandes y era muy delgada, demasiado.

—Irina.

—Bonito nombre para una ramera fina. A los italianos les encantan extranjeras... yo soy

brasileña y me llamo Rossana.

—No soy una ramera fina, fui embaucada, raptada,

—Todas dicen eso, algunas dicen la verdad y otras mienten.

—Yo no miento.

—Da igual aquí debes hacer lo que te dicen o te las verás feas. Muy feas, pero no te preocupes, te irá bien porque ya tienes un comprador.

Irina miró a la chica brasileña con extrañeza.

—¿Cómo diablos lo sabes?

—Soy vieja aquí—dijo la chica dándole una pitada al cigarro. —Sé muchas cosas.

—¿Trabajas para esos hombres?

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—Ítalo me consigue buenos clientes, me pagan bien y vivo como reina, pero ten cuidado, parece un osito tierno con esa barba, pero es muy malo.

Mientras hablaba notó que tenía una marca en el cuello, tal vez fuera su nombre o...

—¿Qué miras?

—¿Tienes un tatuaje en el cuello, es tu nombre?

Ella sonrió.

—Son las iniciales de mi amo, Ítalo Crespi, IC son las siglas de su nombre. También a ti van a tatuarte. ¿En Rusia también eras ramera?

—No soy una ramera, soy modelo y trabajo en una oficina. NO debo estar aquí, esto es criminal.

Las chicas se miraron.

—Todas dicen eso. ay no, no soy ramera. ¿Qué hay de malo con ser ramera? Al menos te

pagan por sexo, no lo haces gratis como esas estúpidas que creen que así tendrán el amor de un hombre. Yo prefiero tener su dinero y disfrutarlo y comprarme lo que quiera—dijo la pelirroja.

La chica rubia sonrió. Rossana la brasileña.

—No se ven muy felices—dijo Irina.

La pelirroja se le acercó.

—Cuidado con lo que dices. No te creas superior porque serás comprada por un hombre extranjero, seguramente te hará cosas horribles y entonces habrás deseado quedarte aquí con nosotras.

—Calla Laura, no asustes a la chica. Ella no sabe nada al parecer.

—¿De qué no sé nada?

Ellas se miraron y guardaron silencio. Irina comió una manzana que había en el aparador y se alejó para mirar televisión. Mejor sería no hacer nada todavía hasta no estudiar el panorama.

De pronto entró un hombre y le dijo que debía ir con las demás.

Le dijeron que debía prepararse y ella sin saber dejó que la maquillaran y vistieran de prisa.

Fue como un show, la llevaron con las demás a una pasarela, como si fuera un desfile de modelos. Para exhibirla, para mostrarla. Como si fuera una cosa, una mercancía.

Tembló al ver a los hombres sentados en butacas, guapos, jóvenes y muy ricos. De varias nacionalidades al parecer a juzgar por su atuendo mirando a las chicas. Al parecer no era la única en esa subasta y no podía entenderlo pues el barbudo había dicho que la vendería a un inglés millonario.

¿Estaría él entre la concurrencia?

Miró de soslayo la concurrencia y sintió una ira furiosa crecer en su interior. Malditos buitres, malditos cerdos enfermos y despreciables, tener que pagar para tener a una mujer.

A ella la habían vestido discreta, con un vestido blanco como de novia, y con poco maquillaje. Las otras llevaban vestidos más sexys y atrevidos.

Una a una pasaron y se acercaron a los hombres para que las vieran, pero cuando llegó su turno no lo hizo. Pasó y sólo quiso salir corriendo, pero entonces alguien gritó. Un hombre del público se le acercó y se le plantó enfrente cerrándole el paso.

—Ven, a ven aquí Principessa, déjame verte—le dijo y la agarró del brazo para que no pudiera escapar.

—Preciosa, Irina.

Ella lo miró aterrada y quiso escapar, pero ese hombre era fuerte y se quedó allí mirándole sin saber qué hacer. Era italiano y vestía traje y era el hombre más atractivo que había visto en su vida. Sus ojos oscuros eran penetrantes y sus rasgos, era como el modelo de hombre italiano guapo y viril, fuerte. ¿Qué hacía ese hombre allí? ¿Por qué estaba con los demás tratando de comprarse una mujer? ¿No tenía alguna chica para salir?

—Déjeme, estoy aquí por error, me secuestraron. No debo estar aquí—le dijo ella nerviosa.

Él le sonrió, nada conmovido por sus palabras, la miraba a ella con detenimiento como si fuera a devorarla.

—Ayúdeme por favor.

El desconocido se acercó y le robó un beso.

—Lo que tú digas, Principessa.

Irina se alejó molesta y furiosa, para él no era más que una mujer guapa con la que deseaba dormir, no era nadie, no era nada. ¿Por qué le importaría que fue llevada allí a la fuerza? Tal vez ni siquiera le creía.

Pero mientras corría el italiano gritó algo y fue tras ella.

—La quiero, resérvamela. No quiero que esté en la subasta. Ya es mía.

El guardia intervino.

—Fue un error, Irina no forma parte de la subasta. Esta chica fue reservada.

—¿Reservada? ¿Por quién? ¿Qué diablos?

El italiano enfureció y no quería dejar que se fuera, al parecer ya quería llevársela a un hotel para hacerle cosas. desgraciado. ¿Qué se creía que era?

—Ítalo ya la vendió, seguramente fue un error que estuviera aquí.

—Quiero hablar con tu jefe ahora y no te lleves a la chica. Va a ser mía.

Irina lo apartó furiosa y le hizo una llave de aikido para escapar. Realmente estaba fuera de sí y ante el golpe el italiano chilló y se agarró la pierna y la liberó.

Ella corrió para evitar represalias, pero fue atrapada al llegar al hotel y reprendida por una mujer rubia gorda muy maquillada.

—Estás loca? Golpeaste al conde Manfredi. Ítalo te lo hará pagar.

¿Un conde italiano en ese antro? Rayos, esos nobles eran todos unos pervertidos.

—Quería llevarme, me besó. Es un cretino.

—Es el hombre más rico de Italia estúpida y si te quiere te tendrá. Rayos, se ve que le has gustado, mordió el cebo enseguida.

Irina no entendía nada hasta que apareció Ítalo furioso por todo lo que había pasado.

—¿Quién metió a la rusa en el desfile? Están locos. Ahora Manfredi la quiere y está desesperado buscándola. Escóndela vamos porque si la ve aquí se la llevará y no podré hacer nada. ¡Maldición! No era para él, era para el inglés.

Al menos no la castigó por haberle pegado a su mejor cliente. Estaba demasiado enojado por el error que cometieron al llevarla a la subasta.

Tuvo que abandonar el edificio en un auto minutos después y huir, no sabía a donde, y era

irónico que esos raptos bandidos estuvieran escapando de alguien.

\*\*\*\*\*

Despertó aturdida y dolorida, pensando que todo había sido un sueño, pero esa horrible sensación de desconcierto al despertar se repitió los días siguientes. La angustia, la rabia y el miedo se mezclaban con la tensión.

La llevaron a un lugar para tranquilizarla porque sufrió un desmayo repentino. Se sintió rara de repente y se preguntó si no la habrían drogado pues se sentía rara, siempre con sueño y como aturdida. Dormía se despertaba y oía voces. Al parecer la mantenían escondida para algo. Por ese italiano que al parecer la quería y ella ya estaba reservada para el inglés... pero al menos no la lastimaron, la dejaron tranquila, aunque estar cautiva ya era de por sí una horrible tortura.

Lo que pasó los días siguientes fue como un sueño inquietante y repetido. Como un bucle. Siempre volvía a lo mismo. Fue sedada y encerrada y en sus sueños lo vio a ese hombre, el de los ojos negros yendo a verla más de una vez.

Su presencia la asustaba porque también veía a las otras chicas allí cerca conversando entre ellas sin saber si era verdad.

—Si quieres puedo salvarte de esto, preciosa. Ese inglés es un loco y te hará mucho daño. Alessandro Manfredi es mi nombre. Soy un hombre bueno que sólo busca una dulce chica para compartir mi soledad.

Ella lo miró aturdida porque sí, era él, el guapo millonario de la subasta y estaban solos en la habitación. No sabía cómo se había metido allí, pero lo hizo.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hace aquí? —balbuceó aterrada.

Sentía las piernas pesadas y no se podía mover.

—Vine a visitarte a escondidas, mira, te traje helado de chocolate. Come...

Ella vio el pote de helado y sintió que se le hacía agua la boca, llevaba días sin comer, alimentada con agua y alguna fruta. No sabía por qué o si comía y luego se olvidaba, pero... tomó

el helado hambriento y miró al desconocido.

—Usted es el hombre malvado de la subasta, lo recuerdo bien—balbuceó mientras comía el helado y lo miraba.

Él sonrió.

—No soy un hombre malo, preciosa, sólo soy un hombre que te ama en silencio con una triste desesperación.

Irina pensó que ese hombre quería animarla diciéndole galanterías como cualquier italiano. Ellos sí sabían decir cosas bonitas e ingeniosas a las mujeres, aunque no fueran ciertas. Pero ella le temía y apartó la mirada.

—Me secuestraron, me trajeron aquí y me han tenido sedada, no puedo moverme, me pesan las piernas.

—Es para no te escapes. Pero yo puedo ayudarte a escapar de esta horrible mafia, cielo. Podrás ver a tu familia en Rusia y saldrás de esto. Pero deberás confiar en mí. Tengo contactos, amigos, no te tocarán si vienes conmigo.

—¿Si voy contigo? —su voz se quebró—quieres comprarme como esos hombres, llevarme para que sea tu esclava o algo así. No... prefiero morir. No resistiré esto, en cuanto logre escapar me lanzaré de algún lugar, pero...

—No, no digas eso. sé fuerte. Resiste. Lamento mucho lo que te hicieron fue horrible, lo hacen sólo en casos extremos. Ítalo no secuestra chicas, el inglés debió ofrecerle algo muy bueno para que lo hiciera.

—¿Que no secuestran chicas?

Bebió agua sedienta y cerró los ojos para contener el mareo.

—No, no lo hacen. Están aquí porque ganan muy buen dinero. Algunas son traídas con engaños, es verdad. pero es raro que secuestre, no le gusta hacerlo porque detesta llamar la atención de la policía.



—El la explota, algunas están delgadas y enfermas, yo lo vi. A mí me ha drogado y me mantuvo amordazada.

—Intentaste escaparte tres veces y golpeaste muy fuerte a uno de sus hombres primor, y además vales un millón de libras. ¿Qué querías?

—Y tú estás de su lado ¿verdad? Tú eres como él ¿y qué quieres de mí? ¿Venderme como hizo él? ¿Tienes otro comprador? —su voz se quebró porque estaba harta de esos encierros y si tenía la primera oportunidad de escapar la aceptaría, pero...

—Tranquila muñeca rusa, estoy de tu lado por supuesto. Claro que sí. Quiero ayudarte a escapar. Pero si lo hago correré un serio riesgo. Ítalo me matará por robarme a su chica más valiosa. Así que tendrás que darme algo que valga la pena.

Ella lo miró aturdida, asustada, porque, aunque ese hombre parecía sincero le tenía miedo por su aspecto recio y esos ojos, esa mirada oscura tan fuerte y maligna.

—¿Tú me ayudarías a escapar de esto? ¿Realmente puedes hacerlo? —su voz cambió. Quería escapar, quería salir de ese horrible lugar porque viajar a Inglaterra y casarse con ese inglés no podía ser la historia de la Cenicienta, seguramente era un depravado. Si la necesitaba para limpiar su nombre era porque el suyo estaba muy sucio.

Miró al italiano y lo vio muy seguro y decidido.

—Lo haré, vine a hablar contigo. No tengo mucho tiempo. Si aceptas vendré esta noche por ti. Lo prometo.

—No te dejarían, todo el tiempo me vigilan.

—Pero yo puedo entrar aquí sin ser visto, sé dónde están las cámaras y cómo eludir a esa golfa rubia que te cuida. Tengo todo estudiado, hace días que lo estoy planeando, pero no te salvaré de estos demonios si tú no quieres. Sé que corres riesgos si aceptas venir conmigo, pero al menos no tendrás que soportar a ese maldito vendiéndote una y otra vez como hace con sus chicas. Eres muy valiosa para él, pues he averiguado que ese inglés sólo quiere una esposa de

papel para cobrar una herencia y le dé un hijo. Tendrás que darle un hijo para cobrar ese millón y para que puedas largarte, pero cuando lo hagas ¿crees que escaparás a Ítalo? Volverá a venderte una y otra vez, o te traerá aquí a la subasta o te venderá como esposa de algún árabe.

—¿Y tú puedes librarme de eso? ¿Cómo rayos lo harías?

—Él te dejará en paz cuando estés conmigo preciosa. Lo hará. Cuando sepa que estás conmigo desistirá, sabe con quién meterse y no se atrevería.

—Pero tú intentaste comprarme y él te sacó corriendo, lo hizo. De haber sido tan temible te habría dejado.

—No quise insistir delante de él porque lo conozco, sé cuándo es el momento de tener lo que deseo. Además, no lo haré sin tu aprobación, no soy un perverso. Nunca he forzado a una mujer.

Parecía sincero, pero... ciertamente que Irina no sabía en quién confiar, en ese antro todos estaban locos y eran muy malos. Lo pensó un momento y de pronto dijo:

—No dormiré contigo para escapar de ese demonio, no lo haré. no soy una ramera, nunca...

—Sí, lo sé, sé que eres una chica buena que trabajaba de modelo y que él te tendió una trampa para secuestrarte. Sé todo. Pero ahora estás atrapada. Te llevarán a Londres como una incubadora. Ni siquiera tendrás sexo con ese inglés, vive con un hombre y es gay. Pero como el tío lo sabía le puso esa trampa en el testamento. Creo que el sexo no será el problema, no te tocará estoy seguro de eso, pero sí van a inseminarte para que tengas al heredero. Para eso te quieren y no será sólo uno, tendrás dos por lo menos por si uno fallece.

—¿Qué? Pero no entiendo pensé que quería una mujer...

—¿Una bella esposa para tener sexo a diario? Te mintieron. Eso querría un italiano, no un inglés. Ya sabes el dicho. Son isleños, son gente rara. Más del cincuenta por ciento de los hombres ingleses son gays, son la comunidad gay más fuerte que existe en el mundo junto con los de

San Francisco, que son de sangre inglesa en sus orígenes...

Irina sintió que todo era peor de lo que pensaba. ¿Por eso quería una esposa, para incubarle un heredero? ¿Por qué no alquiló un vientre? Porque claro, debía exhibir a su esposa y demostrarles a sus abogados que había cambiado y ahora era un hombre heterosexual y respetable. Y ella no quería ser madre, no quería tener un hijo así, era horrible. Por supuesto si le ofrecían tanto dinero era por algo.

—Es horrible, no lo soportaré. No quiero ir con ese hombre—dijo.

—Entonces acepta mi ayuda, principessa, deja de pensar tanto.

—¿Tu ayuda? ¿Y a qué precio? Porque tú no me ayudarías si fuera una chica cualquiera.

—Te ayudo porque tú necesitas ayuda cielo. Pero calla, alguien viene. Luego hablaremos bien de esto. Y algo más, antes de irme: bebe mucha agua, toda la que puedas, eso hará que las drogas pierdan efecto y estés más despierta. Hasta pronto cielo...

Y no dijo más y se fue, sigiloso, como había ido y ella se comió el helado famélica y miró nerviosa a su alrededor.

Una chica joven apareció con una bandeja mirándola con miedo.

—No hagas nada rusa, si me pegas o algo juro que te dejo de nuevo sin comida y la tiro a la basura—le advirtió.

Irina la miró inquieta.

—¿Acaso te he pegado? No lo recuerdo.

La chica estaba furiosa, era bajita y muy delgada, pero estaba en actitud alerta.

—Sí, tengo un chichón en la cabeza por la última vez que me pegaste.

—Lo siento mucho, es que me tienen aquí drogada y encerrada, no recuerdo nada... sólo que no he comido en días.

—Bueno, te pasas el día durmiendo y luego me pegas. ¿Qué quieres? Aunque tú eres rusa,

las chicas como tú son rubias, gordas, fuertes y pegan feo.

Irina soportó que la llamaran rusa gorda y violenta para poder comerse todo lo que había en la bandeja, un plato de garbanzos, queso, carne y picante que era una especie de plato caliente de invierno que comían mucho en ese país.

Cuando se quedó sola se sintió más repuesta. Bebió agua como le dijo el italiano y se preguntó si realmente la ayudaría. Tenía que salir de ese lugar, odiaba estar encerrada y ahora que sabía que la entregarían a un inglés gay que vivía con su novio en una mansión sólo para engendrarle un hijo ... pues pensó que eso era lo peor que podían hacerle. Un hijo no, dos. Y no es que le importara que fuera gay y que no fuera a tocarla le daba mucho alivio, pero... no iría con él y punto.

Pensó que no lo soportaría, ni por un millón ni por nada.

—Bueno, al fin te veo despierta, Irina. Rayos, te ves con mejor aspecto. —dijo el italiano barbudo entrando en escena. Ítalo Crespi. El bandido que parecía un osito, pero era muy malo según sus chicas. Tenía los ojos brillantes, tomaba y fumaba porros todo el tiempo. Se preguntó si no se daba con algo más fuerte como los demás. Todavía andaba merodeando ese tipo al que le había dado una paliza el primer día, y aunque no tenía un ojo negro estaba siempre rondando. Tal vez quería que volviera a pegarle, no lo entendía. Manga de sátrapas esos hampones.

—¿Cuándo me llevarán? —preguntó sin rodeos.

Ítalo sonrió.

—Bueno, yo quisiera que fuera mañana pero el inglés todavía no me ha pagado lo que me debe así que estoy haciendo otra negociación con un jeque de Dubái que me tienta más. Pero eso llevará uno días.

Irina debió sentirse aliviada, pero ocurrió exactamente lo contrario al enterarse de lo del jeque de Dubái.

—¿Un jeque? —balbuceó.

—Sí. ¿Te gusta Dubái? Es una ciudad hermosa, llena de lujos y bellezas naturales.

Irina pensó que las cosas iban de mal en peor, ¿cómo podía estar contenta de ser vendida como una cosa y de que había una nueva negociación?

Pensó que debía quedarse allí y se crispó. Tenía que escapar de ese lugar, tenía que largarse. No podría soportar ni un día más de encierro. Tenía los nervios destrozados y su propio cuerpo lo sentía pesado, drogado, vaya a saber qué porquerías le estaban dando.

—Quisiera dar un paseo, salir. Por favor. Llevo encerrada aquí demasiado tiempo—se quejó.

El italiano no la oía, hablaba por teléfono mirando por la ventana.

Cuando dejó el celular la increpó y ella volvió a decirle que quería salir a tomar aire.

—Bueno, eso dependerá de ti, rubia. De que te sepas comportar. Deja de pegarle a todo el mundo, al jeque no le gustará. Tendrás que llevar un turbante y aprender a bailar la danza del vientre. Veremos qué pasa con eso, por ahora lo más seguro sigue siendo el inglés. Modera tu genio y te dejaré salir un rato.

Irina no dijo nada, le convenía guardar silencio.

Esos tipos no se andaban con vueltas y si se mostraba rebelde volverían a dejarla atada y drogada.

Trató de distraerse cuando más tarde apareció la señora gorda y le encendió la televisión. Quería ver algo sin pensar olvidarse de donde estaba y olvidarse de lo que planeaban hacerle.

Llevaba días encerrada en ese hotel, días enteros y tenía la sensación de que eran siglos. Se preguntó si su familia la estaría buscando, si ese italiano habría hecho algo al respecto, inventado algo para que en su trabajo no echaran de menos su ausencia. No había podido hablar de ello, porque estuvo drogada y dormida, sin saber si lo que pasaba a su alrededor era sueño o era real. Eso la angustiaba.

Pero ese día no podría hacer mucho, más que mirar televisión y descansar.

\*\*\*\*\*

Los días pasaron, uno igual a otro. Pero al menos empezaron a autorizar salidas al spa para mantenerse en forma y mucho líquido para expulsar los sedantes.

Pero por ahora no podía hacer nada, nada más que esperar.

Fue al gimnasio en la mañana porque le hacía bien. La ayudaba a despejarse.

El italiano había dicho que la ayudaría a escapar, pero no le dijo a cambio de qué y eso le daba vueltas en la cabeza. Pensaba en él todo el tiempo y sabía que no tenía más alternativa que aceptar lo que él le ofreciera siempre y cuando no significara que se convertiría en su esclava sexual ni nada de eso.

—Hola preciosa.

Su voz la dejó inquieta, no lo había visto aparecer y de pronto lo vio allí con shorts deportivos, remera y un gorro. Lo miró asustada, sorprendida, no se había dado cuenta que fuera tan alto y atlético.

Y de pronto se le acercó y le dijo algo al oído en ruso: “chica hermosa te amo”.

Ella se crispó y sintió su perfume impregnar sus sentidos al tiempo que él le sonreía y desaparecía hacia uno de los aparatos para marcar los brazos.

Trató de no mirarlo, pero sintió curiosidad. Se veía distinto vestido así y notó que era un hombre guapo y musculoso, fuerte pero no sabía si era como Ítalo, otro proxeneta queriendo robarle a una de “sus chicas”. Tembló al pensar que era una forma de atraerla y embaucarla. De seducirla y luego... venderla a sus clientes. Porque él parecía ser cliente, pero en verdad que nunca lo vio con ninguna chica y no entendía bien el vínculo que tenía con Ítalo Crespi. Podía ser su amigo, su socio o un simple cliente. Algo dijo de él la señora rubia que la cuidaba, sobre que le gustaban mucho las rubias extranjeras y otra dijo que si la atrapaba estaría frita.

Irina se concentró en la caminadora, no se sintió con más energía para hacer algo más.

Luego se fue, no quería que la vieran hablando con ese hombre, todavía no sabía qué

esperar, pero cuando se marchaba él se le apareció y tropezaron.

La miró fijamente y le dio un refresco mientras le decía “mañana hablaremos”.

Sintió que su piel era suave y cálida y su perfume, su charme muy seductor. Pero estaba llena de dudas y no pensaba aceptar nada.

\*\*\*\*\*

No sabía por qué él siempre aparecía cuando estaba durmiendo o descansando y sola, se las ingeniaba a para llegar cuando no había nada. Se preguntó si alguien le avisaba o cómo diablos...

Lo vio aparecer de traje y con una maleta pequeña y pensó que se veía como un ejecutivo de la cita. Estaba nervioso, inquieto.

—Van a llevarte antes de lo esperado. Están moviendo todos los contactos, pero algo pasa con el inglés, parece que no quiere pagar lo que piden.

—¿Entonces no me venderán?

Él sonrió.

—Ni sueñes, buscarán otro comprador y lo tienen... es un árabe. Un millonario petrolero de Dubái.

Irina no se sorprendió, ya lo sabía, pero se preguntó cómo lo sabía él.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Cómo es que sabes tanto de esto? —quiso saber.

Él la miró muy serio y guardó silencio por unos minutos.

—Porque tengo espías aquí, cielo. Me cuentan cosas.

—¿Tú eres uno de ellos, ¿verdad? Eres un mafioso.

Sintió que su voz temblaba, porque era su única salida, la única forma de escapar de ese horrible cautiverio, de ser vendida.

Él se acercó y tomó su mano y la apretó con suavidad y la miró fijamente.

—No, no soy uno de ellos. No soy un proxeneta. Sólo quiero que seas mía.

—¿Por qué? ¿Por qué te molestarías tanto? Tienes chicas mucho más guapas que yo... hay otras. ¿Por qué ayudarme ahora?

—Te vi en la subasta y quise comprarte, no lo niego. Me quedé tonto cuando te vi y luego Ítalo dijo que estabas allí por error y me crispó. Iba a llevarte esa noche, quería hacerlo y los seguí, rayos, me volví loco. No quiero hacerte daño, pero te quiero a ti. También necesito una novia preciosa. Me siento muy solo, llevo años saliendo con rameras, estoy harto de lo fácil.

—¿Una novia?

Por primera vez le decía lo que quería. Y no era lo que había esperado por supuesto.

—¿Y viene a un burdel a conseguirse una novia?

—Bueno, no vine a eso, pero te vi y pensé que serías apropiada. Estabas vestida de blanco y te veías tan dulce y frágil. No imaginé que fueras tan brava.

Irina tembló al recordar ese beso y pensó que ese hombre tenía un magnetismo especial.

—Esto es muy inesperado y no sé qué pensar, no sé si creerle. ¿Usted no me conoce, por qué cree que sería una novia adecuada?

—Porque es dulce, hermosa y, además, creo que es virgen. ¿No es así? Por eso Ítalo la mantiene aislada de las demás, como una joya, una perla escondida.

Irina se sonrojó, tenía veintidós años y el sexo la asustaba. Durante años vivió muy encerrada en su casa, criada de forma muy estricta y luego en Italia vio que el mundo entero era un relajó. Italia era un relajó de amor, sexo, cuernos, comida picante y allí nadie se guardaba virgen a su edad, nadie. Al hablar con las chicas refugiadas supo que dos de ellas eran vírgenes pero las demás habían tenido novios, no un novio sino varios y sin sentirse rameras para nada.

—Es verdad. Por eso me eligió supongo.

—No sólo por eso. La quiero a usted y prometo que le daré una nueva identidad para que



ese bandido nunca la encuentre y la deje en paz. Todo esto quedará en el pasado. Sólo tiene que aceptar porque no me llevaré una mujer a la fuerza, no soy un bandido.

Irina se sintió mareada y aturdida. Pensó que tal vez lo estaba soñando. No podía ser cierto.

Los ojos negros del italiano brillaron.

—¿Entonces acepta? ¿Acepta ser mi novia, preciosa? ¿Qué dice? ¿Acepta?

—Sácame de aquí, por favor. Seré su novia, lo prometo.

—Era lo que quería escuchar. Una palabra tuya y seré el genio que salga de la lámpara para cumplir tus deseos—dijo—Como tú digas mi futura esposa, seré tu fiel servidor, tu esclavo, lo prometo.

Y tras decirle eso le dio un beso ardiente y fugaz y se marchó.

Se hizo un silencio de repente.

Irina lo vio irse sin saber qué pensar. ¿Su esposa? Quería que fuera su esposa y eso era demasiado raro y novelesco. Claro que la boda podía ser falsa y enterarse que él sólo quería sexo con una chica guapa y virgen. Si le hubiera dicho que sólo quería su virginidad lo habría entendido, pero eso...

No. Peor era ser llevada a un país extraño para ser inseminada por un hombre millonario y cruel, mezquino. Peor era ser vendida para que ese loco inglés cobrara su herencia.

No podía detenerse a pensar, no podía tener escrúpulos en el lugar más corrompido del planeta donde las mujeres se vendían como cosas, por sexo, por compañía, por placer de un par de locos dispuestos a pagar mucho por una mujer. Como si fuera una apuesta.

Esa noche no pudo conciliar el sueño. No dejaba de pensar en el italiano y en su propuesta tan blanca y decente. La quería como su esposa porque se había hartado de la vida licenciosa, de dormir con rameritas y quería una mujer decente, una esposa virgen.

No había nada mejor y lo sabía, no había otra alternativa para ella, era eso o ser inseminada y de eso no podría escapar, del italiano sí escaparía, pero del inglés no...

Irina pensó que había aceptado casi sin garantías. Antes de irse con el italiano debía regularizar su situación y ganar dinero para enviar a su familia. Ítalo había amenazado con raptar a su hermana también. Eso no podía pasarlo por alto, era un hombre muy malo, y poderoso, tenía un montón de rufianes trabajando para él. Cómo diablos haría para escapar.

Los días pasaron lentos y notó cierto nerviosismo en Ítalo y los demás, el italiano estaba de mal talante y se preguntó si habría algún cambio de planes. Hasta que esa tarde escuchó hablar a la señora rubia sobre el jeque de Dubái y tembló.

Alessandro tenía razón, iban a venderla. Algo debió salir mal con el inglés, la demora lo exasperó o algo más que le negaban...

Su situación era desesperada y debía avisarle a Alessandro. Y confiar en él, algo de lo cual no se sentía segura.

Miró a la mujer rubia y a Pietro conversar en privado y luego mirarla con fijeza y murmurar.

Tuvo ganas de correr, de gritar, pero claro, la encerraban sin nada en la habitación, sin nada que pudiera usar para defenderse y la mitad del día estaba sedada. Debían drogarla cuando le daban comida o jugos, siempre tenía sed y bebía mucha agua esperando que el efecto pasara. Pero nunca se iba del todo y terminaba dormida en un sillón, tirada sin hacer nada.

En algún momento de ese trance vio a Alessandro entrar en su habitación sigiloso y decirle:

—¿Lista para irnos, Irina?

Ella asintió, pero no podía hablar, no podía moverse.

Él la miró con una sonrisa, pero luego desapareció y no sabía si era real o era un sueño, volvía a estar bajo el efecto de la droga que la mantenía constantemente dormida y alucinando

cosas.

De pronto se despertó y se encontró con la habitación en penumbras y a Pietro mirándola. Ese desgraciado siempre estaba vigilándola, pero no se atrevía a hacerle nada, pero su mirada era de deseo y lujuria. Y también burla. Como si disfrutara el verla así, cautiva y encerrada sin poder hacer nada.

Apartó la mirada temblando, en ese estado no podría defenderse ni hacer nada. Atrás quedaba la Irina que sabía aikido y daba palizas a sus contrincantes en el gimnasio, ser cinturón negro de karate además no le había servido de mucho para lidiar con esos sinvergüenzas. Ni siquiera veía bien en esos momentos y sentía las piernas dormidas y los brazos pesados. Malditos somníferos que la tenían estúpida todo el día, tenía que escapar.

—Quieres escapar ¿eh? —le preguntó Pietro sin animarse a acercarse todavía. El idiota le tenía un poco de miedo y aunque la miraba y la miraba no se animaba a dar un paso más.

—Sí—respondió ella—¿Quieres ayudarme?

Él sonrió levemente.

—No puedo, tesoro. Él te quiere para él y me mataría si interfiriera—declaró.

Irina se estremeció.

—¿Él? ¿Quién es él?

—Alessandro Manfredi, hermosa, si me acerco él me mata, ni loco.

Irina suspiró.

—¿Él me sacará de aquí? —balbuceó.

El italiano no parecía muy seguro.

—Será difícil, pero puede intentarlo.

—¿Debo confiar en él?

No era la pregunta que un hombre como ese que trabajaba para mafiosos podía responder,

lo vio sonreír y menear la cabeza en señal de “y yo qué sé”.

—Al menos serás de uno y no de varios, él te quiere para él, como mujer, pero no quiere una noche, yo creo que quiere algo más. Y es muy rico. Te hará bonitos regalos y te salvará de esto. Ahora van a llevarte con un jeque porque el inglés no quiere pagar todo lo que pide Ítalo. Mi amo se fastidió y lo mandó al diablo porque tiene otros compradores que pagarán quinientos mil por ti. Así que cambió de parecer. Y el inglés ya se buscó otra chica. No te quiere más.

—Hablas como si fuera un enamorado.

Pietro rio.

—Yo soy tu enamorado cielo, eres una chica preciosa a pesar de que pegas fuerte. Pero no le vayas a pegar a Alessio, primor, porque es un macho alfa italiano y le gusta dominar y tener el control. Y no soportaría que una fémica como tú quisiera pegarle.

Irina consideró todo ese cambio en el juego y pensó que Alessandro era su única esperanza.

—¿Pero debo confiar en ese hombre?

Cuando se le acercó el italiano se alejó de forma instintiva, aunque sin dejar de mirarla.

No le dijo que confiara, simplemente sonrió y dijo que callara.

—SCH, no deben escucharte. Eres la chica más valiosa de Crespi y si algo sale mal me enviarás una postal de Dubái para navidad. ¿Qué tal?

Irina tragó saliva y comprendió que todo dependía de que guardara silencio y fuera discreta. No diría nada por supuesto. Pero seguía sin saber si podría confiar en ese italiano de mirada maligna. ¿Qué diferencia había si la obligaba a dormir con él a cambio de protección y ponerla a salvo de la mafia? ¿Que lo haría con uno y no con varios? Menudo consuelo. Ella no era una ramera, era una chica refugiada intentando labrarse un porvenir, trabajando en negro con la esperanza de poder tener los papeles algún día.

Si se casaba con el italiano tendría eso y mucho más, pero ciertamente que la asustaba

casarse con un extraño.

Pero Irina sintió que ya no era la misma, que ese cautiverio no sólo había alterado los nervios, también la había cambiado. Esos demonios la habían atormentado de mil formas manteniéndola allí presa.

Y su única esperanza era ese hombre que quiso comprarla el día de su llegada.

Se estremeció al pensar que todo era por sexo, y lo mismo que la llevó a esa horrible cárcel también podría liberarla, pero sólo en apariencia. No sabía qué le depararía el futuro junto a Alessandro y tampoco tenía la certeza de que cumpliría su palabra y la convertiría realmente en su esposa. ¿Y si también mentía? ¿Si todo no era más que una estratagema para que confiara en él y así aprovecharse de ella?

Lloró al pensar que prefería acostarse con ese demonio de ojos negros que irse a Dubái y ser la concubina de un barbudo que le haría cosas mucho peores. Además, no le gustaba nada Dubái ni los países árabes donde las pobres mujeres no tenían derecho a nada. Esos hombres barbudos de túnica la asustaban y eso que ella no solía ser melindrosa.

Pero del italiano podría escaparse y del jeque de Dubái, no. Seguramente ese hombre coleccionaría concubinas de otras razas y no quería ni pensar en eso, la aterraba.

Pietro le dijo que guardara silencio con un gesto.

—Te ayudaré a salir de aquí pero no digas nada. Nos vigilan y a ti te vigilan todo el tiempo. Hay cámaras por eso debes hablar bajo—le advirtió.

Irina lo miró desde su cama, empezaba a dormirse y le costaba mantener los ojos abiertos. Luchaba por no dormir.

—¿Trabajas para Alessandro? —le preguntó.

Pietro sonrió.

—No, pero me paga bien y necesito una extra. Estoy ahorrando para tener mi propio gimnasio y abandonar este negocio de porquería. Es un asco trabajar aquí. Ver a esas chicas... yo

no soy como ellos. Tomo antidepresivos para soportar esto. Como mi hermano que es enfermero y trabaja en el CTI de un hospital y ve morir niños todos los días. Él me da las píldoras.

Eso la interesó de inmediato.

—¿Y por qué entraste aquí si eres diferente a los otros?

—Porque quería tener mi negocio y empecé a salir con mujeres necesitadas de sexo, viejas o jóvenes, ahora las mujeres descubrieron que es mejor pagar y tener lo que desean que liarse con hombres que las usan, las dañan y le sacan el dinero, yo soy todo un caballero con ellas y tengo clientas fijas. Ítalo me consigue mujeres guapas de otro nivel que pagan mucho y como una extra vigilo a las chicas de aquí.

Irina no podía creerlo. Era un gigoló, se acostaba con mujeres adineradas que le pagaban bien. Jamás había conocido a uno y se quedó tiesa y despierta mirándole sintiendo que todo el sueño se le había ido.

—Eres ...un gigoló. Rayos. no pensé que los hombres... creí que los gigolós dormían con hombres.

—Algunos sí, a mí me gustan las chicas, no salgo con hombres, aunque me han tratado de tentar, no es lo mío.

—Pero ¿quieres salir de esta vida?

Él asintió.

—Por supuesto, soy un hombre de principios, tengo moral, quiero un día tener una esposa e hijos, ser decente, pero antes debo labrarme un porvenir, tener qué ofrecer a una esposa.

—Ha de ser horrible trabajar aquí, ver cosas, pero no imagino que sufras por dormir con mujeres por dinero.

Él sonrió con picardía.

—No lo hago todo el tiempo, lo hacía antes, ahora soy el perro guardián de aquí.

—¿Las chicas de aquí fueron raptadas como yo?

—No... muchas trabajaban en una esquina, eran de una mafia menor que las explotaba y golpeaba. Pero Ítalo no es malo en ese sentido, las rescató de las calles y las cuida. Pero algunas se drogan y contra eso no puede hacer nada. Muchas entran en este negocio a través de las drogas, empiezan con sexo por web cam, pequeñas cosas y terminan ganando mucho más cuando se acuestan con hombres directamente. Esto es así y hay muchas que también están ahorrando para salirse. No quieren vivir de esto toda su vida. Es un trabajo insalubre en muchos aspectos. Te agota y desmoraliza. Te sientes como un trozo de carne, una cosa y no una persona. Hace años que no hago el amor con una mujer y eso me carcome, me gustaría tener una esposa bonita como tú pero que no me pegue.

Irina se sonrojó.

—Lo siento, pero soy cinturón negro en karate y aikido. Traté de defenderme, de escapar.

—Sí, eres muy buena pegando, por suerte no eres hombre o me habrías matado...pero a mí me gusta más el combate en la cama y no los golpes duros de karate.

Irina lo miró y sonrió por primera vez en días.

—Deberías pensar en dejar esta vida ahora, no es tan malo ser pobre ¿sabes? La mayoría de la población mundial de este mundo lo es, por un puñado de billonarios hay millones y millones de personas pasando hambre. Aquí no hay tantos pobres, en mi país hay muchos más. Pero la tranquilidad de dormir y sentirte en paz con Dios y contigo mismo, eso no tiene precio. Lo que hacen aquí es criminal y un día los atraparán, siempre los atrapan. Y terminarán tras las rejas, no querrás terminar así.

—A Ítalo no lo van a agarrar nunca, tiene amigos arriba, sus mejores clientes son millonarios, jueces... te sorprendería saber cuánto loco millonario anda por aquí merodeando para llevarse una chica. Él tiene la fama de tener las más guapas y frescas, por eso vienen.

—No me sorprende nada a esta altura. ¿Pero Alessandro... quién es él?

El joven gigoló guardó silencio.

—Ese es un misterio que tendrás que descubrir.

—Dime algo.

—No, no puedo. Ya he hablado demasiado. Sólo guarda silencio y no digas nada o lo arruinarás.

—No lo haré, no soy estúpida, pero quería saber.

—Ya lo sabrás a su tiempo... pero tranquila, tienes un hombre que velará por ti y te cuidará. Me encantaría ser ese hombre, pero no soy millonario.

—Y además eres un inmoral. Y no me gustas.

Él rio tentado.

—Bueno, está bien... pero estoy de tu lado ahora. A pesar de que me diste unos cuantos golpes, te ayudaré. No digas nada, duérmete que vendrán a ver si estás dormida dentro de poco.

—¿Crees que Alessio podrá rescatarme?

—Haría lo que sea por ti, está enamorado, loco de amor y deseo y ya sabes lo que es capaz un italiano enamorado. Bueno no lo sabes todavía, pronto lo sabrás.

Le sonrió de forma secreta y Irina pensó que es italiano tenía dos caras, por un lado, quería salirse de esa vida corrupta y por el otro parecía divertirse terriblemente ser parte de ella. Era un bandido como todos los italianos y se le iban los ojos con las chicas que decía “cuidar” y sin embargo fue el único que se le acercó a conversar y hasta le abrió su corazón al confesarle que un día quería tener una esposa e hijos.

Pero el momento de intimidad pasó y la angustia regresó. No sabía qué hacer, no sabía si confiar en un extraño era mejor que ser vendida a un jeque de Dubái. Lo que sí sabía era que no quería seguir siendo una res encerrada, drogada y lista para ser vendida a algún hombre.

Pensó que al menos si la liberaba el italiano podría intentar escapar, regresar a Rusia, no



quería quedarse, tampoco dormir con un extraño. Nunca había dormido con un hombre y la asustaba pensar en eso. No estaba lista y había soñado con que fuera algo romántico, por amor, con el hombre adecuado. Que la amara y sintiera que era algo especial. No de esa forma. Pero pensó que el italiano no esperaría tanto.

\*\*\*\*\*

—Despierta preciosa, ya es hora.

Sintió ruidos y voces, y alguien que le hablaba, pero no podía despertarse, no podía moverse.

—Irina, Irina.

—Llévala así.

—No quiero que patee, sabes que pega fuerte siempre que puede.

Irina abrió los ojos y vio a tres hombres en la habitación y gritó pues no entendía nada pues llevaban un gorro que les cubría la cara y parecían ladrones.

—Calla, soy yo Pietro, te sacaremos de aquí. Pero si gritas lo arruinarás todo.

La joven rusa comprendió que no era un sueño, pero se pellizcó por las dudas.

—Te llevaremos con Alessandro ahora. ¿Crees que podrás andar?

—No lo sé... siento mi cuerpo dormido, las piernas no puedo moverlas.

Uno de ellos no perdió tiempo y la alzó en brazos y entre los tres la sacaron del hotel, y Irina sintió por primera vez el frío de la noche en su rostro. Aire fresco, aire puro. Era libre. Ahora sólo le quedaba librarse de esos tres, pero... no tenía su bolso, sus cosas... pensó angustiada que seguramente si pedía ayuda ese hombre la atraparía de nuevo y desistió.

—Por aquí... así, nada de gritos porque si te escuchan estaremos fritos—le advirtieron.

Ella no gritó, comprendió que estaba atrapada.

La subieron a un auto chico pero muy veloz, no sabía qué marca era, pero era un avión.

—Acelera, acelera—gritaba Pietro quitándose el gorro negro que le cubría el rostro.

—Cállate, no quiero chocar idiota. Es una zona concurrida—respondió el conductor.

No conocía a los otros, nunca los había visto. Sólo a Pietro y él estaba a su lado, casi la tenía abrazada.

Al ver que la llevaban lejos de la ciudad y a toda velocidad temió que no la llevaran con Alessandro como habían dicho. A esa altura no sabía en quién confiar, no sabía qué iba a pasar.

—¿Me llevarán con Alessandro? —preguntó a Pietro.

Él la miró y se rio al ver su miedo.

—¿Temes que te lleve con el jeque árabe? ¿O que te venda a otro mafioso?

Y dijo algo más que no le entendió, pero los demás rieron y comenzaron a usar una jerga rara, expresiones que no conocía bien porque no llevaba tanto tiempo viviendo en Italia. Casi sintió deseos de llorar.

—Por favor, ¿por qué te ríes de mí? Eres cruel. Pensé que eras mi amigo.

—Amigo Pietro? Pietro sólo es amigo de la suerte y del dinero, el que paga más ese es su mejor amigo—dijo el hombre que estaba del otro lado.

Los otros se burlaron y Pietro rio y dijo no sé qué tontería.

Irina lo miró furibunda y tuvo ganas de pegarle. A él y a todos por reírse porque escuchó algo que decían que era una muñeca rusa guapa pero tonta.

Pero tuvo que aguantarse, no ganaría nada pegándole a esos tipos. Además, no podría con todos, no estaba en su mejor forma y además estuvo a punto de echarse a llorar de rabia y optó por mirar para fuera para ver a donde la llevaban. No pudo distinguir mucho, afuera sólo se veían las luces de las calles y edificios, pero no sabía dónde estaban.

—¿A donde me llevan? —preguntó en ruso.

Todos se miraron desconcertados y Pietro dijo que no entendía su idioma.

—¿Hacia dónde me llevan? —insistió.

—Tranquila. Pronto lo sabrás—dijo uno de ellos.

Pietro la miró, pero no dijo nada.

De pronto sintió un sonido y comprendió que estaban cerca de un aeropuerto.

—Bandidos, bandidos, me llevarán a Dubái. Cretinos. Nunca debí confiar en ustedes—se quejó Irina y furiosa quiso escapar cuando el auto se detuvo.

—Eh tranquila mujer, tranquila. No te llevaremos a Dubái.

Por más que le dijeran y se rieran al ver que se había puesto brava otra vez Irina no les creía, pensaba que se burlaban de ella y finalmente la llevarían por órdenes de su amo: Ítalo Crespi a Dubái o a un lugar peor.

—Tranquila, o tendremos que atarte. ¿Acaso quieres regresar con Ítalo al burdel?

—¿Qué harán conmigo? ¿A dónde me llevarán?

—No podemos decirte, es un secreto. Pero estarás a salvo.

Irina no dijo nada, pero supo que era una maldita trampa, todo lo había sido. El italiano y su tonto galanteo prometiéndole matrimonio y ese par de bandidos que habían prometido a ayudarla a escapar. Ya no creía en ellos y sólo pudo rezar y sentir un horrible terror cuando la obligaron a subir a un helicóptero. Odiaba las alturas, los aviones, sufría de vértigo y más que eso volvía a estar asustada. Aterrada en realidad. Y lloró, lloró en silencio mientras cerraba los ojos para no ver hacia abajo.

\*\*\*\*\*

Fue un tormento, el viaje duró horas, porque luego tuvieron que aterrizar y abordar un barco que la llevaría hacia el sur, no sabía a donde porque nadie se molestaba en decirle. Los hombres que la escoltaban no le decían palabra y estaban más preocupados en que no gritara ni llamara la atención que otra cosa.

Irina pensó que lo mismo podrían llevarla a España, a África, o a quién sabe dónde.

Ese viaje parecía interminable. Era eterno.

Al llegar había amanecido y vio que estaban en una costa, en un muelle y una camioneta aguardaba. La camioneta que la llevaría finalmente a destino al parecer.

Los hombres recibieron su paga y regresaron al barco que había aparcado un momento y se disponía a retornar la travesía.

—Bueno, perfecto. Buen viaje pequeña, suerte en tu nueva vida. Estarás a salvo.

Esa era la despedida, pero Pietro no sonreía, estaba serio.

—Tranquila, ¿sí? Todo saldrá bien.

Irina sintió su corazón latir acelerado cuando le dijo eso porque supo que intentaba darle ánimo para lo que le esperaba. ¿De veras todo saldría bien?

El hombre de la camioneta la miró y le dijo que se pusiera el cinturón pues le esperaba un viaje por un terreno irregular.

No le dijo más que eso, aunque sintió su mirada en varias ocasiones como si sintiera curiosidad.

Entonces la vio, una mansión en lo alto de un promontorio con un paisaje azul índigo. Una propiedad rodeada de un extenso follaje. Como una postal. Como la casa del cuento de hadas...

Pero sintió miedo pues pensó que allí no la esperaba Alessandro sino alguien más, alguien que debió contratar a los hombres que la llevaron.

Alguien que la había comprado.

Iba con un vestido largo blanco, como aquella vez. en el barco tuvo tiempo de bañarse y cambiarse y ponérselo porque ese hombre quería verla así. Esas habían sido sus órdenes. Y allí estaba como una muñeca, vestida a capricho de su futuro dueño. Maquillada y peinada y perfumada. Seguramente todo se había arruinado por ese viaje y por sus nervios.

—Bueno, hemos llegado muñeca—le dijo el chofer.

Irina miró a su alrededor calculando cómo podría hacer para escapar, pero vio con angustia que estaban muy lejos del muelle y de todo. esa casa estaba completamente aislada de todo. y allí había ido a parar por culpa de Ítalo Crespi...

—Por aquí, señorita, acompáñeme.

Irina tropezó y miró a su alrededor aturdida mientras él tomaba su mano y la conducía por el sendero de grava luego de atravesar un inmenso portón de hierro eléctrico con casilla para un cuidador y otros hombres de negro vigilando. Parecían policías, pero debían ser esas personas que se dedicaban a la vigilancia.

La casa era una especie de mansión blanca de piedra y madera, con un diseño antiguo en realidad, había visto casas así en algún folleto de viajes al sur de Italia hacía tiempo cuando comenzó a informarse antes de su viaje. Los jardines podían verse cuidados y bonitos.

Era una casa inmensa y lujosa, con un mobiliario antiguo. No parecía la guarida de un depravado ni tampoco de un mafioso.

Pero su anfitrión brillaba por su ausencia.

—Espere aquí, el conde vendrá en un momento.

¿El conde?

Entonces lo vio aparecer vestido de saco y corbata, muy guapo y formal y con una mirada de intenso placer al verla.

—Hola preciosa, al fin... Lamento no haber podido ir a buscarte al muelle tuve que solucionar unos problemas antes. ¿Estuvo bien el viaje?

Ella asintió y lo miró nerviosa.

Su alivio al verle era evidente, casi se echó a llorar de la emoción. Alessandro estaba allí. Había tenido tanto miedo de que no fuera él.

—Ven, siéntate. Tranquila ¿quieres comer algo?

Irina no pudo responderle, su mente estaba tan agitada que no lograba armar una sola frase en italiano.

—Calma, todo está bien. No has sufrido ningún daño ¿no?

Su anfitrión comenzó a preocuparse.

—Estoy nerviosa, pensé que ¿dónde estoy?

—En la isla Saint Michelle de Capri. Al sur de Italia.

—¿Capri? ¿Esto es Capri?

Él asintió.

—¿Y tú vives aquí?

—No, es sólo un refugio de verano, mi hogar predilecto, pero tengo otras propiedades en la Isla. Paso mucho tiempo en Milán porque tengo negocios allí.

Ella lo escuchó y aceptó finalmente acompañarlo al comedor para almorzar, aunque era temprano estaba famélica.

Se sentía tan extraña en esa casa. Empezaba a pensar que, aunque era él y eso le daba alivio no se sentía a salvo del todo.

Comieron en silencio, estaban solos en esa casa, no había ningún familiar y le extrañó.

—¿Vives solo aquí? —le preguntó.

Él asintió.

—Recibo muchas visitas en verano, ahora el verano llega a su fin.

Se hizo un silencio y ella lo miró.

—¿Por qué me has ayudado, por qué me has traído aquí?

—Tú lo sabes, cielo. Te quiero a ti una noche de pasión, tal vez dos... o tres. Quiero tu

virginidad y a cambio tendrás todo lo que has deseado y más... estarás a salvo. Pero sin prisas. No hay prisas... cuando estés lista y quieras ser mía.

Irina suspiró. No la asustaba ser suya, sabía que tenían un trato, pero sí la asustaba que luego...

—Estaré contigo, seré tuya como dices, pero luego...

—Podrás volver a Rusia si quieres, yo te ayudaré. O también puedes quedarte pues estoy tramitando para que te den la nacionalidad italiana. Espero que te quedes.

—No creo poder hacerlo. Me habría ido ahora.

—Si te marchas ahora te atraparán.

Tenía razón. Estaba atrapada.

De pronto lloró, era demasiada la tensión que había vivido esos días encerrada sin saber qué pasaría con ella, drogada la mayor parte del tiempo. Todavía tenía una sensación de horrible sopor, como una zombi.

—Tranquila, no llores, todo ha pasado. Estás a salvo.

Irina secó sus lágrimas y suspiró. Estaba a salvo, lejos de ese horror, pero la asustaba pensar que tendría que dormir con ese hombre para ganar su libertad, la asustaba y enfurecía. Nunca debió ser engañada, amenazada ni raptada. No era justo.

\*\*\*\*\*

Tenía que descansar, estaba agotada por el viaje y a media tarde entró en su habitación y lo primero que vio fue una cama inmensa y cuadrada con cortinados y cojines en tono color rosa. Había espejos por todas partes y pisos de madera, y muebles por doquier.

Parecía una habitación matrimonial pero no vio a nadie allí espiando así que siguiendo a la empleada fue a darse un baño.

—Disculpa, no traje ropa—se ruborizó al pensar que había escapado con lo puesto, unos

jeans raídos y una blusa blanca atada a la cintura con un saco de lana largo que había encontrado en una silla y se lo puso a último momento.

La empleada le sonrió.

—No se preocupe, el señor Alessandro compró ropa para usted está en el vestidor de la derecha, escoja lo que desee.

Irina buscó ropa para ponerse, nada demasiado formal y por supuesto, nada atrevido, pero sólo encontró vestidos, blusas y faldas, ningún jean, short ni nada que ella usara habitualmente. Perchas y más perchas, zapatos, abrigos, pero no había pantalones, como si no se hubiera animado a comprar ropa informal o no supiera su talla y sin embargo esos vestidos sí eran su talla. Le quedaban perfectamente.

Escogió uno corto y juvenil, floreado y luego buscó ropa interior.

Eso sí que la hizo ruborizar. Le había comprado ropa de encaje, negra, blanca, roja y de corpiño ancho... y algunos de copa más pequeña. Como si hubiera querido comprar varios talles por si acaso. En verdad que su brasier era un talle más que su bikini. Ella no solía usar cosas tan sexys por supuesto, pero al parecer él sí quería que usara.

Se preguntó si esa noche le pediría sexo, pero luego se dijo que era muy pronto, ni siquiera sabía si lograría estar despierta durante la cena.

Fue a darse un baño rápido y al salir se vio en el espejo desnuda y pensó que debía hacer algo con esa selva. Sus amigas siempre la llevaban rasurada para sus citas, quedaba mejor. Buscó una máquina de afeitar y le costó encontrar una pero finalmente puso manos a la obra.

El resultado la dejó rabiosa.

No sabía bien cómo, sólo quitó la mata de pelo de su monte y ahora se veía indefensa, su pobre chocha pelada color rosa. Debió dejar algo de cabello para darle más gracia. Bueno todavía quedaba algo, por suerte, aunque no se sintió conforme.

Cuando entró al comedor él la esperaba sentado en un cómodo sillón mirando algo en la



televisión inmensa que había en un costado. Al verla sonrió.

—Qué bella te ves de vestido.

Irina se sonrojó, ese verano se había hartado de usar vestidos por el calor que hacía en Italia y la había dejado tirada y sin ganas de nada.

—Gracias... la ropa es muy bonita pero no vi ningún jean.

Él sonrió.

—No quiero que lleves Jeans, sino la ropa que escogí para ti. Además, en esta isla siempre hace calor, cielo.

—Bueno, pero algún día hará frío.

—No... nuestra calefacción es muy buena. Pero hay vestidos más abrigados, de tela más gruesa.

Ella sintió un nudo en la garganta al sentir su mirada resbalar por su escote y su cintura.

—Mañana te llevaré a recorrer la casa. Y no temas, no te tocaré hasta que estés lista, preciosa. Pero has venido aquí a ser mía, ¿entiendes? Pero no te retendré más de lo necesario, no eres una prisionera, pero deberás cumplir ciertas reglas. No puedes salir sin avisar y sin llevar algún empleado que te acompañe. Es una propiedad inmensa, basta, y aunque es un predio cercado y vigilado hay ciertos lugares, los que limitan con la franja costera que no son muy seguros. Siempre se meten turistas, jóvenes drogados o ebrios y no quisiera que te pasara nada.

Ella comió la deliciosa carne estofada con ensalada, carne asada deliciosa y condimentada y lo miró.

—No tienes que obligarme ni tampoco encerrarme, sé por qué me has traído y no me asusta eso. Pero si me lastima o me obliga a estar con otros hombres o...

—No, no haré eso. ¿Me crees un perverso?

—En realidad no te conozco demasiado y aquí sólo hay hombres por todas partes.

—Son empleados, preciosa, de seguridad la mayoría. Hay muchos ladrones merodeando en temporada. No te preocupes, son trabajadores, no son amigos participando de una fiesta. Ninguno se puede acercar a ti, mucho menos tocarte, están aquí para cuidarte, además. Serás sólo para mí y luego... te compensaré.

—No quiero tu dinero, me ofenderías si me ofrecieras...

—Preciosa, no te rescaté por caridad, pude rescatar a cualquiera de ese infierno, pero yo te quería a ti. Quise comprarte, pero Ítalo dijo que no, que tenía un mejor comprador. Rechazó tres veces mi oferta. Pensó que podía sacar buen dinero por ti.

—Pero tú no vas a comprarme, y por eso no aceptaré que me pagues. Sólo quiero que me ayudes a volver a mi país cuando te lo pida, sólo eso. No quiero regalos ni nada. No me hagas sentir como una ramera por favor, porque no lo soy.

El meditó sus palabras.

—No he dicho que lo fueras. No habría arriesgado la vida de mis hombres ni la mía por una simple ramera. Por una hermosa virgen rusa en apuros, tú, sí... y no impedirás que te haga regalos.

—No quiero regalos. No quiero tu dinero.

—Está bien, me rindo... Primero serás mía y veremos qué pasa. Si no resulta lo olvidamos todo. Aunque presiento que será muy placentero. Hace tiempo que no tengo una virgen en mi cama y no me gustan las jovencitas vírgenes, me gustan mujeres vírgenes.

Irina se sonrojó.

—No comprendo a qué se refiere.

—Que tú eres toda una mujer de veintidós y todavía eres virgen, eso. Te enseñaré todo lo el sexo y haré que lo disfrutes, porque tu placer será el mío. No te obligaré ni tú podrás negarme sexo. Y si quiero hacerte regalos lo haré, no porque piense que eres una ramera, sino porque quiero hacerlo.

—Eres bien italiano eh?

Él sonrió tentado.

—¿Por qué? ¿Porque me muero por hacerte mía el día entero?

—Tal vez por eso, pero no lo pensé, digo que tú quieres imponerte, hacer lo que se te cante como muchos hombres jóvenes que conocí en mi trabajo. unos malcriados que siempre quieren salirse con la suya.

—Yo no soy un malcriado, preciosa. Soy todo un hombre y ya lo descubrirás.

No, esa noche no quería descubrir nada, aunque sus palabras se oían divertidas. ¿Disfrutar del sexo, desear el sexo? Eso no era para ella. El sexo le daba miedo, nunca lo había hecho por eso. no estaba lista y no sabía si lo estaría, pero imaginó que siendo un italiano él sabría cómo despertarla y arrastrarla a la lujuria.

Sin embargo, esa conversación le dio cierta calma, si sólo quería sexo no le importaba. Sólo esperaba que no le pidiera cosas raras, esas que hacían las ramera. Moriría de vergüenza si era así.

Apartó esos pensamientos nerviosa. Volvió al presente.

—Quisiera hablar con mi madre en Rusia—dijo de pronto—Deben estar preocupados por mí.

Él la miró serio.

—Me temo que eso no será posible por ahora.

—¿Por qué no?

—Están buscándote cielo, los hombres de Ítalo, los socios... te buscarán durante días, semanas, deberás permanecer escondida y sin rastro. Si llamas a tu madre puede que rastreen la llamada. Saben que querrás comunicarte y ...

—Rayos, pueden hacerle daño a mi familia para vengarse.

—Es un riesgo que no podrás evitar.

—Sí, puedo evitarlo.

—¿Cómo lo harías preciosa? Si vas a poner a salvo a tu familia te atraparán, si huyes de aquí y abandonas la isla también. No le harán nada a tu familia porque estarán muy ocupados buscándote.

—¡Entonces nunca estaré a salvo!

—Lo estarás si haces lo que te digo y no intentas hacer locuras.

Ella aceptó lo inevitable.

—No haré ninguna locura, te lo prometo, pero quiero estar segura de que mi familia no sufre ningún daño, ese hombre es muy malo.

—Sí, es verdad. Pero Ítalo no es idiota, no hará nada de forma innecesaria. Tendrá otros problemas que resolver ahora. Otra debe ocupar tu lugar para llevarle al inglés.

Comieron en silencio y Irina pensó que ese hombre era frío a pesar de ser tan temperamental en apariencia, no había nada que no estuviera planeado de antemano y no sabía por qué estaba tan obsesionado con ella, pero se daba cuenta que eso era todo cuanto tenía ahora, lo único que podía salvarla. Hacer crecer esa obsesión, y también obedecerle, aunque le pesara. No tenía otra alternativa.

Había escapado de esos demonios y por eso se sentía feliz y aliviada pero ahora se presentaba otro reto. Antes sólo había sido la espera, las suposiciones y la horrible incertidumbre no saber qué pasaría. Ahora sería la amante de un hombre del que nada sabía, un hombre frío que sin embargo lo había arriesgado todo para tenerla. Pero no sabía qué pasaría cuando saciara su deseo por ella.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente cumplió su promesa y la llevó a recorrer la propiedad primero en una camioneta todo terreno, luego hicieron un trecho caminando. De jeans remera y lentes se veía muy

guapo y seductor, pero Irina se sentía algo rara ese día, desencajada, como si estuviera de paseo en un lugar exótico sin poder hacerse a la idea que ese sería su nuevo hogar los días siguientes. Pero disfrutó del paseo, es verdad y comenzó a sentirse un poco más relajada.

En un momento se sentaron y él le preguntó:

—¿Te agrada este lugar?

Irina asintió.

—Es muy hermoso. Supongo que vienes aquí para descansar.

Él asintió.

—¿A qué te dedicas? Disculpa, pero nunca lo has mencionado.

Ante una pregunta tan directa él la miró a través de sus lentes oscuros de sol.

—Soy abogado y tengo una importante cartera de clientes en el sur, pero no me dedico a los pleitos sino a asesoramiento legal ahora.

—¿Eres abogado? —Irina no podía creerlo.

—¿Sorprendida?

—Un abogado muy guapo...

Y libertino. Recorriendo burdeles para llevarse a una chica.

Qué loco estaba el mundo.

—Y empresario. Tengo algunos negocios en Milán.

Irina no preguntó qué negocios.

—¿Eres socio de Ítalo, tú reclutas chicas?

—No... tranquila. soy un viejo amigo y socio de otro negocio. El día que te vi estaba de salida, hacía meses que no le pedía una chica para salir. En realidad, sólo salí con una chica que tenía en staff hace tiempo. Es que me harté de salir con rameras, buscaba algo especial la noche

que te conocí.

Ella se sonrojó al sentir su mirada.

—¿Y no tienes esposa ni hijos? —preguntó después.

—No, por dios. Ni loco. Si tuviera esposa no estaría aquí contigo, estaría con ella.

—¿Y nunca has deseado tener una esposa?

—Cielo, el matrimonio es algo para las mujeres, para lograr cosas, una familia, un marido. Para los hombres lo que existe es el trabajo, algunas citas, prosperar, estudiar, trabajar... tenemos otras prioridades.

—Pensé que los italianos eran amantes de la familia y muy enamorados.

Él sonrió.

—Bueno, quién sabe, tal vez me enamore de ti con el tiempo. ¿Quieres convertirte en mi esposa?

La joven rusa se sonrojó.

—Eres muy frío para ser italiano.

—Oh no soy frío, soy de fuego preciosa... ya lo sabrás cuando llegue el momento. Además, tú eres muy dulce y amorosa. Tal vez logres llevarme por el buen camino.

—Pero no estoy aquí para eso, supongo. Sino para su placer y diversión.

—Bueno, todo puede pasar. Pero cuéntame de ti. Viniste a Italia a estudiar, ¿no es así?

Irina suspiró y le contó su historia, de la beca para estudiar publicidad y los problemas que tuvo cuando comenzó a trabajar. Su familia pasó muchos apuros económicos luego de morir su padre y al no poder conseguir un buen trabajo en su pueblo decidió emigrar. Una historia común entre los inmigrantes.

—Pero tú hablas bien el italiano.

—Lo aprendí antes de venir, hice un curso radial y luego cuando vine tuve facilidad y en

verdad que aprender a hablarlo porque aquí nadie habla en ruso.

—¿Y trataron de salir contigo, te acosaron mucho?

Irina esquivó su mirada.

—No vine aquí a buscar novio, señor Alessio.

—Pero una chica como tú tan hermosa y virgen... seguramente se guardaba para su marido ¿no es así?

La joven se puso muy colorada. Él la estaba mirando como mujer, como una mujer guapa y apetitosa.

—No me guardaba para mi marido, simplemente no tuve oportunidad de conocer a alguien especial. Además, soy muy joven para buscar marido, sólo quería tener un buen trabajo y ahorrar lo suficiente para poder progresar.

—No te preocupes, te daré todo lo que quieras tesoro y podrás ayudar a tu familia. Sé que estás preocupada por ellos, no temas, estarán bien.

Desearía poder pensar eso, pero ciertamente no estaba segura.

Regresaron en la camioneta porque el viento había cambiado y había una sudestada desde el mar que les dio frío de repente.

\*\*\*\*\*

Tuvo sueños extraños durante días, sueños inquietantes y se veía de nuevo en el hotel, raptada y esperando ser llevada como mercancía de canje a Dubái.

Al despertar veía su habitación y suspiraba aliviada, estaba a salvo, o lo estaba por ahora.

Sin embargo, sabía que él sólo le estaba dando tiempo y que la estaba preparando para cuando tuvieran sexo por primera vez.

Fue muy considerado al darle tiempo, porque necesitó muchos días para sacar de su cuerpo toda esa cosa tóxica del secuestro, las amenazas y los narcóticos que le daban. Sin

embargo, a medida que logró dejar de estar sedada y volvió a correr y a realizar ejercicios a diario los nervios la invadían. Nervios y un horrible desasosiego. Quería escapar. No quería estar con ese hombre, no quería cumplir su parte del trato. La aterraba pensar en el sexo. Era virgen y sabía que le dolería y que ese italiano la haría sufrir porque estaba que moría por ella.

Había oído bastantes historias de italianos ardientes y dotados de sus amigas de piso para mantenerse intacta durante todo ese tiempo. Nada asustaba más a una chica virgen que un hombre de pene enorme, ardiente, apasionado y poseído por la más extrema lujuria.

Trató de no pensar en eso, el problema era que pensaba demasiado. El sexo se hacía y listo. O eso le decían sus amigas en Rusia.

“No debes tener miedo, la primera vez él hará todo, y será delicado, busca uno que sea educado, y listo”.

—En qué piensas preciosa? —le preguntó él mientras caminaban por la playa.

Casi parecía un paseo romántico.

—Pensaba en mi familia—respondió él y apartó la mirada turbada al sentir esos ojos tan fuertes sobre ella.

—¿Echas de menos tu país?

—Sí, mucho. A mi familia. Somos muy unidos y me he sentido así desde el principio.

—Siempre cuidabas de tus hermanos supongo.

Irina asintió y de pronto él se acercó y le robó un beso apasionado.

No era la primera vez que lo hacía, pero esa vez la dejó temblando.

—Me encanta el sabor de tu boca, es tan dulce...

Ella sonrió sintiendo que también le gustaba la forma en que la besaba él, sabía besar a una mujer, sabía hacerlo. y se imaginó que sabría cómo tratarla.



—Besas muy bien—dijo ella.

Él rio tentado.

—Sé cómo hacer el amor a una virgen, preciosa. Tranquila, sabré cómo tratarte y será para ti un recuerdo inolvidable.

Irina se sonrojó, en verdad que no esperaba gran cosa de su primera noche de sexo con el italiano, sólo ser lo suficientemente sensata para no salir corriendo y para no ser una desilusión para un hombre tan experimentado como él, acostumbrado a tener las ramerás más guapas y finas del negocio que seguramente serían unas panteras agazapadas en la cama.

De pronto sintió un sonido de helicóptero y tembló.

—Tranquila, es sólo un helicóptero recorriendo la isla. Todavía hay muchos turistas. Todo el año hay en realidad.

Ella lo miró asustada.

—¿Crees que él no sabe que estoy aquí?

El italiano la miró con una sonrisa y asintió.

—Lo sabe y tuvo que aceptarlo. Sabe que estás conmigo ahora.

—¿Ítalo lo sabe? Oh dios mío vendrá a buscarme.

—No, no lo hará. Tranquila. te dije que te pondría a salvo y lo haré.

—Ha de estar furioso contigo, querrá vengarse.

—Bueno, era un riesgo que tenía que correr, pero no olvides que soy abogado y si quiero lo pongo tras las rejas.

—¿Lo harías?

—Si hubiera chicas dispuestas a arriesgarse a morir para acusarlo tal vez, pero en ese negocio nadie se arriesga tanto. Además, es un trabajo.

—La prostitución no es un trabajo, es esclavitud.

—Bueno, yo lo veo como un trabajo. Hay chicas que son ramera y lo hacen muchos años, luego ahorran y se montan su negocio.

—Yo no era una ramera, a mí me extorsionaron, me secuestraron y quisiera que ese maldito estuviera tras las rejas algún día.

—Preciosa, es dueño del prostíbulo más grande del país, y es un tipo de negocios, además. No es cruel con las chicas, las tiene contentas y las hace ganar mucho dinero. Muchas quieren entrar a su negocio de prostitución vip. Tiene chicas muy bellas y educadas.

—Pues conmigo no fue considerado y además... hay muchas adictas.

—Es verdad, pero no por él, por las drogas.

—¿Acaso lo defiendes?

—No. Sólo digo la verdad. Para muchas es un trabajo y se ofenden si tú las llamas ramera.

Ella lo miró pensativa.

—Esa noche en la subasta, la primera vez que te vi.

—¿Qué? —él miró sus labios con deseo.

—Ibas a comprar una mujer, ibas a escoger a una para llevártela. ¿Por qué?

—Era un show, preciosa, una subasta falsa de esposas como lo llama Ítalo. Ninguno piensa en bodas, sólo en sexo con falsas esposas. Eso. Aventuras, diversión, placer.

—¿Por qué un hombre como tú tendría que comprarse una mujer?

—Bueno, porque soy un enamorado de las mujeres, cielo, de las mujeres hermosas... soy esa clase de tonto que muere por una mujer hermosa, como muchos en realidad.

—No es por eso.

Su mirada cambió.

—Porque me gusta tener siempre lo que deseo y buscar una perla en medio de un océano

de maldad y perversión. Así te conocí y no me arrepiento, eres una chica dulce y hermosa.

Irina lo miró y de pronto la tomó entre sus brazos y le dio un beso dulce y ardiente. Un beso que la dejó temblando de deseo. El beso que solo un italiano podía darle. Se miraron y él sonrió.

—Has sido muy gentil, ¿sabes? Mucho más de lo que alguien lo fue jamás... no eres tan frío como pensé.

—No lo hago por razones románticas cielo, soy práctico y un seductor. Pensé que sería lo más apropiado y punto.

Ella secó sus lágrimas y lo miró.

—Me gusta estar contigo, tú me haces sentir segura y en paz... es raro, pero. No sé por qué porque tú me asustabas mucho al principio, pero ahora...

—Y seré mucho más tierno cuando te entregues a mí y me des todo, te lo aseguro.

Ella lo miró embobada, realmente se creía que él estaba interesado en ella, que sentía cosas por eso casi la había secuestrado. No pensaba entonces, ni se le pasaba por la cabeza que todo fuera parte de un plan frío para propiciar un encuentro sexual.

Pensaba que se había arriesgado mucho para rescatarla, para tenerla allí a salvo. Eso debía ser por algo.

—Eres muy hermosa muñeca rusa, muy bella... nunca conocí a una chica como tú—le dijo al oído y de pronto besó su cuello y ella gimió al sentir ese cosquilleo recorrerle el cuello y la espalda, todo el cuerpo y luego lo rodeó con sus brazos y lo apretó contra ella para que la sintiera, dulce y voluptuosa, tan femenina y delicada.

El italiano pensó que eso era una señal confiable para seguir adelante, pero no allí, en esa playa...

Ella le sonrió embobada y algo avergonzada de haber tenido ese impulso en un lugar público, pero él la besó y calló sobre ella haciéndole sentir su miembro duro sobre el triángulo de

su monte. Un leve arrullo y ya estaba listo para hacerla suya. Pero no allí, no ahora.

—Tranquila, no voy a hacerlo. Sé esperar el momento adecuado.

Y por una extraña razón no le hizo el amor cuando llegaron a la mansión, sino que se fue a dar un paseo y no volvió hasta la noche.

Irina se sintió en las nubes primero, pero luego fue como si le echaran un balde de agua fría. Era la primera vez que se sentía tan excitada con un hombre, nunca antes había sentido algo tan fuerte.

Pasó el día sola y desconcertada sin saber por qué no había ido a hacerle el amor luego de lo ocurrido en la playa esa mañana.

Al día siguiente se vieron durante un paseo, pero no la tocó ni la besó. Algo pasó ese día porque lo llamaron varias veces al celular y lo vio tenso y nervioso.

A media tarde llovió y no hubo más remedio que quedarse encerrados.

Irina pensó que algo pasaba y la lluvia la preocupó. Estaban cerca del mar y sentía ese viento marítimo.

Se acercó al ventanal para ver el ala sur que daba a la playa y se preocupó.

—¿Qué tienes? ¿Qué haces aquí? —le preguntó él.

Irina lo miró.

—Es que me dio miedo, oí el sonido en las ventanas.

Él se acercó y miró a la distancia.

—Tranquila, sólo es una tormenta de finales del verano. Estamos lejos del mar.

—Pero se escucha cerca.

—Pero está lejos y, además, está más abajo. No habrá una ola gigante que salga del agua y cubra toda la tierra.

Ella suspiró aliviada y él se acercó para abrazarla y estrecharla con suavidad para olerla

primero y luego besarla con suavidad. Irina suspiró al sentir sus besos y respondió a ellos con cierta timidez.

Deseaba tanto ser suya, pero le daba miedo, temía no ser suficiente y satisfactoria.

—Tienes miedo—le dijo él.

Ella asintió.

—Ven... yo te daré calor, yo haré que dejes de temblar esta noche—le dijo.

Se había acercado a ella, luego de días que estuvo tan distante de pronto lo tenía allí cerca, besándola, mirándola de esa forma que la hacía estremecerse.

No pudo negarse, no pudo decirle que no, quería hacerlo, quería sentirse mujer en sus brazos como nunca antes...

Y cuando la llevó a su habitación dejó que la desnudara y la llenara de besos, que atrapara sus pechos y los besara y luego sus manos recorrieran cada rincón de su ser, sin dejar de besarla, sin dejar de acariciarla con suavidad.

Su cuerpo era hermoso, se lo dijo mientras la observaba.

Pero ella lloró cuando él se detuvo en su vientre y comenzó a besarla allí.

—No... no. —dijo algo avergonzada.

—Cierra los ojos, preciosa y déjate llevar, esto te gustará. Debes aprender a ser mujer y yo te enseñaré.

Ella obedeció y lanzó un grito cuando sintió su boca recorrerla, su boca y lengua mecerla con caricias intensas y profundas, besando y lamiendo sin parar como si la encontrar deliciosa.

Nunca había imaginado que su primera vez sería así, había pensado que todo se limitaría a algunos besos y...

Pero cuando la abrazó y la llevó contra la cama gritó al sentir que entraba en ella, sintió su virilidad en su interior y pensó que era demasiado.

—Lo siento preciosa, eres muy estrecha virgen... eres tan dulce y deliciosa que seguiré devorándote hasta volverte loca. Calma... ven aquí.

Ella lo abrazó y se besaron apretados contra la cama mientras él luchaba por abrirse camino y se acomodaba en su interior. Pero no pensó si le dolía o no, pensó que era maravilloso sentirse así, atrapada, poseída, tomada por un hombre viril y avasallante como ese italiano apasionado y tan guapo.

Parecía un demonio de fuego, un demonio que ardía y enloquecía por tomarla sin pensar en nada más.

Y mientras sentía sus fuertes embestidas le dijo que se detuviera.

—Debes cuidarte, yo nunca... nunca he tomado pastillas—no mentía y luego de comprender lo que estaba por pasar quería evitar que derramara semen en su interior.

Él la miró muy serio y la besó, pero no se detuvo.

—Tranquila, no voy a dejarte embarazado cielo.

—Lo harás si no te pones un condón.

—No puedo detenerme ahora, es imposible dulce... no lo haré.

Irina lo miró ceñuda y de pronto tembló al sentir que la inundaba con su semen, no pudo detenerse o no quiso hacerlo y a pesar del susto y la rabia lo disfrutó.

Y furiosa quiso correr a lavarse, pero él se rio y la detuvo.

—Ven aquí, esto recién empieza nena... tú me provocaste y ahora tendrás tu merecido virgencita.

—Pero temo que luego...

—No pasará. Vamos... sé que quieres hacerlo.

Sí, quería, por qué negarlo, aunque la prudencia le decía que debía cuidarse la mujer que acababa de despertar gritaba otra cosa, algo mucho más fuerte y feroz: instinto... instinto sexual,

algo rudo y primitivo que llevaba dormido en su interior.

Y de pronto vio su vagina sangrar, todavía era pequeña, estrecha y lo sintió cuando rodaron por la cama y él volvió a penetrarla. Parecía costarle y ella gimió porque todavía le dolía, no sabía por qué.

—Preciosa, no puedo creerlo, eres virgen. estás sangrando.

Ella lo miró desconcertada por sus palabras.

—¿Acaso creíste que te había engañado?

—Me enamoré de ti al verte, no me habría importado si eras virgen o no, quería tenerte.

—Pues sí era virgen entonces y ahora, todavía me duele, diablos...

Él sonrió.

—Perdóname preciosa, soy un demonio y no puedo detenerme, quisiera dejarte descansar ahora pero no puedo. Ven aquí... no temas, pronto será placentero, ya verás... hoy te duele porque estás cerrada todavía pero luego serás una mujer y aprenderás a disfrutar cada instante del sexo.

Irina lloró, no pudo evitarlo, se sentía tan rara entonces, sentía que acababa de pasar algo muy importante y era como estar desconcertada, asustada y emocionada a la vez porque sabía que nunca olvidaría esa noche ni a ese italiano.

Jamás imaginó que su primera vez sería así, de esa forma, pues por más que sus amigas le vaticinaron que perdería la virginidad en ese país porque los italianos eran terribles, no pensó que fuera pasar.

Hasta esa noche de tormenta cuando asustada se entregó a ese hombre olvidando que era un trato y que para él sólo era una aventura.

No debió ser así, debía tener su primera vez con el hombre que la amara, con el hombre que tuviera algo especial.

Lloró furiosa al sentirse húmeda y llena de él, no quería ser tan tonta de quedarse

embarazada de una aventura, de un hombre que no la quería para nada.

Pero había saldado su deuda. Ahora sería libre, podría irse a Rusia cuando quisiera, recibir su paga, regalos...

—¿Ven aquí, a dónde vas? —le preguntó él al ver que quería abandonar la cama.

—Tengo que ir al baño—respondió.

Cuando entró en el baño corrió a lavarse desesperada y al final optó por darse un baño mientras se preguntaba si él cumpliría su palabra de dejarla regresar a su país o buscaría una excusa para retenerla un poco más.

Porque sólo le había pedido su virginidad. Sólo eso. Una noche de sexo y pasión.

Cuando regresó a la habitación él estaba despierto esperándola.

—Ven aquí cielo, quiero besarte.

Un beso y un abrazo ardiente apretándola contra la cama y luego la miró muy serio. Había sido suya, era suya en esos momentos, su mujer.

—Mi hermosa virgencita—dijo y la miró de forma intensa, la miró con otros ojos y se preguntó si ese momento que habían compartido había significado algo para él. O si sólo era una más de sus conquistas. ¿Una más en su cama y en su vida? ¿Una más en la mansión veraniega de Capri?

No tuvo tiempo a pensar sus besos y caricias la despertaron y todo su ser respondió a él y aunque se había lavado volvió a llenarla con su miembro, a rozarla despacio, con suavidad, como si quisiera disfrutar cada minuto y luego aferrado a ella penetrándola hasta el fondo la llenó con su simiente expulsándolo muy adentro. No podía creer que lo hiciera, que no le importara dejarla con un hijo suyo. Pero no pudo decir nada, no pudo más que retorcerse de placer como una gata en celo tomada por él, por su hombre, sólo suyo por ahora, y por esa noche...

Afuera arreciaba el temporal, pero ella sólo podía sentir su corazón latir acelerado y ese calor, ese fuego que emanaba de su pecho de todo su ser. Su corazón, el suyo...



\*\*\*\*\*

No pensó en las consecuencias, no pensó que ya había pagado su deuda con sexo, quería más... no podía decir que no.

No sabía qué diablos era, qué rayos le pasaba, pero la semana siguiente se lo pasaron encerrados todos los días en la habitación teniendo sexo.

Él la guio por los caminos del placer, le enseñó a moverse para lograr su propio orgasmo y también la devoró de una forma que la hacía gemir y retorcerse...

Y al final gritaba, gemía y siempre pedía más.

No importaba si en la mañana iban en yate a recorrer la isla y realizaban exóticos paseos por las grutas o iban a Saint Michelle, al mercado...

Cuando regresaban no podían esperar para copular siempre, salvajemente sin cuidarse. Eso la mortificaba porque él sólo se cuidaba a veces. Porque ella insistía y no le gustaba nada.

Se lo ponía al final así que siempre la mojaba un poco. Cuando no la mojaba por completo con su semen pues se veía incapaz de controlarse.

Perdía la cabeza y ella también... un día se movió tan fuerte que no sólo tuvo su primer orgasmo vaginal, sino que provocó el suyo con su furioso vaivén y gemidos. Los dos enloquecieron y ella pensó que debía poner fin a eso.

Pero no se sentía completa sin que la llenara con su maravillosa verga, el sexo la llenaba, la calmaba como nada podía hacerlo y no quería dejarlo. Quería seguir...

Hizo cosas que jamás se habría atrevido ni soñó hacer impulsada por ese italiano que era ardiente y muy demandante en la cama, exigente.

Ella se dejaba llevar y lo disfrutaba.

Era mucho más que sexo para ella, era maravilloso, era algo nuevo y fascinante. Algo que estaba libre, sin control.

Y luego cuando la llenó con su placer no se enojó como la vez anterior, al contrario, la excitó y deseó que siguiera.

Y luego se quedó agitada y húmeda, toda húmeda y con su olor en su piel y en sus labios.

—Jamás pensé que sería así, tenía tanto miedo de ti al principio—le confesó y lloró emocionada. —Me siento muy rara, no sé bien por qué.

Él la miró muy serio sin decir nada hasta que habló.

—Eres una mujer hermosa y dulce, cielo, tan dulce...tú estás hecha para el amor, para ser madre un día, la esposa de un hombre.

Irina se sintió mal cuando dijo eso.

—Hablas como si no pudieras ser tú ese hombre.

Él se puso serio.

—No. Yo no puedo ser ese hombre cielo, aunque tal vez me gustaría.

Sus palabras la dejaron perpleja y absurdamente herida.

—Si un día tengo un esposo y no eres tú, buscaré que se parezca a ti, que me recuerde a ti.

Se sintió mal por decir eso, era absurdo, pero se llevaban tan bien en la intimidad y les gustaba tanto estar juntos, quizás fue por eso.

¿Por qué dijo que no podía ser él su marido, aunque tal vez le gustaría serlo?

Irina pensó que se había excedido.

—No me hagas caso, he dicho una tontería. Soy muy joven para casarme, ni pienso hacerlo con un italiano. son demasiado fríos y mujeriegos.

Al fin decía algo sensato, esa era ella. práctica y muy cerebral.

Alessio se rio de lo que dijo.

—Ven aquí, deja de pensar en bodas o harás que pierda la erección en un instante.

Ahora era ella quien reía feliz después de días de semanas de horrible angustia. Pero no quería pensar en el pasado ni el futuro, el mundo entero era esa casa y su vida era ese hombre, esos ojos negros que la miraba con deseo y adoración como nunca la había mirado un hombre. Sabía que todo había cambiado luego de ser suya pero no debía dejarse llevar por los sentimientos ni pensar que como se habían acostado ahora tenían que casarse. Eso no era Rusia, era Italia y allí todos se acostaba con todos y nadie se hacía drama por eso, lo sabía bien.

\*\*\*\*\*

No tuvo que preocuparse por un posible embarazo pues una semana después llegó su amiga para decirle que estaba todo bien. Sin embargo, él le dio una píldora de emergencia y luego de su regla comenzó a tomar pastillas suaves que le recetó una doctora del pueblo.

Fue un alivio poder cuidarse. No quería quedarse embarazada y regresar a Rusia con un bebé en la barriga, su madre moriría del disgusto y además no podría cuidar de un bebé.

El sexo se volvió algo embriagador y estuvo más relajada al saber que no había peligro de embarazo.

En pocos días aprendió todo sobre sexo y no sólo perdió el miedo, sino que se hizo adicta a él. Manfredi quería enseñarle todo y su anhelo era hacerla disfrutar. Hacerla gritar de placer. Y en dos semanas lo hicieron todo o casi todo...

Las lecciones de placer comenzaron la semana después.

Irina aprendió a darle placer a su hombre. Fue una lección sensual que nunca olvidaría. Ese día él entró en la habitación cubierto por una toalla y avanzó haciéndole gestos de que se le acercara.

Ella llevaba lencería sexy en forma de vestido transparente que dejaba traslucir sus encantos y el cabello rubio lacio suelto, brillante, sedoso. Sus ojos lo miraron con cierta ansiedad al ver que se quitaba la toalla y exhibía su miembro inmenso y rosado listo para recibir caricias. Lo miró atontada, atraída como un imán. Era magnífico.

Tragó saliva excitada al pensar que quería hacerlo, aunque él no se lo pidiera. Pero no podía simplemente tomarlo, quería tocarlo, lamerlo y engullirlo todo.

—¿Quieres aprender, princesa? —le preguntó.

Irina asintió.

—Pero no sé cómo hacerlo—balbuceó.

Él sonrió.

—Yo te guiaré, tranquila, ven aquí, sólo tómallo y acarícialo con suavidad, con tus pequeñas manos.

La rusa se acercó y lo acarició, lo tocó con mucha delicadeza y luego acercó sus labios llenos y besó sus costados. Su miembro tenía una piel muy sensible, era algo muy suavcito a pesar de ser tan grande y tener una apariencia tan ruda. Como él, su miembro era su viva imagen, rudo por fuera pero tierno de forma inesperada, sensible.

—Así nena, llénalo de besos, bésame—rogó su amante.

Ella obedeció y aunque la avergonzaba un poco comenzó a lamerlo con suavidad, y excitada y húmeda por sentir eso en sus labios, excitada lo introdujo en su boca sin pensarlo, sólo un poquito y sintió que le gustaba. Lo estaba haciendo bien, aunque se sentía un poco torpe.

—Yo te guiaré preciosa, te ayudaré—dijo con voz ronca. Debía estar muy excitado.

Irina comenzó a lamer esa punta suave y grande como si fuera un gran dulce que quería probar y chupetear a gusto. Una y otra vez su lengua lo lamió y lentamente lo fue introduciendo un poco más en su boca. Él la guio, la ayudó y le dijo cómo relajarse y poder así introducirlo despacio en su boca.

Sólo pudo tragar la mitad, pero él dijo que estaba bien.

—No más que eso preciosa, no quiero incomodarte, ve despacio—le dijo y la miró mientras lo hacía y ella le sonrió y sintió se humedecía más excitada por ese acto sexual de

brindar placer a su hombre. Lo atrapó y lo soltó y él comenzó a moverse despacio en su boca y ella siguió y lo alentó a seguir. Quería saber cómo era, a qué sabía, sólo lo había probado un poco la última vez al prodigarle unas caricias.

—Ve despacio.

—Déjame hacerlo, por favor, déjame tragar un poco más, quiero saber a qué sabes.

Ella le sonrió con picardía y volvió a atrapar su miembro y él la sujetó, la abrazó y le dijo que lo estaba volviendo loco y no podría parar. Pero ella no lo soltó, lo atrapó y no se detuvo succionando de él hasta que tuvo su semen, de a chorros al principio los tragó y sintió que tenía un orgasmo mientras él tenía el suyo. Tragó y engulló todo sintiendo que le encantaba su sabor, su estallido de placer.

—Eres increíble tesoro, ven aquí, quítate eso.

Él la desnudó y comenzó a besar su cuerpo a acariciarlo con desesperación y no se detuvo hasta llegar a su femenino rincón, a su pobre vulva que ardía como el infierno a esa altura. Y la devoró toda, una y otra vez, lamió y succionó y siguió rodeándola con su lengua, con sus labios y su boca hambrienta con la desesperación de un loco y sólo cuando la hizo gritar de placer y retorcerse de un lado a otro se detuvo un momento, sólo un momento para sonreír y oír sus gemidos. Para poco después volver al ataque y llenarla con su miembro húmedo que olía a él y que estaba nuevamente erecto y duro como piedra.

Fue increíble, ese hombre era un demonio italiano.

\*\*\*\*\*

El tiempo pasó y el verano dio paso al otoño. Las últimas semanas de ese verano que llegaba a su fin.

Alessandro comenzó a ausentarse durante el día y lo veía siempre hablando por su celular y enviando documentos por su portátil. Trabajaba allí y lo hacía sin problemas, pero sabía que debían regresar a la civilización muy pronto.

Irina pudo al fin llamar a su familia y saber que todos estaban bien. Se emocionó al oír la vez de su madre, no pudo evitarlo. El peligro había pasado, pero no se sentía del todo a salvo.

—Cielo, debemos regresar la semana entrante.

Ella lo miró alarmada.

—¿Qué?

—Lo lamento, pero tengo asuntos que resolver en Florencia. Hay un tema legal con un retrato falso. Debo estar allí para una audiencia de pruebas, pero ... puedes venir conmigo si deseas.

—O puedo volver a Rusia.

No quería volver todavía, tenía miedo.

Él la miró muy serio.

—Sí, por supuesto. Aunque quisiera que te quedaras, eres libre de marcharte cuando quieras.

Ella se sintió mal.

—Quisiera quedarme aquí para siempre, este lugar es grandioso. Pero si quieres me iré, regresaré a mi país y veré que...

—No quiero que vuelvas a Rusia, es peligroso. Todavía no, espera un poco más. Escucha... todavía no pasó el peligro. Quiero protegerte. Odiaría que te pasara algo.

—Está bien, iré contigo, pero no quiero que... que me cuides como a un niño.

—No eres una niña, eres mi mujer, cielo.

Esa expresión la erotizó, la crispó y le gustó.

—¿Tú mujer?

—Sí... sólo mía. Y para mí.

—Nunca me había sentido mujer así de nadie, ni... Pero esto es más que sexo para mí, tú eres mi hombre Alessio.

Él se acercó rápido.

—Entonces deja de decir que quieres volver a Rusia, me pones nervioso.

Irina lo miró con intensidad.

—Tendré que alejarme de aquí tarde o temprano, no quiero que me atrapen de nuevo. Tú no puedes vivir para cuidarme. Si ese hombre malvado toma represalias y te hace algo nunca me lo perdonaría.

—Preciosa, soy el macho de la manada, el macho dominante y protector, a mí nadie me hace nada, yo hago daño a los demás y no a la inversa. Entiéndelo, acéptalo y sométete a mi voluntad.

Irina rio porque pensó que bromeaba, no imaginó que él hablara en serio.

Y en un arrebato lo besó y lo abrazó con fuerza. Estaba loca por ese hombre, no sabía si era pasión, si era algo solo sexual, pero quería estar con él, quería ser suya, su mujer como él había dicho.

El respondió a su beso y la llevó hasta el largo sillón para seguir besándola. Estaba de traje y listo para salir a hacer sus diligencias, pero eso no le impedía hacerla suya en un momento y en un arrebato levantó su falda, quitó sus bragas y le introdujo a su socio como él le llamaba.

Irina se quejó pues la tomó de sorpresa y sintió que estaba apretada, pero eso también le daba placer y lo sabía.

—Preciosa, me tienes atrapado en tu cuerpo—le dijo al oído y gimió mientras la rozaba con rudeza.

Antes de marcharse la llenó de semen y placer, la dejó húmeda y con las piernas flojas.

Y no fue tan desdichada al verle partir pues sabía que iría con él a Florencia y pasarían un

tiempo allí. No tenía pensado marcharse, quería estar con él, aunque sólo fuera una aventura, aunque sólo fuera su mujer en la cama... comprendió que estaba atada a ese hombre porque no era de esas mujeres que sabía separar sexo de pasión y del amor verdadero, para ella era todo lo mismo. Sexo, pasión, lujuria y tal vez: amor...

\*\*\*\*\*

Viajaron a Florencia y se instalaron en una casa antigua pero mucho más pequeña que la anterior.

Irina extrañó el paisaje de la isla de Capri, llena de verdes y el azul índigo del mar, de las callecitas del pueblito y demás. Florencia era una ciudad antigua pero muy hermosa y fascinante. Le gustó mucho recorrer los museos y ver las pinturas que estudiaba su marido con otro abogado.

En la casa se encargó de cambiar un poco los tapices y el color mustio de las cortinas. Le dio más vida y color y también un toque femenino.

Alessio estuvo encantado con el cambio y la llevó a cenar para celebrar.

Fue la primera vez que salían a cenar en la ciudad y Irina se había puesto un vestido azul de la antigua colección, pero se sintió tensa. Tuvo la sensación de que todos la miraban y al reconocían como la ramera cautiva de Ítalo Crespi. Fue algo pensó que le hizo mucho daño y no pudo quitarlo de su cabeza.

—¿Qué sucede? —Alessio se dio cuenta y la miró muy serio, parecía preocupado al ver que miraba para todos lados asustada.

Irina lo miró angustiada.

—Es que me da ansiedad ver mucha gente, siento que me miran y que saben lo de Ítalo—le respondió.

—Tranquila, esto no es Milán, la gente de aquí es más conservadora y cerrada, no es lo que piensas. Te miran porque eres hermosa, Irina, por eso.

—Quisiera pensar que es así, pero no creo que...



—Oh, claro que es verdad. Relájate, disfruta del paseo. Es hora de hacer vida normal, salir, pasear, mostrarse. No debes vivir encerrada.

Pero ella no podía evitarlo, no podía olvidar lo ocurrido ni dejar de temer que ese hombre apareciera. Por más que él le asegurara lo contrario.

De pronto se acercó un hombre a la mesa para saludar a Alessandro y Irina tembló. Era un viejo amigo y le dijo lo guapa que era su novia y cosas así, pero a él no le hizo gracia tampoco. Se puso celoso o algo así, o eso le pareció pues cuando se fue lo miró con una sonrisa.

—Ese tonto no te sacaba los ojos de encima. Aquí no tienes amigos cuando tienes una novia tan guapa como tú, rusa—le dijo en un raptó de sinceridad.

Ella sonrió tentada y pensó que le gustaba que la hubiera llamado novia. Era un comienzo, el comienzo de algo... el que le pidiera que se quedara, el que la llevara a Florencia...

Irina pensó que con el tiempo tal vez le pediría que fuera su esposa, pero eso no la inquietaba, sólo quería tener un lugar más importante que el de ser su acompañante.

Sin embargo, todo cambió esa tarde cuando asistieron a una velada de ópera.

Debía ir de vestido formal y buscó entre la ropa que el había comprado algo que ponerse.

No le gustaba mucho la ópera, pero a Alessio sí y al parecer luego se reuniría con unos amigos en un brindis.

—No sé qué ponerme—dijo al fin saliendo de la ducha cubierta sólo con una toalla.

Él le sonrió.

—Bueno, no lleves nada—le dijo mirándola con creciente lujuria.

Ya estaba listo y se veía muy guapo de traje y camisa blanca y corbata.

—Es que no sé si llevar este o este...

Alessandro vio los vestidos y luego a ella.

—Los dos son bonitos, pero tú lo eres mucho más cielo. Me encanta cuando no llevas nada

de ropa.

Avanzó hacia ella rapaz y Irina se quedó de que llegarían tarde, pero a él no le importó.

—Hay tiempo cielo—dijo y le quitó la toalla despacio para verla y no tardó en atrapar su cintura y darle un beso ardiente y desesperado.

—Pero ahora...

Ella seguía siendo algo reticente y tímida en la intimidad, y de pronto pensó que alguien podía verlos.

—Tranquila, las cortinas del comedor están cerradas—él se rio de su turbación, pero no tuvo piedad y la llevó hasta la cama para comenzar esos juegos que tanto le gustaban.

—Vas a arruinarte el traje.

No, no le importó, quería devorarla devorar cada rincón de su cuerpo y lo haría.

—¿Qué importa? Hay tiempo, tenemos tiempo.

Ella no tuvo más remedio que rendirse y cuando se apartó para recibir caricias lo hizo. y de pronto ambos se encontraron desnudos en la cama, desnudos y entrelazados. Era un hombre ardiente y sensual y siempre quería más. Se preguntó si estaría satisfecho con ella pues a pesar de haber cambiado bastante no era sensual, es decir no creía que el sexo lo fuera todo a pesar de que disfrutaba mucho esos encuentros.

—Preciosa, eres tan deliciosa, tan perfecta para mí—le dijo al oído mientras copulaban duro y salvaje.

Ella se había adaptado a ese miembro grueso y duro, al principio le había costado ciertamente que las primeras veces le dolió pues su vagina no parecía adaptarse bien, ahora era distinto, ahora se acoplaba a él y lo abrazaba con fuerza como ella lo hacía.

Y también sabía lo que era un orgasmo, los tenía todo el tiempo y de pronto a pesar de las prisas sintió que al mojarla con su semen su vagina estallaba sacudiéndose en un movimiento

rítmico involuntario y todo el placer la envolvía, un placer largo y cada vez más fuerte. En esos momentos sentía que tocaba el cielo con las manos y nada más le importaba.

Luego se sentía mal al pensar que para él era placer, era deseo y nada más y que sólo eran amantes.

Le habría gustado pensar que era su novia y más que eso, saber si ella era algo más que una mujer guapa y hermosa a la que le gustaba tener muy cerca. Pero sabía que para él era sexo y que mientras la quisiera allí estaría.

Él sonrió acariciando su cabello rubio con hebras más claras.

—Hermosa donna—le dijo al oído—Eres toda una mujer ahora ¿eh? Siempre te escondes, te niegas, pero luego ... te conviertes en una fémica ardiente y tan dulce, tan dulce y sensual.

Irina lo miró y él apartó el cabello largo y lacio de su rostro para mirar su carita redonda y hermosa, sus labios, sus ojos y su cuerpo delgado, pero de suaves curvas.

Su mirada cambió, se volvió oscura y posesiva y Irina notó el cambio en él sin saber qué pasaba y le sonrió y lo abrazó, dulce y cariñosa como era, y él respondió con un beso apasionado y un abrazo fuerte y ardiente que la dejó sin aire.

—Eres muy ardiente italiano y yo pensaba que ni loca tendría un novio italiano—le dijo, pero ya era demasiado tarde para escapar y rio al sentir algo duro entre sus piernas pujando por entrar de nuevo. Fue tan rápido que no tuvo tiempo a nada. Pero luego le gustó tanto tenerle allí de nuevo, dentro de ella mientras la besaba y le decía cosas tiernas en su idioma.

Era tan feliz, se sentía tan bien a su lado, no sabía si se estaba enamorando o qué, pero le daba miedo. porque no sabía bien cómo terminaría esa historia. Pensó que esta vez no podría hacer planes ni adelantarse, ella que siempre había sido tan organizada debía conformarse con disfrutar el presente.

Fueron a la opera media hora después en su auto y llegaron con retraso, pero había sido su culpa y no dijo nada.

Irina optó por llevar un vestido clásico negro largo de chifón y cubrirse con una chaqueta larga de gamuza color beige con ribetes de piel. Le daba un toque más elegante. Pudo lucir algunas de las joyas que él le había obsequiado en su última salida de compras.

El espectáculo musical era muy colorido y visual, y más que ópera parecía teatro con muchas voces y demás, lo que lo hizo más dinámico.

Todo estuvo bien hasta que duró el espectáculo y ellos estuvieron muy juntos, abrazados, las manos unidas y mirándose todo el tiempo como dos enamorados. Poco le importaba la obra sólo el recuerdo de lo que acababa de pasar entre ellos, todavía sentía su placer, sus besos en su cuerpo y la erotizaba su promesa de continuar ese momento cuando regresaran a la casa.

Sus miradas, sus caricias eran mucho más que lujuria y deseo y lo sabía, o tal vez no lo sabía con certeza, pero prefería creer que era algo más. Porque para ella lo era y se sentía tonta por sentirlo, aunque supiera que era inevitable. No se detenía a analizar todo lo que había pasado entre ellos desde el día que se conocieron, pero sabía a ciencia cierta que todo era un torbellino de emociones intensas y fuertes sin control. Pero no quería pensar en ello, se negaba a analizar esas emociones.

Entonces ocurrió algo inesperado.

Luego de la velada de ópera se reunió con unos amigos en un salón contiguo al teatro para celebrar el compromiso de uno de ellos. Fue inesperado porque no le dijo que sería un compromiso de bodas y al ver entrar a la novia con un vestido blanco largo se quedó encantada. Le encantaban las bodas, pero de haber sabido no habría ido de negro, habría escogido un vestido de un color más vivo.

Saludó a los novios y entonces notó ciertas miradas de desdén. Fue tan evidente. La novia casi le dio vuelta la cara y se alejó luego de sonreírle de forma forzada a Alessio.

Otros hicieron lo mismo lo que le hizo ver que no eran imaginaciones suyas.

Alessio se puso a conversar con su amigo recién casado y él sí parecía amable mientras

sentía que las mujeres la señalaban y decían algo entre cuchicheos.

Y no era por el vestido, no era boba, no se detendrían a criticarla por su atuendo, era algo más.

—Irina.

Su amor italiano la llamó y ella fue corriendo como un cachorrito moviendo la cola ansiosa de llamar la atención de su amo y ser llevada lejos de personas hostiles que la hacían sentir incómoda a todo momento.

La presentó a unos amigos y se quedó allí, quieta mientras se servía una copa de champagne. No quería comer nada y en realidad luchaba por el sentimiento de incomodidad que se iba adueñando de su alma en esos momentos.

Contó los minutos, y las aganas de largarse que iban en aumento, pero su amor tenía que hablar con alguien en esa fiesta y lo hizo en privado, apartado.

Y ella se quedó sola en un rincón viendo a esas mujeres mirarla de lejos y murmurar algo desdeñosas. Una de ellas se rio abiertamente y otras sonrieron. Se preguntó si no sería alguna de ellas una novia antigua de Alessandro pues no entendía el interés que despertaba su presencia allí.

Molesta al ver que demoraba él fue a sentarse alejada de todos los presentes, pues ninguno se esmeró en hablarle siquiera ni nada.

Además, estaba cansada luego de haber hecho el amor media hora antes de asistir al teatro, el sexo era maravilloso y también muy relajante. A veces le daba sueño y bostezaba, como hacía ahora.

Miró el salón y luego su nuevo celular. Con él charlaba con sus hermanos y se enteraba de cosas de su familia. Había un mensaje de Anisa, su hermana menor que le había enviado uno de esos videos graciosos que se compartían en las redes.

Fue entonces que escuchó voces, sabía italiano para conocer bien esas expresiones desdeñosas.

—Es una ramera rusa, todos lo saben. Es muy hermosa sí. Pero es una ramera. No sé por qué la trajo a la fiesta. No es correcto. No debió hacerlo por respeto a los novios. —dijo una mujer.

Estaba lejos, pero escuchó su voz chillona decir todo eso mientras otra mujer alta y de nariz muy larga respondió:

—Ya conoces a Alessio, siempre sale con rameras. Nunca una chica decente. Un hombre soltero y rico desperdiciando su vida con mujeres así.

—Alessio no quiere compromisos y odia que sus amigos le presenten chicas decentes para salir. A él le gustan otro tipo de mujeres.

—Rameras por supuesto.

—Claro. Porque con ellas no hay compromisos, sólo regalos y diversión.

—Sin compromisos. Sin bodas. A él le aterran los compromisos.

—Pues no debió traerla.

Irina sintió que había oído suficiente y nerviosa tiró la copa al piso llamando aún más la atención.

Estaba furiosa y herida, y muy avergonzada sin comprender por qué, por qué la atacaban así. ¿Acaso parecía una ramera, se veía como una? ¿O era debido a la mala fama de su novio? Miró a las mujeres que no muy lejos de allí la habían llamado ramera. Tuvo ganas de ir hacia ella y decirles que no era ninguna ramera, pero ¿qué ganaría con eso? Todos oirían lo que esas horribles mujeres estaban diciendo y ella se encargaría de informar a todo el resto. Era una reunión con mucha gente, más de lo esperado y decidió morderse la rabia y alejarse.

Sintió la sangre en la cabeza y maldijo en su lengua sintiendo que estaba a punto de llorar, pero no quería hacerlo. No era una ramera, maldita sea, no lo era... era su novia, era su mujer, era suya en cuerpo y alma, pero no era una maldita ramera.

Le llevó algún tiempo controlarse y tuvo que tomar agua y serenarse y comprender que

esas mujeres debían sentir celos de ella. Muchas querían atrapar a ese magnífico ejemplar de macho italiano, guapo, rico y muy ardiente. Por eso su rabia. Por eso decían esas cosas.

Pero la palabra ramera fue una bofetada y resonaba en su mente con un eco espantoso.

—Irina.

Sintió una voz familiar y vio a uno de los empleados de Alessio: Tulio, que la cuidaba y llevaba a todas partes. Tal vez él notó que se alejaba y se sentía mal y quiso preguntarle si estaba todo bien.

Ella sólo preguntó dónde estaba Alessandro porque quería irse.

—Él vendrá en un momento. ¿Te sientes bien?

—No, no me siento bien. Quisiera regresar a casa ahora, por favor—le respondió y al ver que el empleado iba a pedir permiso pensó que de buena gana se habría tomado un taxi y se habría ido de esa fiesta, pero no llevaba dinero en su cartera, sólo algo de maquillaje, perfume y el celular.

Él la llevaba a todas partes y tenía dos tarjetas para comprarse cosas, pero rara vez las usaba. Era muy cautelosa para gastar.

Tulio llegó entonces.

—Puedo llevarte a la casa si quieres, Alessandro tiene que resolver un asunto antes.

Rayos, no le importaba que se sintiera mal, charlar con su amigo era prioritario más que ella. Al parecer ella sólo estaba en su vida como pasatiempo como las otras. Porque Alessio siempre buscaba rameras y no quería que sus amigos le presentaran chicas decentes para tener algo más formal. Él odiaba los compromisos.

Y mientras se alejaba sintió tanta rabia que cuando entró en el auto de su novio lloró y se sintió peor que nunca. Como una auténtica ramera que se iba de la fiesta para dejar de soportar que dijeran cosas horribles a sus espaldas y la miraran con desprecio. Porque algo dijo Alessio sobre Florencia, dijo que allí la gente era más cerrada y conservadora. No imaginó nunca que

además serían tan crueles.

Pero ella fue comprada en una subasta, rescatada de un prostíbulo y a fin de cuentas no era más que una ramera.

Vivían juntos, hacían el amor y él le compraba regalos y había puesto una cuenta bancaria a su nombre, se lo dijo nada más llegar a Florencia y mudarse a esa pintoresca y antigua casita del pintoresco barrio de Oltrarno.

—Es para lo que necesites, ropa, perfumes, las cosas que compran las mujeres. Espero que no compres pasajes para irte a Rusia—le dijo entonces.

Ella sonrió incómoda.

—No es necesario, no quiero tu dinero.

Fue un momento tenso, casi desagradable, odiaba que le diera dinero que le hiciera regalos caros porque la hacían sentirse una ramera. Él lo sabía, no era tonto.

—Vamos, no puedes estar así, dependiendo de mí para todo, preciosa. Prometí ayudarte y lo haré. Sé que querrás comprarte algo, que necesitarás comprarte jeans, enviarle dinero a tu familia.

Sí, lo necesitaba, ¿por qué negarlo? Ya no tenía trabajo y sus ahorros eran escasos.

Pero no quería tener dinero así. No de esa forma. No sintiendo que le daba sexo a cambio de dinero.

No tocó un euro de ese dinero, sabía que estaba la cuenta a su nombre y él le explicó lo de la clave de acceso y demás. No tenía ni idea qué dinero había allí ni quería saberlo.

Ella no era su esposa para tener derecho a algo, ni le había dado un hijo. Irina sintió que no era más que su chica, su amor, su mujer. Como cualquiera podía serlo en realidad.

Al entrar en la casa se sintió mejor y a salvo, a salvo de esas horribles personas.

Corrió a darse un baño para quitarse ese horrible vestido negro ajustado. Tal vez ese



vestido la hacía verse como ramera o el maquillaje.

Se metió en la ducha y trató de borrar todo rastro de que había llorado, el agua caliente y el delicioso jabón con aroma floral la hizo sentir mejor. Eso y sentir que su semen caía por su vagina y mojaba sus piernas. Le encantaba sentir su semen en su interior, su olor y textura y excitada lo lamió mientras sonreía pensando que tal vez sí estuviera convirtiéndose en una ramera. Jamás pensó que sería capaz de llevar a cabo esas prácticas y ahora lo hacía y se desesperaba por saborear su semen como si fuera lo más delicioso en este mundo. Hasta la última gota y sentir que él gruñía de placer y se contorsionaba y sujetaba su cabeza para derramar en su cuerpo hasta la última gota. No sólo en su boca sino en su cuerpo desnudo, sus pechos....

Pero no siempre lo hacían, su mayor placer y obsesión (la de ambos tal vez) era copular y lo sabía bien, entrar en su sexo apretado y también en sus nalgas, ningún rincón de su cuerpo quedó sin ser besado ni tomado, pero ella se entregaba a las nuevas prácticas sabiendo que le iba a gustar porque todo lo que él le hacía le gustaba en realidad.

Y era un caballero en la cama y fuera de ella, jamás la trató mal ni le gritó como veía hacían muchos italianos, él era un hombre tranquilo, pero tenía un genio vivo y lo había visto enojarse con sus empleados o socios o clientes, pero nunca con ella.

Se puso la cabeza debajo del grifo y se sintió mejor.

Perfumada y sin maquillaje, húmeda y relajada se veía más joven y natural. Sin embargo, en sus ojos se notaba que había llorado y no quería que él lo notara.

Pero no había ido a ese país para terminar siendo la chica paga de un hombre, para ser una ramera... ¿cómo le diría eso a su madre y hermanos? Estaba harta de mentirles y decirles que estaba trabajando de secretaria en una empresa nueva.

Las mentiras se multiplicaban y ellos esperaban que fuera a visitarlos pronto. En el verano. Y sabía que no podría ir.

Cepilló el cabello y luego se lo secó y se vistió con prisa.

Unos jeans y una remera blanca de algodón estaría bien. pero sabía que a él le gustaba verla de vestido, no importaba el largo, el color, ella podía escoger a su gusto. Pero en esos momentos no tuvo ánimo para vestidos así que optó por una falda corta plisada con estampado escocés y una camisa blanca ajustada.

Se pintó un poco y usó iluminador para quitar las bolsas debajo de sus ojos provocadas por el llanto.

Luego sintió hambre, llevaba horas sin comer nada y Alessio demoraba.

Miró el reloj y se inquietó. Temía que le hubiera pasado algo.

Rayos, tenía una horrible dependencia emocional y física de ese hombre, dependía de él para todo. Pero no lo llamó por teléfono y fue en busca de helado y nueces para calmar su hambre. Seguramente querría llevarla a cenar...

Encendió la televisión y buscó algo para distraerse.

Alessio llegó entonces y Irina despertó al sentir su olor, su perfume y sentir sus besos. Olía a su hombre a la distancia, y también conocía la forma de abrir la puerta de caminar.

—Preciosa, te dormiste. Siento haber tardado cielo, pero me quedé bebiendo y conversando.

Ella sonrió y lo miró, había regresado y estaba allí abrazándola y mirándola con cara de lobo hambriento.

Su boca atrapó la suya y luego la olfateó, le gustaba oler su perfume su cabeza,

—Hueles a flores cielo, hueles dulce—le dijo y la envolvió entre sus brazos y la besó.

—Aguarda, iré a darme un baño—dijo—huelo a cigarro y a pegote de vino, una mujer me manchó con su copa. Creo que todos bebieron demasiado en esa fiesta.

Ella aguardó inquieta a que regresara feliz de tenerle de nuevo a su lado pues se angustiaba cada vez que se iba y la dejaba sola. No quería ni imaginar si un día no regresaba.

Momentos después le tenía allí en la cama desnudo y ardiente, no pudo esperar a abrir su blusa y levantar para su falda para entrar en su vagina medio dormida todavía y algo estrecha. Pero esa invasión feroz y esa incomodidad leve la excitaron y no tardó en llegar al clímax antes que él y convulsionar.

Sin embargo, lloró cuando todo terminó y se quedaron abrazos, lloró a mares sin poder evitarlo y él se dio cuenta, y la miró asustado.

—¿Qué sucede mi princesa? ¿Por qué lloras?

Ella lo miró sin decir palabra sintiéndose mal por ese espectáculo tan penoso y pensó que era injusto confesarle la verdad, no era su culpa que sus amigos la vieran como una ramera y hablaran pestes de ella.

—Todos creen que soy una más, que soy tu ramera. Lo oí en la fiesta y por eso tuve que irme. Escuché lo que dijeron. No fueron imaginaciones mías.

Él se puso serio y la abrazó como si quisiera consolarla.

—Son unas perras, no les hagas caso. Siempre critican a todas las mujeres, que si se visten mal, que si son muy gordas o muy delgadas. Las mujeres son como arañas, son bravísimas con las de su sexo.

Ella secó sus lágrimas y lo miró.

—Tal vez, las italianas son muy bravas, eso he oído, pero no tiene que ver con celos de mujeres o un afán de criticar a las demás. Se trata de ti y de nosotros. Piensan que tú... dicen que nunca quisiste que te presentaran una chica decente. Y que si estaba contigo seguramente era una ramera.

—Rayos, ¿ellas qué saben? ¿Qué saben de mi vida? Sólo hacen suposiciones tontas, ¿qué les importa? No son más que las eternas novias de mis amigos esperando que las lleven al altar, no son nada mío, ni siquiera me agradan. Además, en este mundo siempre van a criticarte, la gente es así. No prestes atención a eso. Lo que pasa entre nosotros es nuestro

, preciosa. Tú no eres una ramera y jamás pensaría que lo eres.

—Pero tú me compraste, me salvaste de ese horrible lugar.

—No es así, no pienses eso. Estamos juntos y lo pasamos bien, nos entendemos bien y no eres eso, eres mi mujer, mía... Y te aseguro que nunca he tenido a una ramera más que una noche. Lamento ser tan crudo. Pero debes entender que tú eres especial para mí y no le pongas nombres ni creas que...

—¿Soy especial para ti?

Él asintió.

—Eres mía, mi tesoro, mi novia si te gusta más. Así te presenté hoy y te presento siempre.

—¿Soy tu novia? Me gusta ese nombre.

—Eres mía, preciosa, sólo mía.

Irina sonrió y él le dio un beso ardiente.

—Y tú eres mío, eres mi hombre y no puedo evitar sentir que te pertenezco y quiero un día ser algo más que una mujer especial. Pero no voy a forzar las cosas. Si quieres que me vaya me iré.

—No quiero que te vayas, quiero que te quedes y seas mía. Pero que desees ser mía, yo no te obligo a quedarte, no te compré ni nada. Pero sufriste ese horrible rapto y te hicieron mucho daño, yo te salvé, pero no voy a pedirte que por eso... nunca he tenido a una mujer por la fuerza y no lo haré ahora.

—Algún día tendré que regresar a mi país.

—Pero no lo hagas ahora por favor, tu familia está bien, y ellos saben que estás bien. No pienses en los demás, ¿qué importa lo que digan? La gente de aquí es malvada y mezquina, en todas partes en realidad, les gusta mucho criticar y disfrutan cuando a los demás les va mal, especialmente si son sus amigos y tienen mucho dinero. No pienses en lo que dirán.

—Pero mi familia no puede saber que vivo con un hombre sin estar casada, no pueden saber de ti... jamás me lo perdonarían. Son muy conservadores.

—Irina, eres una mujer joven y hermosa, por qué no podrías vivir con un hombre si quieres hacerlo? dí que soy tu novio si quieres.

—Pero no lo verán bien.

—Entonces dile que soy tu hombre y que tenemos sexo todos los días.

Ella lo miró escandalizada y él supo que no lo haría.

Pero le gustaba saber que era su novio, le gustaba pensar en él como su novio.

\*\*\*\*\*

Irina le hizo un giro a su familia en Rusia desde su cuenta y vio con asombro que había más de trescientos mil euros. Mucho más de lo que podría nunca gastar en ropa ni nada. Eso y todos los regalos que le hacía todo el tiempo. Era mucho dinero.

Ese día se apareció con un perfume carísimo más ropa que eligió para ella en una tienda antes de llegar de su reunión.

No podía evitar que le hiciera regalos, pero se sentía incómoda en esa situación. Ella nunca había tenido un hombre que la mantuviera.

Y también vivía con miedo al pensar que si ella dejaba a Alessio los hombres de Ítalo Crespi la atraparían de nuevo. No estaba a su lado por esa razón, pero se preguntaba qué pasaría en un futuro si él decidía poner fin a la relación o peleaban por alguna razón. nada era seguro en este mundo, ni el matrimonio ni los novios, nada...

Lo mejor era disfrutar el momento, el día a día. Sin hacer planes, sin pensar... estaba a salvo ahora y era feliz con su novio italiano. Jamás se habría prestado para su juego, pero casi se vio atrapada y sin embargo sabía que había sido lo mejor que le había pasado.

Lentamente comprendió que era como su esposa, como su mujer, pero sin anillo ni

promesas de bodas y lo aceptó. No necesitaba más que eso. el matrimonio era algo muy serio y lo que tenían era bonito igual, mejor que estar casada y pensar que debía soportar de todo porque estaba atada por haber firmado el contrato.

Ella comenzó a aceptarlo y aprendió a preparar su platillo favorito y ser su compañera pensando que era solo cuestión de tiempo para que ese hombre cayera rendido a sus pies. Ya lo estaba, pero no lo decía...

La mantenía escondida de sus amigos y un día que fueron a celebrar su cumpleaños notó que se ponía tenso cuando uno de ellos se le acercaba a conversar.

Sentía celos. No era tonta. Sabía detectar cuando un hombre sentía celos de ella. unos celos que lo hicieron rabiar bastante y a ella le divirtieron un montón.

Porque ella también se ponía celosa de las mujeres que trabajaban para él en su empresa de abogados. Secretarias, abogadas sexys de tacones...

Pero no lo había notado a él celoso. Y eso que los italianos de Florencia solían mirarla y decirle cosas bonitas, nunca lo vio ponerse tenso ni nada. Ella sí se ponía incómoda, aunque en realidad el acoso sucedía cuando iba sola de compras o al gimnasio por las mañanas. Y eso que llevaba siempre guardaespaldas.

—Eh Roberto, quita tus sucias manos de mi novia—le gritó y lo empujó.

Todo ocurrió muy rápido y Irina miró la escena horrorizada.

Los demás invitados intervinieron, pero no pudieron evitar que Alessio empujara a su amigo y le pegara cuando este le dijo:

—¿Tu novia? ¿Ahora llamas novias a las rameras que consigues por ahí?

Irina se sintió enferma, de nuevo la llamaban así y delante de todos.

—Eres un maldito cerdo Roberto, qué vil eres—le dijo su novia. Su propia novia lo insultó y Alessio lo increpó.

—Vuelve a decir eso y te parto la cara—le gritó.

Roberto sonrió y la miró.

—Es preciosa, te felicito. Es la más guapa que has comprado en tu vida.

Fue lo último que dijo antes de recibir un golpe fuerte en la quijada.

Irina se sintió enferma y pensó que era inútil, sus amigos siempre la verían como una ramera. Una ramera comprada.

La fiesta se arruinó y ella se quedó sola con Alessio que se quedó furioso y bebiendo cerveza en un rincón.

—Nunca me gustaron las fiestas de cumpleaños, mis amigos dijeron que vendrían a saludarme, en verdad que no quería nada de esto. Habría preferido irme a algún lado a pasear contigo.

Irina se acercó y lo abrazó. Lo abrazó con fuerza.

—No tenías que pegarle, no me importa lo que digan.

—Ese maldito ni siquiera es mi amigo, es un estúpido que solo conozco de vista. Y es un atrevido de venir a mi casa a hablar así de ti.

—Es un idiota. Tienes razón. Pero no tenías que darle una paliza.

Su amor italiano estaba furioso.

—¡Se lo merecía! No dejé de mirarte desde que entró, no te sacaba los ojos de encima y cuando se te acercó pensé que era hora de decirle que se fuera. Lamento no haberle dado una buena paliza como merecía, sólo eso y también por ti que tuviste que soportar a ese imbécil.

—Bueno, pensé que te gustaría una fiesta sorpresa. Tus amigos me llamaron el otro día.

—No me gusta celebrar mi cumpleaños, nunca me gustó. Ya no. ¿Y sabes qué? No me quedaré con esto. Iremos a cenar y a dar un paseo.

—Es una buena idea.

Pero mientras se aprontaban para salir Alessio recibió una llamada de su padre. Había sufrido un ataque y estaba internado en Milán.

Sabía que no había visto a su padre en años y estaban distanciados, pero él evitaba hablar de ello.

—Debes ir, Alessio. Es tu padre.

Lo vio ponerse tenso de repente.

—No, no quiero ir. Tanto da. Para mí se había muerto hace años. mi madre murió de cáncer por su culpa, por todo lo que la hizo sufrir siempre.

—Pero se está muriendo y seguramente quiere verte.

Lo había llamado su hermano, ella ignoraba que tuviera uno nunca hablaba de él.

—Justo el día de mi cumpleaños, bonito regalo.

—Debes ir, por algo quiere verte.

Irina no sabía si debía acompañarle. Ciertamente que empezaba a cansarse de amigos y allegados a su novio que la llamaban ramera y no quería que sus familiares hicieran otro tanto. Sin embargo, supo que en esos momentos él la necesitaba y sin pensarlo dijo que lo acompañaría.

—Te agradezco esto preciosa, pero no será necesario. Porque no iré. Es mi cumpleaños y quiero salir a cenar.

Irina comprendió que Alessio estaba nervioso, inquieto y necesitaba tomarse un tiempo y decidir qué hacer, si realmente quería ir. Ella habría ido corriendo de saber que su padre estaba enfermo pero su padre había muerto hacía tiempo y siempre había sido un padre amoroso con ellos y su madre. Sabía que no todos los padres eran iguales.

Él no le debía nada a su padre, sí a su tío que lo había criado y había muerto el año anterior de cáncer. Pero todo lo que tenía en la vida lo tenía por su esfuerzo, por su talento para las inversiones en la bolsa y otros negocios, su padre nunca lo había ayudado.



Y mientras cenaban en un restaurant muy pintoresco de la ciudad le dijo:

—Supongo que estará solo, siempre generoso con las mujeres que calentaban su cama lo arruinaron y no le dejaron nada. Cuando el dinero terminó, se largaron. Un mujeriego perdido.

Irina se sintió mal que le hablara así de su padre.

—Pero supongo que también habrá recuerdos bonitos, Alessio. Recuerdos de vida en familia, de tu infancia.

Él iba a negarlo, pero de pronto guardó silencio.

—Sí... durante años me malcrió bastante comprándome todo lo que pedía y metiéndome ideas mezquinas en la cabeza sobre las mujeres. Hasta que crecí y vi cómo sufría mi madre por su culpa, lo mal que la trataba... no era justo. Mi madre hacía todo por sacar adelante ese matrimonio y a sus hijos y él gastaba a manos llenas en las mesas de juego y las mujeres. Tenía mucho dinero cuando se casaron, ahora no le queda nada. Toda fortuna se pierde si te dedicas a gastar a manos llenas. Hubo un tiempo en que lo ayudé en unos juicios que tenía en la empresa, pero luego me rendí, él no aprendía, siempre estaba perdido detrás de una mujer. Además, tampoco hizo nada por mis hermanos, eran sus hijos. Siempre tuve que sacar las castañas del fuego por él, me harté.

—Alessio, entiendo lo que dices, estás enojado porque sientes que no fue un buen padre, pero tú lo quieres igual y si no vas a verle, tal vez te sientas mal luego.

—Prefiero quedarme contigo y hacerte el amor, estás tan hermosa esta noche, te ves tan radiante.

Irina se sonrojó al sentir su mirada y se sonrojó cuando tomó su mano y la llevó de regreso a casa. Se moría por hacerla suya y lo sabía, acababan de cumplir dos meses juntos y se sentía cada vez más enamorada de ese hombre, más atrapada y más ansiosa por saber si sentía algo más por ella, algo que no fuera deseo y placer, pero esperaba un gesto, algo que le dijera que la amaba.

Pero eso no pasaba. El tiempo había pasado volando ese mes en Florencia y todo seguía casi como al principio. Aunque él era bueno con ella y generoso y la hacía sentirse bien nunca le había dicho que la quería o que empezaba a quererla.

Tal vez era una tonta sentimental, pero ella no tenía dudas sobre lo que había en su corazón. Amaba a ese hombre con locura no sabía si porque la había despertado al sexo y a la pasión sin límites, porque le gustaba o porque simplemente había pasado. En realidad, se enamoró de él porque era todo un caballero y además nunca había conocido a un hombre como él, aunque sus amigos le llamaran mujeriego y dijeran que sólo salía con rameras para ella no era así. Era su amor y punto.

Pero lo que sentía en su corazón no lo decía en voz alta para no forzar a que él le dijera que también la quería. Su vida siempre había sido el trabajo, desde muy joven, y no tenía vicios ni salía con otras mujeres ahora, sólo con ella de eso estaba segura. Si alguna chica lo miraba con ojitos de enamorada en su empresa poco le importaba, él le era fiel y eso era mucho para un hombre tan buscado y codiciado.

Estaba contenta de tenerle sólo para él y que siempre volviera a sus brazos y siguiera buscándola como el primer día. Sólo temía que eso acabara y él perdiera entusiasmo. Apartó esos pensamientos angustiada porque cuando hacían el amor era suyo, suyo por entero. Era su hombre, su amor, su amor italiano de ojos negros.

—Estás llorando preciosa, ¿qué sucede?

Ella lo miró sin ocultar sus lágrimas y de pronto ya no pudo callar más la verdad de su corazón. Nadie buscaba enamorarse, nadie sabía ni cómo enamorarse eso simplemente ocurría.

—Eres mío Alessio siento que eres mi hombre y te amo. Pero no soy tu amor sino sólo tu chica, tu mujer... la chica que rescataste de un burdel y eso me duele.

Él la miró muy serio.

—No llores, preciosa, por favor. Tú también eres mía, princesa. Me perteneces y espero

que no me dejes para irte a Rusia un día.

Ella lo miró con intensidad y él la abrazó muy fuerte y la besó, la besó y la hizo suya de nuevo, pero no le dijo que la amaba. Para él era su mujer, le gustaba estar con ella, pero había tenido muchas mujeres en su vida. No era lo mismo. Sin embargo, eso no le alcanzaba y sintió que era una más y luego pensó que era una tonta al decir esas cosas y hacerle saber cuánto le importaba. No era el momento, su padre estaba grave y ...

Trató de no analizar nada a esas alturas, sólo sentirle allí muy cerca, fundido en su piel amándola una y otra vez. lo amaba y estar con él debía alcanzarle.

\*\*\*\*\*

El padre de Alessio falleció días después, pero al menos estuvo allí, pues al día siguiente de su cumpleaños logró convencerle de viajar a Roma para verlo.

Por primera vez vio a Alessio triste y deprimido y ella también se sintió mal, aunque procuró mantenerse animada, no lo consiguió. Y al final él decidió ir a Capri unos días a la mansión de la playa y descansar. Estaba abrumado por todo lo que había pasado, la muerte de su padre lo afectó mucho más de lo que había creído.

Pero esos días en la mansión, aunque hacía frío se quedaron encerrados charlando y viendo alguna película.

Irina le preparó sus platos favoritos y procuró animarle hablándole de sus historias de Rusia, algunas fábulas o anécdotas de infancia.

—Eres como la princesita rusa de los cuentos, te faltan las trenzas —le dijo entonces y le sonrió.

Ella se acercó y le dio un beso suave, tierno, un beso que él no pudo resistir y tendidos en el sillón del living la abrazó muy fuerte y le dijo:

—Gracias preciosa, gracias por estar siempre para mí, creo que no lo merezco.

Irina sintió en su boca el sabor de whisky y a juzgar por la expresión risueña y rara de sus

ojos pensó que había bebido demasiado.

—¿Por qué dices eso?

—Porque te compré como si fueras una cosa, no debí hacerlo. pero quería que fueras mía, me moría por hacerte mía.

—¿Me compraste? ¿Qué dices?

—Salvé a ese maldito de la cárcel para pagarle el favor de dejarte en paz. Supo que había sido yo enseguida y amenazó con raptar a tu hermana si yo no pagaba lo que él decía. Así que pagué dinero y también lo salvé de la cárcel una vez más cuando cayó una redada la noche siguiente en su infame negocio. Lo siento...

Ella lo miró aturdida, debía estar muy ebrio para confesarle eso.

—Salvaste a mi hermana y me salvaste, y te lo agradezco. Pero no necesitabas comprarme, yo acepté ser tuya ese día.

Él se puso serio.

—Soy un hombre malo, cielo, no merezco una mujer como tú a mí lado, no merezco que me ames como dijiste esa vez.

—Pero sí te amo, nunca antes había sentido esto por un hombre. nunca había estado enamorada por eso sé que te amo. Tal vez soy una tonta sin experiencia, una campesina rusa como dijeron esas mujeres en la fiesta ese día.

—Preciosa, tú no eres ninguna campesina ni una tonta, eres toda una mujer y quería que fueras mía, por eso hice lo que hice. Lo siento mucho. Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte, sé que no me quieres, que no es igual para ti. Supongo que habrás tenido muchas mujeres y quieres que me vaya ¿eso quieres decirme? Me iré a mi país y nunca más sabrás de mí.

Cuando dijo eso dejó el vaso de whisky y la miró horrorizado.

—No, no lo hagas. Sería capaz de ir por ti hasta el mismo infierno. No me dejes nunca preciosa. Por favor.

Nunca ante le había dicho eso, su mirada había cambiado y el efecto del alcohol desapareció.

—Tú no me amas, no quieres un compromiso... eres frío a veces.

—Lo siento preciosa, soy así. No lo demuestro, pero no es porque no lo sienta. Pero estoy loco por ti y no dejaré que me abandones nunca. Nunca.

Irina lloró cuando la tomó entre sus brazos y le dio un beso ardiente y salvaje.

—No lo haré, me muero por estar contigo, quiero ser tuya siempre.

—Pero tu familia quiere que vuelvas a Rusia en unos meses, para el verano. Y cuando vayas te olvidarás de mí, querrás quedarte en tu país. Sé que extrañas.

—NO lo haré, sólo iría unos días, tal vez una semana. Puedes venir conmigo si quieres.

—No puedo irme tan lejos tesoro ni arriesgarme, no sería seguro para ti que fueras.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué no sería seguro?

—Porque eres una mujer preciosa y Crespi cree que sólo eres un pasatiempo para mí. espera que me dejes para ir por ti. Lo hará.

—No puedo vivir con miedo, Alessio. Debo viajar a mi país un día, mi familia está allí, mis amigos. Siento nostalgia por mi tierra, por mi gente.

—Está bien, más adelante pero no ahora, deja que pase el tiempo. Falta bastante para el verano, además.

—Pero vendrá la navidad y querré ir. Pasar con mi familia.

—Falta para eso, ven aquí. Falta mucho para navidad. Recién estamos en otoño.

Su celular sonó y el momento de intimidad pasó, pero Irina se quedó pensando en lo que le había dicho y no podía entender qué debía perdonarle.

Dijo que la había comprado, que pagó para salvarla de Ítalo, pero no la ofendía saberlo, imaginó que debió ser necesario de alguna forma.

Fue a preparar la cena animada pensando que le había pedido que se quedara con él y se había mostrado muy nervioso cuando le habló de su viaje a Rusia. Quería que se quedara a su lado y le había dicho con énfasis que era suya. Era un buen comienzo, era algo más que lo que tenían hasta ahora. Aunque ella no entendía por qué era tan reticente para decirle que la quería o que estaba empezando a quererla un poco. Por qué a pesar de su vehemencia al decir que la había comprado para que fuera suya, y lo apasionado que era en la intimidad y lo fogoso de sus gestos era tan frío para decirle que le importaba. ¿Acaso tenía miedo a sufrir? ¿O era simple orgullo?

Trató de no pensar en eso, se había dicho a sí misma que no sería como esas mujeres demandantes y quejosas que siempre reclamaban atención y afecto.

Sin embargo, le dolía que todos pensara que era su ramera, eso sí que le molestaba horrible. aunque supiera que no era cierto la forma en que la miraban todos empezaba a enfermarla. Trataba de ignorarlo, pero... por momentos le hacía daño. Era entonces cuando pensaba que debía alejarse, tomar distancia, pero esa conversación la dejó pensando. Él era abogado y tuvo que liberar a Ítalo por su causa, tuvo que pagar para poder estar con ella. eso no estaba bien, ella no le pertenecía a ese maldito hombre.

Apartó esos pensamientos y suspiró. No sabía qué pasaría en el futuro, pero sentía que quería que él estuviera en su vida y fuera parte importante de ella.

Pero mientras cocinaba tuvo una sensación extraña y lo vio hablar por teléfono muy molesto, lo había visto enfadarse en ocasiones mientras hablaba por teléfono y no sabía con quién hablaba, si era un cliente, si era por trabajo o alguien más. Pero se transformaba.

Y en esa ocasión lo vio alejarse furioso y quiso seguirlo, pero no pudo, la comida se quemaría.

Sin embargo, cuando todo estuvo listo fue a buscarlo para preguntarle qué diablos pasaba.

Alessio no estaba en la casa, no lo encontró por ningún lado. se puso muy nerviosa al ver que no estaba, realmente dependía mucho de él, demasiado.

Y entonces sonó su celular y angustiada fue a atender.

Era su hermana mayor y era raro que la llamara a esa hora.

—Irina. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Qué pasa Katia?

—Es mamá, está enferma, tuvieron que internarla porque no se sentía bien. he estado tratando de llamarte desde ayer y tu celular no daba línea.

—Qué raro. Bueno, es que estoy en una isla y aquí la señal no es muy buena, pero rayos, ¿qué ha pasado?

—Es del corazón... van a intervenirla, sufrió un infarto. Un disgusto. Anuska se escapó de casa. Está esperando un bebé y se asustó mucho.

—Qué? Pero cómo es posible, nadie me dijo nada.

—El italiano que está contigo dijo que no te dijéramos para no preocuparte.

—Cómo?

—TE llamé hace una semana y atendió él el teléfono, ese novio que tienes, no recuerdo su nombre.

—Alessandro.

—Dijo que no dijéramos lo de Anuska porque ibas a preocuparte y no podías viajar ahora.

Irina sintió su corazón latir acelerado.

—Pero desde cuándo me lo han ocultado todo?

—Él dijo que no te dijéramos porque te preocuparíamos y tú tienes muchos problemas, y debías permanecer escondida un tiempo. Irina, lo del secuestro. es cierto?

Ella no se atrevió a negarlo.

—Pero dijo que nos ayudaría, envió dinero para la operación de mamá y también para que podamos ayudar a Anuska, pero ...

—¿Cuánto hace que habla con ustedes?

—Hace dos semanas o tal vez más. No quise ocultarte lo de Annie, pero él me lo pidió, dijo que no podías abandonar Italia que estabas en peligro porque una mafia estaba detrás de ti. ¿Es verdad?

—Sí, lo es, pero yo quiero verlos. Buscaré la forma de... qué pasó con mamá.

—Mamá está bien, pero se puso muy nerviosa cuando Anuska se escapó de casa, está embarazada y se fue con el novio para que mamá no lo supiera y al final se terminó enterando porque ese cretino la abandonó y ahora se está quedando en casa de nuestra tía Sara.

—Rayos, pasó de todo y nunca me contaron. Jamás me dijeron.

—Él me pidió que guardara silencio, dijo que te contaría más adelante, pero llevo días sin poder hablar contigo y todo esto me da mala espina. Ese hombre... dijiste que era tu jefe, pero es algo más, dijo que era tu novio, tu hombre y que viven juntos sin estar casados.

—Es verdad... pero no le digas nada a mamá.

—¿Estás embarazada y lo has ocultado también?

—No...

—¿Pero vives con él? ¿Cómo es que de repente te vas a vivir con un italiano del que nunca hablaste nada? Es muy raro todo eso Irina. ¿Quién ese ese hombre y por qué dice que la mafia te secuestró?

Irina se derrumbó y le contó todo a su hermana. O casi todo pues por pudor no le dijo cuál había sido el trato con Alessio, sólo que él la había salvado de ese horrible trance y vivía con él. Su hermana no era tonta y algo adivinó.



—Él te tiene cautiva, atrapada. Te hace regalos, vives como una reina en su mansión. Y no eres su esposa, sólo una chica que vive con él.

—Katia, basta, es mi vida ¿entiendes? Y no estoy secuestrada ni cautiva, lo quiero, ¿sí? Estoy enamorado diablos, y aunque todo fue bastante forzado al comienzo ahora es distinto y él me quiere también. No quiere que viaje a Rusia ahora, teme que me pase algo o tal vez no quiere separarse de mí.

—Entiendo, estás enamorada y ya me has contado como son los italianos. Sólo que ten cuidado. Llevo días intentando llamarte y me pregunto si no sería él que no quería que hablaras con nosotros.

—Eso no es verdad, él sabe que estoy muy unida a mi familia y que vivo pendiente de ustedes. Por favor, no dejes de llamarme, avísame de la operación, quisiera estar allí.

Su hermana mayor prometió que lo haría, pero cuando cortó el teléfono Irina se sintió mal. Y molesta buscó a Alessandro, pero no tardó en encontrarlo. Estaba allí bebiendo un trago de whisky en la silla de jardín, lo vio apagar el celular cuando se acercó. No parecía ser un buen momento para hacer preguntas ni tampoco hacerle una escena, pero estaba muy molesta.

—Acaba de llamar mi hermana Katia. Mi madre sufrió un ataque y van a operarla.

La expresión calma de su semblante desapareció y en sus ojos vio algo que no pudo entender, pero pareció alerta.

—Me llamó hace días, pero no pudo hablar conmigo.

—Bueno, es que tú a veces olvidas el celular especialmente cuando estamos juntos.

Ella sostuvo su mirada retadora. ¿Cómo decirle que había interferido en ese asunto familiar?

—Debo ir a ver a mi madre, Alessio. Está grave. Por favor.

Él se puso tenso y sus ojos adquirieron un extraño brillo.

—No lo hagas. No sería seguro para ti.

—No es seguro o no quieres que me vaya?

—Ambas. Supongo.

—Mi hermana está embarazada y su novio la dejó.

Alessio no pareció sorprendido.

—¿Y tú qué puedes hacer con eso? llevas demasiado tiempo ayudando a tu familia, pareces tú la madre de todos. Es tiempo de que aprendan a resolver su vida.

—Eso no es justo, ellos necesitan ayuda.

—Y eso siempre lo tendrán, pero también deben aprender a manejar sus asuntos y resolverlos por sí solos. No es tu culpa lo del embarazo ni tampoco la enfermedad de su madre.

—Pero son momentos difíciles y quiero estar allí, son mi familia.

—Y supongo que te importan más que yo.

—Eso no es verdad, no puedes compararlo, sería injusto.

—¿Y qué pasa con nosotros? Pensé que lo nuestro era importante ¿y ahora quieres irte? ¿Y qué pasará después?

—Tranquilízate. Tú me importas y lo sabes, y también sé que lo nuestro es especial. Volveré pronto.

—No, no te irás. Eres mía Irina y no permitiré que me dejes. Tenemos un trato.

Irina sintió su corazón agitado.

—¿Un trato? ¿A qué te refieres con eso?

—Protección, ayuda y dinero a cambio de sexo. De compañía y de cariño.

—Eso me ofende.

—Pero es la verdad. Mientras estés a mi lado estarás protegida y lo tendrás todo, pero si te vas se termina.

—Ahora sí me siento como una ramera paga.

—No digas eso, sabes que no es verdad. no te salvé porque sólo quisiera sexo te quería a ti conmigo. Juntos.

—Mientes, sólo querías sexo con una chica guapa y virgen.

—Podría haber comprado un montón de chicas guapas y vírgenes, no lo hice por eso.

—¿Entonces por qué lo hiciste?

—Tú ya lo sabes. Sabes por qué.

—Pues no, no lo sé y cada vez es menos claro para mí por qué me retienes contigo. Porque no creo que sea porque sientas algo especial.

Él la miró ofendido y sabía que cuando eso pasaba él se ofuscaba y no hablaba. Y no le habló y se alejó molesto.

Volvían a estar como al principio. Pero enojados.

Irina regresó a la casa y vio la cena servida y siguió de largo. No tenía hambre, no quería ver a nadie en esos momentos, sólo encerrarse en su cuarto y descansar. Pero nada más entrar en su cuarto lloró y tuvo muchas ganas de olvidarlo todo y largarse. Todo estaba mal: su familia y su engaño, no era su prisionera no era suya para empezar, sólo tenían un trato y eso podía cambiar en el futuro y lo sabía.

Ni siquiera le había dicho que lo suyo era algo especial, no había amor en sus gestos, sólo deseo, lujuria y posesión.

—Irina.

Tembló al sentir su voz, realmente no quería hablar con él en esos momentos, no quería tener una discusión en su habitación ni a esa hora, se sentía bastante confundida. Y furiosa. Y herida.

—Vete. Déjame en paz. Quiero estar sola—le dijo.

Él se quedó dónde estaba sin dejar de mirarla y ella se metió en la cama y le dio la espalda sintiéndose mal pues no podía parar de llorar.

Sin embargo, cuándo él se acercó despacio y la abrazó no pudo rechazarle, no pudo dejar de temblar al sentir ese beso dulce y ardiente en sus labios y la forma posesiva en que la abrazó la

hizo estremecer. Fue mejor que las palabras, que la besara y la hiciera suya quitándole el vestido y las bragas en un santiamén. Estaba enojada igual, pero necesitaba eso, necesitaba ese combate de sexo y placer, porque sólo era eso: sexo, aunque para ella era mucho más. Lo amaba, estaba loca por él y se enamoró sin darse cuenta y sin saber si él la correspondía. Pero al menos tenía el consuelo de que había algo, de que a él le pasaba algo pues no podía vivir sin ella, sin hacerle el amor y mientras rodaban por la cama gimió al sentir que un placer intenso la invadía como su miembro hundido en su cuerpo, fundido en su piel como si fueran todo uno los dos, un único ser. Lo amaba, aunque ya no se lo dijera con palabras y no podía ni pensar en dejarlo, aunque sabía que era lo mejor. Estaba como atrapada, cautiva, presa de ese hombre y de ese amor, su hermana le había dicho la verdad.

—Eres mía, Irina, sólo mía y de nadie más. Y quiero que seas mía, mi esposa, mi mujer.

Ella lo miró aturdida, esa petición de casamiento no podía llegar en peor momento que ese, cuando comprendía que esa relación no era muy sana y tenía que escapar, viajar a Rusia con la excusa de estar con su familia y saber que todo estuviera bien y además escapar de él, alejarse un tiempo y ver qué pasaba.

Pero ahora le pedía que fuera su esposa en un momento tan íntimo y hermoso.

—¿Por qué... por qué me pides esto ahora?

—Porque quiero que te quedes conmigo y tengas un lugar de respeto. Odio que piensen que eres una chica paga, que te desprecien y te hagan sentir mal. No es justo, tú nunca quisiste esto, tal vez ni siquiera habrías salido conmigo si no hubieras pasado ese infierno y yo no te hubiera salvado.

Tenía razón, durante mucho tiempo rechazó a italianos que le pedían para salir.

—Te agradezco, pero esa no es una razón convincente. No te casas con una mujer para convertirla en una mujer de respeto. Los hombres se casan obligados por un hijo o por amor por no estar solos. Y ahora no puedo ni pensar en bodas. Tengo que volver a Rusia para estar con mi

familia en un momento tan difícil. Debo irme cuanto antes.

Él se enojó cuando dijo eso.

—Si te vas no podré protegerte, estarás en peligro. Tu familia lo sabe, yo se los conté, no sé por qué te han llamado para contarte sus problemas. ¿Es que no pueden resolver nada solos? Son un lastre.

—No hables así de mi familia, ellos me necesitan.

—¿Y yo qué? ¿No soy nada para ti? Dijiste que me amabas, que te importaba que nunca habías sentido algo así.

—Y es verdad. pero tengo que alejarme de ti un tiempo mi familia me necesita mucho más.

—¿Y crees que yo no? Acabo de pedirte que seas mi esposa. Que te quedes conmigo. ¿Crees que se lo habría pedido a cualquiera?

Irina se quedó sin saber qué decir. Luego de compartir ese momento le parecía horrible pelear, y se preguntó por qué era tan egoísta ese italiano, la quería sólo para él y no quería que ayudara a su familia, que viajara, que tuviera una vida, en suma. Hasta había llamado a su familia para alejarlos.

Y ahora no dejaba de pensar en su pobre hermana embarazada, jamás la creyó capaz, era tan joven, pero era una adolescente rebelde y tenía novio, seguramente no tuvo a nadie que la aconsejara cómo evitar los embarazos, siempre era así con las chicas rebeldes. Su madre era muy anticuada y autoritaria y en vez de hablarle le prohibía. Hoy día ninguna mujer llegaba virgen al matrimonio, eso era historia del siglo pasado, ni siquiera llegaba virgen al hombre que luego sería su marido. Hoy día nada duraba y los hombres tenían muchas mujeres, y las mujeres no se aferraban tanto a la idea de encontrar un marido que les diera estabilidad y amor.

Tal vez habían aprendido que los maridos tampoco duraban y había más divorcios que casamientos.

—Ven a comer preciosa, la comida que preparaste está deliciosa. Luego hablaremos de

esto con más calma, no quiero pelear contigo. Eres lo mejor que me ha pasado en esta vida, ¿sabes?

Ella lo miró sorprendida de que le dijera eso y pensó que había olvidado la cena preparada por completo y aunque no tenía hambre la había hecho para él porque era su favorita. Así que sin pensarlo se vistió con prisa y fue a cenar en su compañía.

Comieron en silencio, pero de pronto él tomó su mano y le dijo que pensara en lo que le había pedido.

—No te lo he pedido para que no vayas a Rusia, te lo pido porque eres una mujer dulce y apasionada, eres fuego: preciosa y también eres toda una mujer y necesito una mujer como tú a mi lado.

Ella se estremeció al oír sus palabras.

—Pero tú no querías saber nada de compromisos, ni de hijos—le recordó y bebió un poco de vino blanco.

Él sonrió.

—Es verdad, pero estoy seguro de lo que quiero y odio que esos malditos te humillen, digan cosas que no son sólo porque tengo mala fama y siempre he salido con mujerzuelas. Tú eres una mujer buena y decente, pero mi mala fama te ensucia y me da rabia. No es justo. Quiero que sepan que eres mi esposa, una mujer de respeto y punto. Si luego las cosas cambian, si ya no quieres hacer el amor conmigo porque te aburre bueno, nos separamos. No quiero hijos ni salidas de casados, quiero viajar contigo más adelante cuando tenga otras vacaciones. Disfrutar.

—¿No quieres tener hijos? Yo sí quiero. Si acepto ser tu esposa querré que me hagas un bebé un día, siempre he soñado con ser madre.

Él la miró con intensidad.

—Me encantaría hacerte un bebé, ciento de ellos, pero no es tan divertido cuando tienes un bebé llorando el día entero y tienes que atenderlo y dedicarle atención. Ahora no, ni más adelante.

Te quiero sólo para mí, por entero. Sólo mía preciosa. Mi esposa. Piénsalo. Tendrás un lugar importante en mi vida, más que ahora. Llevarás mi apellido y ya no sentirás que vives en pecado, supongo que eso te atormenta un poco.

—Bueno, no soy tan anticuada en realidad, pero sí me han ofendido llamándome ramera varias veces.

—Entonces dime que aceptas.

—Pero tú no quieres tener hijos y yo sí.

—Eres muy joven para pensar en eso. no querrás tener ahora un bebé conmigo.

—No... pero si me quedo embarazada por descuido, por accidente querré tenerlo.

Él la miró asustado y pareció considerar sus planes de bodas por un momento.

—Pero no estarás esperando un bebé ahora cierto?

—No... me cuida, pero tú no lo haces y a veces me da miedo.

—A mí me da más miedo que quieras tener un bebé y olvides tomar la píldora cielo.

—No lo haré, siempre la tomo.

Irina pensó que esa petición de matrimonio parecía algo forzado y pensó que no debía aceptarla. Era apresurada y por las razones equivocadas.

—Y no tienes que pedirme matrimonio para que no vaya a Rusia porque lo haré igual. Mejor pídemelo cuando realmente estés loco de amor por mí y me quieras en tu vida para siempre.

Él se puso muy serio cuando dijo eso.

—¿Entonces no quieres casarte conmigo?

—No es eso, claro que quiero, pero no así, Alessio. Parece algo precipitado y para mí el matrimonio es algo muy importante. Sueño con casarme un día y formar una familia, aunque sea algo anticuado y en vías de extinción.



—Pero tal vez quieras casarte con un ruso gordo y respetable.

—No, jamás pensé eso.

—Yo creo que sí, sientes mucho orgullo de tu país y quieres un ruso rubio y gordo.

—Los rusos no son así.

—Tal vez tu ex novio, Iván Sergei.

Irina se enrojeció.

—Eres insoportable Alessio. ¿Ahora sientes celos de todo y de todos?

—Nunca me has hablado de tu ex, ¿lo querías mucho? Tu hermana dijo que siempre pregunta por ti.

—¿Y eso qué? Tenía quince años cuando jugaba a ser la noviecita de Iván. Fue un amor de infancia comparado contigo.

—Pero cuando te vea tan hermosa querrá intentarlo de nuevo. Te buscará y eso me pone celoso.

Irina rio.

—Eso no pasará, por favor, sólo iré a ver a mi madre. Puedes acompañarme si quieres.

—Irina, es peligroso viajar ahora, entiéndelo.

—¿Peligroso? ¿Por qué? Dímelo de una vez.

—El inglés, ese maldito inglés sabe que un italiano pagó más y le robó a su chica.

Ella lo miró perpleja.

—Pero de ese inglés hace meses que... ¿qué rayos está pasando? ¿Qué me ocultas Alessandro Manfredi?

El italiano la miró con fijeza.

—Ese inglés no era gay como te dije ni tampoco te quería para inseminarte. Te mentí

porque en realidad no sabía mucho de ese hombre y pensé que si te asustaba un poco vendrías conmigo.

Irina tragó saliva y sintió que la comida le caía como piedra.

—No necesitabas mentirme yo ya estaba aterrada de pensar que tenía que irme a un país extraño y tener un hijo con ese hombre.

—Pero tú dijiste que querías tener un bebé, no lo entiendo.

—Diablos, sí, contigo me gustaría porque te amo y pienso que me encantaría tener un bebé, un varón que fuera igual a ti. Son tonterías supongo. Pero pensar que tenía que ser la esposa de ese hombre y darle un hijo y luego desprenderme de él... eso me aterraba mucho más que dormir con un extraño, te lo aseguro.

—¿Quieres tener un bebé que se parezca a mí? ¿De veras? Con lo feo que soy.

—Deja de cambiar de tema, Alessio. Dime qué pasó.

—No pasó nada, sólo que el inglés ya sabe la verdad y está furioso. Ítalo me avisó.

—¿Entonces lo de Dubái también era mentira? Ningún jeque quería tenerme.

Alessio la miró avergonzado y ella sintió que su rabia iba en aumento.

—Mentiras y más mentiras, me pregunto si realmente fui secuestrada o tú orquestaste todo para que corriera a tus brazos.

Su silencio la puso muy nerviosa, histérica a esa altura. Sentía que las revelaciones se volvían cada vez más comprometedoras y le daba mucha inseguridad pensar que...

—Ítalo es algo más que tu amigo, ¿verdad? ¿Qué hacías tú en ese lugar, si no ordenaste que me raptaran, qué rayos hacías allí buscando chicas?

—Ya te lo dije, pagaba por tener chicas un tiempo, no mucho, me conseguían las más guapas, extranjeras... pero Ítalo te secuestró porque tenía un negocio gordo, tenía que vender una esposa que fuera rubia y muy bonita, extranjera y sin papeles sería ideal y sus contactos te vieron

y le mandaron tus fotos, tú eras modelo entonces y por eso muchas de tus fotos comenzaron a circular en distintos lugares. Él vio esas fotos y yo también, me pidieron doscientos mil por ti, pero había un problema, tú no estabas en el staff de Ítalo, no estabas en el negocio y no ibas a aceptar ser mía por dinero porque dijeron que eras una chica honesta y trabajadora. Pero no me culpes por lo que pasó, Ítalo te quería para el inglés y cuando yo ideaba la forma de acercarme a ti él te raptó, te llevó a ese horrible hotel y me prohibió acercarme a ti. Yo era su amigo, por negocios ya sabes, su hermano está casado con una prima mía. Ella no sabe de su negocio turbio por supuesto, pero yo sí y saqué bastante ventaja de eso. Me pervertí por eso, empecé a comprar en vez de ir a ese club de rameras vip. Pero yo no iba a renunciar a ti, no iba a darme por vencido sólo que no quería llevarte conmigo a la fuerza. Quería seducirte, conquistarte, sabía que eras una mujer difícil, pero aceptaste mi proposición. Yo te salvé del inglés, ese día iban a llevarte a Londres y luego a un condado cerca de allí. Pero yo te llevé conmigo y a cambio tuve que hacerle algunos favores a ese sinvergüenza. Ya lo sabes. Y pagarle por el dinero que perdió en el negocio por supuesto. Me daba rabia hacerlo, pero lo hice, fue necesario. Ahora todo ha vuelto a la normalidad, Ítalo ha vuelto a las andadas con sus negocios y sospecho que espera que dejemos para venir por ti lo hará, eres una mercancía muy valiosa para él y sé que ha estado hablando con el inglés.

—Diablos, debes poner fin a esto. No es justo, jamás pedí ser vendida como una mercancía ni soporto que ese hombre se crea con derecho... debes mandarlo a la cárcel de una vez.

—Si fuera tan fácil lo habría hecho, pero él podría implicarme a mí y a mi primo, que tiene una red hotelera y unas chicas desaparecieron hace más de un año.

—¿Te refieres al hotel de Milán?

—Sí. Es de mi primo, Francesco. Esos tipos son muy sucios, si los atrapan harán lo que sea para zafar, aunque tengan que ensuciar a otros, no les importa.

—¿Y temes que él pueda implicar a tu familia?

—Lo haré, es una maldita rata malnacida sin escrúpulos. Pero quiero que estés a salvo de él siempre y de ese inglés que al parecer no es ningún santo y también pagaba para tener chicas guapas y extranjeras.

Ella se dejó caer en el sillón de la sala contigua y tomó un vaso de agua.

—No entiendo por qué lo hacías, por qué un hombre tan guapo como tú, listo, inteligente... rico. Deberías tener un montón de chicas para salir.

Alessio guardó silencio y pensó que no se lo diría hasta que habló.

—Me gusta tener el control y sentir que domino la situación y no a la inversa. Además, trabajaba mucho, estaba siempre ocupado y no tenía tiempo ni un lugar para buscar chicas, es más cómodo pedir las por catálogo y comprarlas supongo.

—¿Y nunca te has enamorado? Nunca has deseado tener a una mujer que conocieras en un bar, en un baile.

—Bueno, en realidad he salido con mujeres de bares y de fiestas, pero no tuve algo serio ni formal. Sólo tú... tú eres lo más estable y formal que he tenido en años.

—Sospecho que nunca buscaste algo formal con una mujer.

Él sonrió.

—Bueno, ¿por qué tantas preguntas tesoro? Sabes que he sido un bandido en el pasado, nunca te lo he ocultado.

Irina no dijo nada, estaba atrapada en sus propios pensamientos, temores y le costaba asimilar con calma todo lo ocurrido. Pero ahora más que nunca supo que no tenía que tomar en serio su propuesta de matrimonio. No quería casarse ahora y no sabía si eso cambiaría en el futuro. Estaba confundida y bastante molesta por todo lo que había pasado y era como si su cuento de hadas, su historia romántica se hubiera convertido en otra cosa, algo que le daba miedo y desconfianza.

\*\*\*\*\*

Irina pensó en dejarlo en cuanto abandonaran Capri y fueran a Roma, donde él debía establecerse un tiempo por un negocio nuevo que tenía con ese primo hotelero.

Estaba muy entusiasmado y al parecer deseaba dejar la abogacía un tiempo, no le dijo bien por qué, pero imaginó que estaba muy estresado por lo de la muerte de su padre.

Eso la detenía, eso le impedía abandonarlo ahora. Se sentía cruel por hacerlo, pero estaba desesperada, habían operado a su madre del corazón y ella no estaba allí, debía estar y no estaba.

Vivía pendiente de que hubiera novedades, estaba muy nerviosa con eso y no podía evitarlo. Su hermana menor había vuelto con su novio y al parecer iban a casarse. Eso al menos la alivió.

Pero no estaba segura de quedarse con Alessio. Quería por supuesto, lo amaba, estaba loca por él, pero sentía que no podía hacer lo que quería, no podía viajar cuando se le antojara y él no quería algo serio en realidad. Y quedarse con él sería algo serio.

Los días pasaron y miró con ansiedad su habitación. Había empacado todo para mudarse a Roma y le daba pena abandonar la isla. Aunque hiciera frío en esa época del año igual tenía su encanto.

Había prometido a su familia que iría cuanto antes, lo hizo y ahora no veía la hora de marcharse y sin embargo sabía que él no la dejaría escapar. Y mientras preparaba sus cosas sintió toda esa tensión en el aire por su inminente partida, pues sabía que tenía que irse.

—¿Qué tienes preciosa, ¿qué sucede? ¿Te sientes bien? —preguntó él.

Ella lo miró inquieta pues tenía sujeta su maleta y estaba temblando. Tenía que tener la fuerza de marcharse, tenía que ser fuerte.

—Debo irme, Alessandro. No iré contigo a Roma, quiero decir, no me quedaré.

Él la miró serio y sintió sus ojos negros clavados en ella.

—Por favor, no me mires así, volveré, pero debo ver a mi madre.

—Tu madre está bien, preciosa, salió bien de la operación. ¿Por qué pones excusas?

—¿Excusas?

—Tú quieres dejarme, quieres terminar y no tienes el valor para decírmelo. ¿No crees que al menos merezco saberlo?

Irina se alejó y lo miró molesta.

—No sé qué va a pasar con nosotros, Alessandro. No quiero pensar que es el fin porque a mí me duele mucho, no quiero ni imaginarlo, pero ahora debo hacer ese viaje y tú debes dejarme ir en vez de asustarme.

—No es mi intención asustarte. Pero si quieres hacer ese viaje espera al menos que me establezca en Roma y pueda acompañarte. Dijiste que podía hacerlo.

—Por supuesto que sí, pero tú dijiste que ahora era imposible y yo necesito irme ahora, ya esperé bastante.

—Está bien... deja al menos que te saque los pasajes y averigüe todo.

Irina lo aceptó y él la llevó a Roma ese mismo día.

Roma era una ciudad fascinante y mística, siempre lo había sentido y viajaba allí siempre que podía. Llegaron a la casa del barrio Pratti, un lugar privado muy exclusivo. Irina se sintió deslumbrada por la casita y pensó con emoción que era lo más parecido a un hogar y casi podía verse allí con los hijos de Alessio.

Pero luego se dijo que estaba pensando tonterías porque él no quería tener hijos y que seguramente algún día tendría una casa así de bonita, pero en otro lugar y con otro esposo...

Pensar eso la deprimió y luego al pensar que debía marcharse se sintió mal, angustiada. Sabía que debía ir a ver a su madre, la urgía hacerlo, pero no quería separarse de él. ¿Podría acompañarla como había dicho?

Decidió darle tiempo y posar su partida una semana. Estaba muy cansada, el cambio de

aire le había afectado y esa noche luego de la cena se quedó profundamente dormida.

Pero lo peor fue que al día siguiente despertó con náuseas y sintiéndose enferma del estómago.

Estuvo toda la mañana pegada al baño y cuando Alessio llegó a media tarde la encontró medio muerta sobre la cama, sin ganas de nada.

—¿Qué tienes, preciosa? Te ves muy pálida.

—No lo sé, creo que comí algo que me hizo mal. Me lo he pasado fatal todo el día con mareos y náuseas.

—Debiste llamarme, por qué...

—Es que me lo pasé durmiendo. Y no quise molestarte, sabía que estarías ocupado.

—Pero te has pasado mal todo el día, aguarda, llamaré a un doctor para que venga a verte.

—No es necesario, ya estoy mejor... tal vez fue el pescado que comimos ayer en el restaurant de Capri.

Ella suspiró al recordar esa salida junto a su amor como despedida de sus mini vacaciones. Habían comido ostras, langostas y mariscos en vino y salsa escabeche, comió demasiado porque le encantaban y eso debió hacerle mal.

Lo cierto es que tuvo días así, con vómitos hasta que se le pasó.

Pero luego se sintió débil y cansada y regresó a la cama furiosa de sentirse así pero incapaz de hacer algo más.

Cuando llamó a su hermana Katia para saber cómo estaba todo le dijo que no podría ir la semana entrante como había pensado.

—¿Qué sucede, Irina? No estarás esperando un bebé ¿no?

—Oh cállate, ni lo digas.

—Pero supongo que te cuidas ¿no?

—Por supuesto.

—¿Tienes el diu o algo así?

—No. Tomo pastillas.

—Las pastillas fallan a veces. Y esos vómitos me parecen raro, tú tienes un estómago de elefante, nunca nada te cae mal y de repente devuelves unos langostinos. ¿No estarás esperando un bebé? Sabes, siempre he creído que lo mejor es el preservativo para cuidarse, si no hay nada dentro del cuerpo de la mujer, es la única forma de que no haya un bebé.

Irina se puso colorada y miró a su alrededor, Alessio estaba cerca y esperaba que no estuviera escuchando la conversación.

—No hay ningún bebé, lo sabría. Además, siempre tomo la píldora.

—¿Y quién te recetó esas píldoras?

—Una doctora.

—Bueno, si llega a pasar, ¿crees que ese novio absorbente que tienes se haría cargo?

—No lo sé, pero yo en el hipotético caso pues yo lo tendría igual.

—Y si realmente tienes un bebé supongo que no podrás viajar ahora, qué pena.

Irina negó enfática que tuviera un bebé.

—Eres boba, ¿crees que todas las mujeres con náuseas están esperando un bebé?

Cuando cortó la llamada él se le acercó y la miró con cara de susto.

—Irina, ¿estás embarazada, por eso has suspendido el viaje?

—Claro que no, mi hermana lo pensó porque no sé... ve una mujer vomitar y cree que es un embarazo.

—¿Estás segura?

Alessio se puso pálido, realmente estaba asustado.



—Bueno, todavía no tuve la regla, pero te aseguro que me estuve cuidando siempre. Deberías cuidarte tú si tienes tanto miedo.

—Irina, sólo quería saber porque me asusté, pensé que me lo habías ocultado.

—¿Y crees que te ocultaría algo como eso? si lo primero que te pedí fue algo para poder cuidarme porque tampoco quiero tener un bebé ahora. No está en mis planes, pero si pasa... Debes saber que no me haré un aborto. Tendría al bebé sin tu ayuda porque es mío y es nuestro y sería incapaz de hacer algo tan horrible.

—¿Entonces crees que podrías estar embarazada?

—No lo sé, hasta ahora no ha pasado. Pero es un riesgo, siempre lo es cuando es la mujer la que se cuida nada más.

Él la miró con fijeza y algo cambió en él.

—¿Entonces te quedarás? ¿No te irás a Rusia ahora?

—Me quedaré un poco más, no puedo viajar así, me siento débil todavía y muy cansada. Me llevará unos días, pero estaré mejor.

Él sonrió y la abrazó.

—¿Tan débil como para no hacer el amor conmigo? Llevas días diciéndome que no puedes, que te desmayarás si te apretó mucho.

Irina sonrió.

Estaba un poco débil y mareada, pero al ver a su amor como un lobo hambriento acosándola, abrazándola con fuerza no pudo resistirse.

—Pero sólo será una vez, no creo que aguante dos—le advirtió.

—Eso lo veremos...

—No tienes miedo de que tenga un bebé en la barriga?

Él la miró con fijeza.

—Nadie piensa en bebés a la hora del sexo cielo.

—Es verdad, pero parecías muy asustado hace un momento.

Él le dio un beso ardiente y la llenó de besos y caricias mientras se desvestía con prisa.

—¿Quieres que te haga un bebé ahora?

—No serías capaz.

—Claro que sí, sólo pídemelo y te lo haré, llenaré esa barriga con un bebé.

Bromeaba por supuesto, pero Irina le dijo que le encantaría llenar esa casa con niños un día.

—Y de niñeras supongo, porque no permitiré que esos mocosos se roben toda tu atención.

—¡Alessio!

Él sonrió con picardía y se quedaron así abrazados y felices, pero Irina comenzó a sentir mareos de nuevo y cerró los ojos un momento.

Pensó que eso no era de ahora, que hacía semanas le pasó algo similar en Florencia por algo que comió y le cayó mal y pasó el día entero devolviendo.

Tal vez tenía algo en su estómago y no era un bebé como pensó su hermana enseguida. Trató de disimular para no preocuparlo, ella siempre era tan sana que no sabía qué podía ir mal ahora. A lo mejor era el estrés por el inminente viaje. Ella misma había creado esa enfermedad para no marcharse, pues, aunque estaba decidida a hacerlo se había empezado a sentir mal tras su partida de Capri.

\*\*\*\*\*

Tenía que viajar a Rusia, tenía que enfrentar sus miedos y alejarse un poco. Tomar distancia les haría bien a los dos.

Pero él quería acompañarla, temía que algo le pasara.

Hacía más de un año que no veía a su familia, los echaba mucho de menos y tenía que

quedarse un tiempo. No se olvidaría de Alessio, lo sabía, regresaría, pero esos días él se había puesto celoso y malhumorado. Nunca lo había visto así.

Supuso que estaba nervioso por su partida y lo exteriorizaba poniéndose de mal humor.

Pero eso la dejaba intranquila y nerviosa, no le gustaba verlo así. No le gustaba estar atada así a un hombre, depender tanto... esos meses juntos casi no había podido hacer nada más que estar a su lado, no tenía amigos, ni trabajo, era una vida como de esposa sin estar casada y aunque al principio pasó mucho encierro por lo que le había pasado no quería vivir así.

Añoraba el departamento que alquilaba con unas amigas refugiadas, las salidas de chicas los viernes...

Y a pesar de que sentía la necesidad de recuperar su vida anterior sabía que si lo hacía le faltaría él. ¿Pero realmente estaba enamorada? ¿Qué pasaría si regresaba con su familia y decidía quedarse allí?

No lo haría, sabía que no se quedaría...

\*\*\*\*\*

Llegó el día de la partida y estaba nerviosa, tensa, pensó que no la dejaría ir o que insistiría en acompañarla. O que trataría de asustarla.

Pero no pasó nada de eso, al contrario, él le sacó los pasajes y la acompañó al aeropuerto.

—No puedo acompañarte ahora, es imposible, pero viajarás con dos de mis hombres—le dijo de pronto durante el viaje en auto.

—¿Qué?

Eso no lo esperaba.

—Es para que nada te pase, ellos se alojarán en un hotel cerca de tu casa y estarán en contacto contigo por si acaso ven algo extraño. Algún peligro. No me digas que no porque no dejaré que te marches sola, sin protección.

Irina lo miró:

—Pero ¿qué podría pasarme? Sólo voy a visitar a mi familia.

—Es una ciudad grande y tú eres joven y hermosa. Eres mía y quiero que nada malo te pase y también que regreses pronto. Sana y salva a casa.

—No soy tuya.

—Sí lo eres, deja de fingir que no. Sabes que eres mía y también sabes cuánto me cuesta dejarte ir... no quiero que te vayas.

—Te has acostumbrado a mi compañía.

Él la atrapó y le dio un beso ardiente, otro manejaba de lo contrario habrían chocado. Pero luego de ese gesto la abrazó con fuerza y no dijo más.

Cuando entró en el avión estaba llorando angustiada, el último abrazo había llorado, pero luego comenzó a sentirse mejor, como más liviana. Sabía que esa separación era necesaria, era saludaba y no tenía opción.

\*\*\*\*\*

Cuando llegó a Moscú la acompañaban tres hombres italianos robustos y sospechaba que armados. Fueron sus guardaespaldas y los tres le pasaron sus teléfonos.

Alessio le dijo que estuviera atenta los primeros días y no fuera a ningún lado sola.

Pero en su país se sintió a salvo y tranquila y cuando se reunió con su familia sintió que renacía, que algo de su corazón, ese cariño por los suyos renacía y se nutría de forma inesperada.

Había tanto que conversar. Su madre y hermanos se pusieron muy felices de verla.

Sólo Katia la notó rara, distinta.

—Has engorado, te sienta bien—dijo.

Se alejaron un momento al jardín para charlar.

La casa, el postre de jengibre y los caramelos sobre la mesita del comedor todo estaba

como siempre sólo que ella sentía que no era la misma. Era feliz de estar allí, pero sentía que le faltaba algo.

—Realmente no me doy cuenta, supongo que sí. Ahora tengo novio y dicen que las pastillas engordan.

Su hermana la miró no muy convencida por la explicación.

—Te ves rara, no pareces tú—señaló mientras encendía un cigarrillo a escondidas.

—Estoy bien.

—Lo extrañas supongo.

—Sí... pero tenía que venir. Cómo está Anuska, mamá...

—Mamá está bien, tomando la medicación estará bien. Anuska se casará el mes próximo.

Ya se le nota la panza y eso que es delgada.

—¿Cómo pasó?

—Lo de siempre, se cuidaba con pastillas que las compró vencidas en un lugar. El muy idiota no quería cuidarse. Pero ya está, ahora tendrá que madurar. Conseguirse un trabajo con el tiempo. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Estás embarazada o qué?

—No, no estoy embarazada.

—Pero sí estás enamorada, se te nota. Te ves distinta, como radiante.

—En realidad ni tanto, estoy triste porque lo extraño y sólo hace un día que no lo veo.

—Hiciste bien, hay que tomar un poco de distancia y nosotros también necesitamos de ti.

Además, hace poco que conoces a ese hombre.

—Sí, unos meses.

—¿Y de dónde sacaste a ese millonario?

—No es millonario, Katia, tiene dinero sí pero no es millonario.

—Pero es rico. Tiene tres mansiones, autos caros viaja sin parar. Me pregunto de donde lo sacaste porque no te entendí bien cuando me explicaste.

Irina le contó algo como al pasar, tuvo que inventar, no le gustó hacerlo, pero no tuvo opción.

—Rayos... viven juntos... ¿no fue algo apurado todo?

—Sí, pero me gusta mucho él y además... me ha pedido matrimonio Katia.

—¿Qué? Pero qué estupenda noticia. ¿Cuándo se casarán?

—Es que prefiero esperar un poco.

Irina miró a la distancia y suspiró De nuevo en casa, de nuevo en su hogar y días después tuvo la sensación de que viajaba en el tiempo y volvía a ser la jovencita que cuidaba de sus padres y también de sus primos a cambio de unas monedas.

Pero extrañaba al italiano, no dejaba de pensar en él y aunque hablaban casi a diario, no era lo mismo.

Ahora sin embargo tenía que estar con su familia y ayudar en todo lo posible. No se quedaría mucho y el tiempo que estaría quería disfrutarlo.

Hablaba con él a diario y lo extrañaba, pero sabía que era necesario ese paréntesis, esa distancia.

Una mañana sin embargo su hermana mayor le preguntó por su trabajo y Irina sintió pena al tener que mentirle. Su ocupación era ser la mujer del italiano cuidarle, amarle, mimarle, como una esposa, pero sin papeles. no quiso responderle en ese momento porque sus hermanos estaban presentes y sabía lo que pensarían al respecto.

—Pero trabajas con tu novio, eso te da poca independencia y posibilidades, si te peleas

con él...

—Bueno, conseguiré otro trabajo.

—Pero no has terminado la beca.

Katia la hizo sentir incómoda, pero tenía razón al decirle que su situación era frágil. Sin embargo, sabía que quería volver con él y arriesgarse. Lo echaba tanto de menos, día tras día lo echaba mucho en falta, sus abrazos, sus besos, sus palabras.

Y lo pensaba de forma constante.

—Estás muy enamorada de tu novio rico ¿eh? —le dijo Katia sonriéndole cuando estuvieron a solas esa tarde preparando la cena.

Irina asintió.

—Pero los niños ricos no se casan con mujeres pobres y refugiadas. Despierta Irina. Eso no pasará. Debes asegurarte un mejor empleo y continuar tus estudios, era tu gran plan y ahora noto que algo ha cambiado.

Irina se puso en guardia.

—Nada salió como lo esperaba, al principio sí pero después... todo cambió.

—Supongo que todo cambió cuando te enamoraste del millonario italiano.

Su hermana no entendía, ¿cómo podía hacerlo? Se había jurado a sí misma que guardaría silencio sobre lo que le había pasado esa noche cuando fue secuestrada por una horrible mafia de venta de mujeres. Era mejor así, no quería preocupar a su familia, demasiado tenía con sus problemas ahora, con su madre enferma y su hermana adolescente embarazada.

—Irina... ese hombre no me gusta. Lo que hizo de llamar. Y sé que tú estás muy entusiasmada y por eso me disculpo, pero no me agrada.

Ella miró a su hermana.

—Sólo quería protegerme, él es así.

—Sí, claro, protegerte, como si tú no pudieras cuidarte sola. Nunca vi que ningún hombre se hiciera el vivo contigo aquí y si pasaba, tú les dabas su merecido.

Irina sonrió, sí, así era antes, ahora había cambiado.

—Él es bueno, Katia, es un buen hombre, me tiene como su princesa.

—Te refieres a la vida de lujo y los regalos? Eso no dice nada más que tú le gustas y quiere comprarte. Para esos hombres todo tiene un precio.

—No hables así, tú no conoces a Alessio. No sabes nada de nosotros y no entenderías.

—¿Y qué es lo que tengo que saber? ¿Qué tienes que contarme?

—Nada, es nuestra historia...

—No puedo creer que vivas con él cuando lo conoces de tan poco.

—Katia despierta, deja de juzgarme, el mundo ha cambiado y lo que nuestros padres nos inculcaron fue bueno, pero ya no existe. Yo misma dormí con mi novio a los diecisiete y no me casé con él como todos pensaban, ni siquiera seguimos juntos. Y no me importa lo que piensen los demás, quiero estar con él y punto. Nadie es perfecto en esta vida, tú tampoco lo eres.

—No lo sé, realmente no sé mucho es verdad, pero yo también quiero estudiar y progresar, no quiero terminar trabajando en una tienda el resto de mi vida.

—Eso no pasará. Claro que podrás estudiar, yo te ayudaré siempre, lo prometo.

—Quiero irme de aquí, aquí no hay nada más que pobreza para nosotros.

—Lo sé Katia, pero ahora no sería prudente.

Irina tuvo terror de que le pasara lo mismo a su hermana, que Ítalo supiera de su parentesco y...

—Todavía no tengo la residencia legal, sólo un permiso de trabajo.

Su hermana la miró ceñuda.

—Pensé que ya la tenías. ¿Llevas más de un año en Italia, cómo rayos todavía no te han



dado la residencia?

—Katia, no es tan sencillo, hay muchos refugiados, muchos extranjeros, no les pueden dar a todos. Lleva tiempo y, además, no estuve lo suficiente en un mismo trabajo. pero si me caso con Alessio tendré la ciudadanía.

—Casarte con el italiano? ¿piensas casarte por eso?

—No, no me casaría por eso, pero sé que tendría la ciudadanía y todo sería más fácil, pero escucha... Italia tiene problemas, muchas chicas sufren de secuestros y hay mafias detrás de las extranjeras rubias y guapas que todos los años llegan al país en busca de trabajo.

—Bueno, yo sé defenderme, soy un año mayor que tú.

—Lo sé, pero en Italia pasan cosas, me da miedo por ti y las demás. Deja que me establezca, que pueda cuidar de ustedes sin deciden viajar.

—¿Pero él quiere casarse contigo?

—Me lo ha pedido más de una vez, quiere que sea su esposa y ahora también, está desesperado porque lo dejé.

—Bueno, si quiere casarse es otra historia, se convertirá en tu marido y podrás llevar su apellido.

Irina se sonrojó.

—Me da un poco de miedo dar ese paso, creo que no estoy lista todavía, más adelante tal vez.

—Es muy pronto, no debes casarte si no lo amas y si no estás lista. Sólo tienes veintidós años, Irina y debes labrarte un porvenir, pero no sé si ese hombre te deje hacerlo.

Irina sabía que su hermana tenía razón. ¿Pero cómo decirle la verdad? Era tan complicado.

Días después se reunió con sus amigas en casa de una de ellas y estuvieron charlando, comiendo chatarra y bebiendo hasta altas horas. Se puso al día y lamentó no haber llevado ningún

regalo para ellas, sólo había llevado bombones y ropa para sus hermanas. Pero se encontró hablando de viejos tiempos y disfrutando su vida antes de su viaje a Italia. Cómo había cambiado todo en un instante.

Aunque luego de beber bastante cerveza y vodka con zumo de limón terminó contándoles de Alessandro.

—Muéstranos una foto de ese bombón italiano por favor.

—Debe ser un bombón, todos los italianos lo son.

—Lo es, es muy guapo, pero es mío ahora—dijo Irina sonrojada mientras buscaba alguna foto en su celular.

Cuando sus amigas vieron sus fotografías comenzaron a lanzar gritos de entusiasmo y hacerle muchas preguntas sobre su novio millonario.

—Bueno, tú sí que tienes suerte. Qué guapo es.

—¿Y tú lo dejaste solo en Italia? Qué arriesgado.

—Por qué dices eso?

Su amiga regordeta de ojos muy celestes se rio tentada, todas habían bebido demasiado no podía culparlas.

—Bueno, es que con lo guapas que son las italianas y con un hombre así... quién sabe.

—No sé por qué dices eso—replicó Irina picada por unos celos repentinos feroces al imaginarse a su novio con otra mujer. La visión fue tan dura, tan fuerte que sintió ganas de gritar. No, no podría soportarlo.

—Mi novio no es así.

—Tranquila, no pasará nada. Sólo bromeamos. Rayos, qué colorada te has puesto.

Irina miró a todas molesta y miró con tristeza la foto de su novio italiano.

¿Y si se había de fiesta con sus amigos, si estaba ahora con una ramera? Le había

prometido que se portaría bien pero no lo sabía. No estaba allí para saber y él era un hombre ardiente, tenían sexo muy a menudo en realidad, al principio a diario y eso fue así durante un buen tiempo.

Trató de no pensar en eso, realmente se sentía horrible en esos momentos.

Había dicho que se quedaría una semana, pero tal vez se quedaría más tiempo.

Él no dejaba de preguntarle cuándo regresaría.

Y como si leyera sus pensamientos recibió su llamada.

—Irina.

—Hola... Alessio.

—¿Vendrás mañana?

—¿Mañana?

—Preciosa, lo prometiste.

—Es que voy a quedarme unos días más, hasta el martes.

—Es demasiado. Llevo días aquí solo y desesperado. No es justo.

—Regresaré pronto.

—Eso dijiste la última vez.

Su novio encendió la cámara para verla y Irina se cubrió el rostro.

—Estoy horrible, —se quejó.

—Estás preciosa. ¿Qué tienes puesto?

—Una blusa y un jean ajustado. Mira.

Él sonrió y le tiró un beso.

—Te extraño mucho preciosa, ¿con quién estás?

—Son mis amigas de infancia.

Sus amigas empezaron a acercarse a la cámara para ver al italiano y Irina se enfadó y apartó la cámara celosa.

—¿Qué hacen, perras? Es mi novio.

Alessio la llamó y ella lo miró ceñuda.

—Te extraño muñequita por favor, vuelve antes. Muero por verte y hacerte mía.

Sus amigas no entendieron porque hablaba en italiano, pero Irina se puso colorada y se apartó para hablar con él. Lo echaba tanto de menos pero su familia necesitaba que se quedara un poco más. Trató de decirle, pero él siguió insistiendo con lo mismo. Quería que regresara antes.

—No puedo vivir sin ti, estoy hecho un perro malhumorado, sufro, gruño y ladro... no soy yo. no sé lo que me pasa. Bueno sí sé, eres tú. Me haces falta.

Se miraron fijamente y ella sonrió emocionada mientras le decía:

—También tú. Pienso siempre en ti. Todos los días.

—Entonces deja todo y ven, ya son demasiados días, no aguanto más. Voy a explotar, hermosa. No puedo más.

—Bueno, no es para tanto, tranquilízate. por qué no vienes a buscarme?

—Me encantaría, pero no puedo, ya sabes. Pero creo que iré si sigues demorando.

Mientras hablaban apareció alguien en el video, una mujer de rojo y cabello dorado. Irina tembló cuando la vio pues ella se encargó de ser vista y de pronto se acercó a su novio por detrás.

—¿Qué hace esa chica ahí?

Alessandro se volvió y pareció sorprenderse. Como si no esperara la presencia de esa mujer.

—¿Quién es? ¿Qué hace ella allí? —preguntó Irina cada vez más furiosa.

Sus amigas se miraron sorprendidas, nadie lo esperaba ciertamente pero allí estaba la intrusa en la casa de su novio con un vestido rojo y una cara de ramera rubia de labios de carmín.

Era bajita se le pegaba a su novio como una víbora sin dejarlo en paz y ella mirando todo con rabia e impotencia.

—Irina... ¿cómo estás? Hola, yo soy Victoria, la chica anterior. Vine a ver a mi amigo porque lo vi muy solo ayer. Sólo eso—le dijo.

Iba a decir algo más pero su novio le sacó el teléfono furioso y le dijo algo y luego la miró.

—Esto es una broma, preciosa, esta chica bebió y se metió en mi casa. No pasó nada, te lo juro.

—¿Es tu ex? ¿Te has llevado una mujer en mi ausencia?

De pronto quiso saber quién era esa petisa rubia tan atrevida que estaba allí tratando de robar su novio ahora que estaba solo, ahora que ella lo había dejado solo.

—No, no es mi ex... tú eres la única ahora, preciosa.

Pero Irina no se sintió tranquila con toda esa escena, estaba lejos y pensó que su novio se había enfiestado, estaba solo, necesitaba sexo y para él era muy sencillo hacer una llamada y que le llevaran una chica. Y ni siquiera eso: allí estaba una ex dispuesta a darle consuelo. Nada de lo que él dijo mejoró la situación. Pensó que ella era una más y que seguramente él se estaba acostando con otras esos días mientras decía serle fiel.

Cuando cortó la llamada lloró y sus amigas la rodearon para abrazarla y decirle que no era nada importante.

—Es alguna italiana malvada y ambiciosa, alguna secretaria gorda que está loca por él.

—No le des importancia. Lo hizo todo para fastidiarte, eso de aparecer así de la nada... hasta tu novio se asustó. Qué momento. No hagas caso.

Nada de lo que dijeran podía tranquilizarla, quería llorar y lamentarse o rabiar y golpear algo, pero no podía hacer nada. Había bebido demasiado y sólo quería descansar.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente le dolía horrible la cabeza y se sentía enferma.

No atendió el teléfono así que no supo qué pasó. Apenas podía moverse de la cama y pidió que avisaran a su familia, que estaba bien.

Pero por dentro temblaba de rabia y dolor. Tenía dudas y aunque sabía que todo pudo ser preparado por la chica de rojo para darle celos nada de eso la convencía. Estaba triste y furiosa y además se sentía horriblemente mal, le dolía la cabeza y el estómago.

A media mañana en su casa pudo al menos echarle la culpa al vodka y a la chatarra que había comido, nadie le hizo preguntas y su abuela le preparó un té de hierbas para el estómago.

Apagó el teléfono para no tener que atender a su novio que estaría frenético a esa altura. Necesitaba descansar y pensar con claridad. Todo había cambiado de repente, esa estúpida escena no debió causarle tanto daño.

En verdad que todo eso parecía armado por la chica y no algo que de verdad hubiera pasado, pero ciertamente que se sentía demasiado mal para moverse.

Y lo pasó fatal, todo el día con vómitos hasta que se sintió tan débil y mareada que se acostó.

—Irina. Has bebido. Mamá se pondrá furiosa.

Ella miró a su hermana demasiado débil y mareada para decir algo.

Pero desesperada tomó el vaso de agua fría y suspiró.

—Creo que voy a morir.

Su hermana la miró ceñuda.

—Pero no digas estupideces. Sólo estás sufriendo las consecuencias de esa porquería que tomaste. A tus amigas les encanta mezclar el vodka casi con cualquier bebida.

—No tomé tanto.

—¿Ah no? ¿Y eso quién te lo cree?

Al día siguiente los vómitos pasaron, pero le dolía mucho la cabeza y se sentía mal, muy débil.

—Esto ya es demasiado. Tengo que llevarte al médico.

—No es nada, ya se me pasará.

—siempre dices eso, no quieres ir al doctor. Tú no cambias. Pero yo te llevaré.

—Déjame en paz, no iré con ningún doctor.

—Ah y por favor, enciende el teléfono, el italiano está como loco, no deja de llamar.

Irina dijo que encendería el teléfono, pero se durmió y así estuvo durante días.

Pero en uno de esos días habló con Alessio.

—Irina. Tienes que escucharme. Esa chica... no pasó nada. Apareció en mi casa, me abrazó, estaba drogada y al parecer sólo quería fastidiar.

Ella suspiró.

—Está bien, olvidemos eso. no me siento bien hoy.

—¿Qué tienes? Te ves pálida.

—Bebí mucho la otra noche y me hizo mal.

—Pero de eso hace dos días o más. Casi me vuelvo loco tratando de hablar contigo.

—Estaba acostada. No me sentía bien.

—Y por qué no vas con un médico?

—Porque odio los hospitales y además... no es para tanto. Ya se me pasará.

—No es la primera vez que te pasa. Deberías hacerte estudios. A lo mejor sufres a algún problema digestivo.

—No, no lo creo.

—Pareces obstinada en no tener nada.

—Es que no quiero tener nada, déjame en paz. Necesito descansar, dormir. Tengo mucho sueño.

—Entonces no regresarás a Italia supongo.

—En cuanto esté mejor, lo prometo. Ahora no puedo, estoy muy cansada.

—No te ves bien. por qué no vas al médico?

Ella dijo que iría, pero no le hizo caso.

Cuando cortó la llamada prometiendo que iría cuando sabía que no lo haría apareció su hermana Katia.

—Estás pálida, ¿peleaste con el italiano?

Ella la miró fastidiada.

—No.

—Entonces qué diablos pasa contigo? ¿Por qué no quieres ir al médico?

Irina hizo un gesto de hastío y se alejó.

—Porque no es nada, ya te dije. Ya me pasó antes en Italia, la comida de allí es muy condimentada y creo que me arruiné el estómago.

Katia la siguió nada convencida.

—¡Irina!

Ella se volvió al oír el grito.

—¿Qué?

—¿No estarás embarazada?

Irina pudo negarlo y decirle que era una estúpida por pensar eso. no lo hizo, guardó silencio.



—Diablos. ¿Tú también? ¿Qué rayos les pasa a las mujeres de esta familia?

—Cállate, no digas nada por favor.

—¿Cuánto tiempo? Pero creí que tomabas pastillas.

—Las tomo siempre, pero la comida italiana me cae mal, es muy condimentada.

—¿Y eso qué tiene que ver con el embarazo?

—Mi doctora dijo que por eso luego de vomitar esa comida picante devolví las pastillas y luego... ya fue tarde. Es muy reciente, no sé qué va a pasar.

—Rayos, no sabía eso. ¿Quieres decir que por tener vómitos las pastillas perdieron efecto?

—Pues yo tampoco lo sabía. Eso y tener un novio italiano que te hace perder la cabeza todo el tiempo.

Katia sonrió.

—¿Lo hacían muy a menudo?

Irina se puso muy colorada: —Sí.

—¿Y no se lo has dicho? ¿Te viniste sin decirle que sospechabas del bebé?

—No, no le dije nada. Estoy asustada por eso me vine, no sé qué va a pasar. Él no quiere tener hijos, Katia. Lo nuestro comenzó como una aventura y no quiero que piense que quiero atraparlo.

—Pero sí le gusta hacerlos ¿eh?

—Yo me cuidé siempre, nunca dejé de tomar las pastillas, pero bueno, ahora es tarde, está allí y lo tendré, pero no podré ocultarlo más tiempo. La ropa empieza a quedarme chica.

—Eso lo vi desde que llegaste. Estabas distinta y supuse que era por ese novio italiano. Es muy ardiente ¿eh? ¿Es cierto que los italianos no paran y quieren hacerlo sin parar?

Irina se puso colorada, una cosa era reírse y bromear sobre los ardientes hombres italianos

y otra muy distinta era tener uno y contar los detalles de lo que hacían. Por supuesto que no contaría nada a su hermana. Ni loca lo haría.

—Pues sí, es muy viril y cuando lo hace me vuelve loca. Lo amo, Katia más ahora que sé que estoy esperando un hijo suyo, pero temo que me deje o que sienta rechazo por el niño y todo esté mal.

Katia se puso seria.

—No lo sabrás si no se lo dices porque imagino que no se lo has dicho.

—Todavía no.

—Pues deberías.

—Lo haré cuando regrese, pero ahora me siento fatal, tengo todos los síntomas a la vez.

Irina recordó esa vez en Capri, cuando tuvo los vómitos y él dijo que le haría un bebé, jamás pensó que ese día justamente se quedaría embarazada. Que por la comida italiana terminaría con un hijo en la barriga. No lo sabía, pero ese día en la reconciliación Alessio le había hecho un bebé pues después de esas pequeñas vacaciones no había vuelto a tener la regla nunca más. Y llevaba más de dos meses de retraso, casi tres... Empezaba a notarse y en un tiempo no podría seguir ocultándolo. ¿Qué haría si él la rechazaba si se enfadaba con ella? Irina se sentía mal porque no solo debía enfrentar un embarazo sola, sino que además podía perderlo a él por ese hijo.

—Supongo que le diré y él lo aceptará para no perderme. O tal vez el embarazo sea el fin, no lo sé.

—Y no lo sabrás si no lo dices—respondió su hermana molesta.

—Para ti es muy fácil, tú no tienes un bebé en la barriga.

—Bueno, el sexo y sus consecuencias, deja de llorar y asume que al menos te has divertido mucho con el italiano.

Irina la miró mortificada.

—Era mucho más que diversión. Estoy enamorada de él y tendré un bebé. mi vida es un huracán, él fue un huracán en mi vida, algo que llegó de repente y lo puso todo de cabeza.

—No es un huracán, los entendidos lo llaman amor y supongo que tienen razón.

Irina miró a su hermana con tristeza, habrá deseado reír, emocionarse soñar, pero no se sentía feliz para nada.

—No hice esto para atraparlo, Katia.

—Yo no dije eso.

—Pero lo pensaste.

—¿Tú qué sabes lo que pienso? Eres tú la que se persigue Irina Petrov con eso. Y además se ve que eres fértil como todas las mujeres de esta familia que con una vez quedan preñadas. Un descuido y adiós, ya le pasó a Anuska.

—No me hace nada de gracia, él no quiere tener niños.

—Pero sí te pidió matrimonio.

—Es diferente, él no piensa que... es un hombre y piensa como hombre, no sueña con tener una esposa e hijos. Una esposa tal vez, hijos no.

—Ha de ser un presumido y un consentido ese novio tuyo.

—Alessio no es así.

—Lo defiendes como una gata, sacas las garras cada cinco segundos cuando te hablo de él, tú estás loca por ese hombre. ¿Por qué rayos no estás feliz? Acaba de hacerte un bebé y a ti siempre te han gustado los bebés, desde niña que jugabas con los muñecos que eran bebés y no le hacías caso a las muñecas. Tú naciste para ser madre, aunque tengas un trabajo, un título universitario y seas muy independiente. Yo en cambio no me veo con hijos. Vamos, alégrate, seguro que será un italiano de ojos negros como tu novio y gritará por todas partes.

—No es que no me alegre, estoy feliz, algo nerviosa sí pero feliz.

—Pues no se nota nada. Te lo has pasado tirada en una cama vomitando.

Irina sonrió, pero luego se puso seria.

—¿Qué diablos pasa, entonces?

La joven volvió a la cama porque empezaba a marearse.

—Él no me ama, Katia, no está enamorado de mí. Sólo le gusto y lo pasamos bien pero no me quiere en realidad.

—Ah Irina, tú eres una insegura. Lo mismo decías de tu otro novio y el pobre se desesperó cuando lo dejaste.

—No tiene nada que ver con Iván.

—Pues yo creo que eres tú la que no sabe darse cuenta cuando un hombre la quiere.

—¿Por qué dices eso? ¿Crees que Alessandro me ama porque me llama todo el tiempo y está desesperado porque regresa a Italia?

—Bueno, hace poco que son novios y se fueron a vivir juntos y te pidió matrimonio. ¿Crees que le pediría matrimonio a una mujer sólo porque le gusta acostarse con ella?

—No...

—¿Entonces? ¿Es que no te das cuenta? El amor crece en la distancia y con el tiempo, el amor se construye y ustedes recién empiezan. Dale tiempo y deja de hacerte daño pensando esas cosas.

—Es que me da miedo... no sé si deba decirle del embarazo todavía.

—Pues pronto lo podrás ocultar. Has engorado y se te nota la panza, tú siempre tuviste el vientre plano y ahora...

Irina se miró en el espejo desde la cama y pensó que su hermana tenía razón, además estaba muy pálida.

—Tienes que decirle, si no lo haces no sabrás qué te dirá y antes que eso ve al médico y hazte los exámenes. Con un simple test no podrás saber la verdad.

El test se lo había hecho antes de viajar y cuando le dio positivo más quiso irse. Porque en realidad no sabía qué pasaría después. Pero no quería regresar si él no quería al bebé.

—Mañana lo haré. Lo prometo.

—Pues espero que lo hagas y que luego le digas a tu novio.

—No puedo decirle por teléfono.

—Pero tendrás que decírselo cuando lo veas ¿no?

Irina no dijo nada y sin darse cuenta se durmió, estaba muy cansada.

\*\*\*\*\*

Pero entonces ocurrió algo inesperado.

Una video llamada de esa chica, la que perseguía a su novio.

No iba a atenderla. Pero lo hizo.

—Hola Irina. Soy Vicky. Victoria Scarelli. ¿Te acuerdas de mí?

Por desgracia se acordaba.

—¿Qué quieres? —replicó con acritud.

—Solo charlar contigo y contarte. Acabo de enviarte fotos, fotos de las chicas que tu novio compró antes. ¿Crees que eres especial? Pues él siempre va con Ítalo, compra una, la devuelve, la usa y se aburra y luego va por otra.

De pronto vio fotos de una chica pelirroja abrazada a Alessio dibujando un corazón con las manos y casi lloró porque de fondo estaba la casa de la isla de Capri donde habían pasado los días más lindos.

Y luego vio otra foto con otra chica en la misma mansión, otras en la playa... una rubia muy guapa abrazada a él riendo ambos felices.

Como ellos el último verano...

No podía ser. Esas fotos debían ser trucadas. Tanta gente hacía esas cosas con el Photoshop.

—Escucha, no me interesa ver las fotos de sus ex, yo soy la actual así que vete a la mierda y deja de llamarme. Voy a bloquearte, ¿ok?

La chica se rio triunfal y ella tuvo muchas ganas de darle una bofetada, pero eso no podía ser. Así que cortó la llamada luego de decirle maldita perra y la bloqueó.

Llena de dudas y con una horrible angustia fue al hospital, pues tenía que saber si realmente estaba esperando un bebé.

Trató de sobreponerse y tuvo que hacerlo, no quería que su hermana la viera como estaba destrozada por los celos y las dudas, con rabia y ganas de llorar y mandar todo al diablo por momentos.

Un pensamiento la carcomía, una más sólo había sido una más y ahora tal vez estaba con otra en Capri o en Roma, en cualquier lugar. Otra mujer estaría a su lado teniendo sexo con él. Un italiano tan ardiente no podía estarse sin sexo.

Mientras esperaba que la atendiera la doctora, Alessio la llamó, pero ella ignoró su llamada. No quería hablar con él, no en esos momentos cuando estaba a punto de saber si estaba esperando un bebé y acababan de mandarle toda esa basura a su celular. Esas malditas fotos.

Las horas pasaron y luego de hacerse unos exámenes de sangre supo la verdad, la doctora la recibió en su consultorio.

Todo era cierto. Estaba esperando un bebé y tenía entre ocho y diez semanas.

Verlo después en la ecografía la sorprendió y emocionó, estaba allí y era una cosita pequeña y hermosa. Su bebé, el hijo del italiano. sabía que en algún momento lo había deseado, lo había soñado mientras hacían el amor y ella sentía tantas cosas... más allá del placer y de las sensaciones que la desbordaban soñaba con tener un día un hijo, un bebé que fuera igual a él.

Ahora sabía por qué. Porque lo amaba diablos y quería perpetuar ese amor que podría durar años, meses o unos pocos días.

El amor no era eterno y las parejas mucho menos. Los hombres no duraban. No importaba el sexo, la dedicación ni el amor... en ese país los hombres se iban siempre con otra mujer. Eran italianos, sangre caliente, corazón siempre enamorado de una donna... siempre había otra. O eso le contaban las chicas con las que hizo un poco de amistad al llegar a Italia.

Le sorprendió que sus amigas le dijeran que en su país también pasaba.

Las parejas estaban en crisis, los matrimonios, el amor mismo. Una amiga le dijo que era algo cósmico, sustancias que llegaban desde la galaxia que ponía a las personas nerviosas, con ganas de cambiar siempre de pareja. Un absurdo por supuesto.

Pero siempre se veían las parejitas de enamorados en las plazas. Adolescentes, jóvenes, ansiosos de vivir un amor para siempre, o pensando que duraría siempre.

Sonrió al ver una pareja así en el hospital, eran muy jóvenes, pero estaban muy felices con el embarazo, él la abrazaba y reían de cualquier cosa y de vez en cuando se besaban. Le dio tanta ternura verlos... los jóvenes mantenían vivo el fuego, la luz, la esperanza, para ellos el amor era eterno, era ese instante y seguramente deseaban que fuera para siempre.

Alessio no era así.

Abandonó el hospital sabiendo que debería hacerse exámenes y controlarse el embarazo, por ahora todo estaba perfectamente.

Cuando llegó a su casa, una hora después su hermana la esperaba ansiosa.

Al ver su cara supo la verdad y le sonrió.

—Bueno creo que es tiempo e que le cuentes a tu novio—le dijo luego.

—No sé si lo haré... en realidad no sé si volveré a Italia.

Katia la miró alarmada.

—Pero tú... estás esperando un bebé, ¿cómo no vas a decirle? Necesitas su ayuda, Irina. Dejaste todo por él. No entiendo por qué...

—Él no me quiere Katia, no está enamorado y por eso no creo que sea buena idea lo del bebé.

—Pero debes tenerlo.

—Sí, lo tendré, pero no le diré a Alessio. Déjame. Estoy muy confundida ahora.

—Ah no, ahora me escucharás. ¿Por qué has dicho eso? ¿Por qué crees que no te quiere? Se pasa llamándote, vive pendiente de ti. Si no le importaras no haría eso.

Ella la miró.

—Una mujer siempre sabe eso. Tú nunca has tenido novio, por eso no sabes.

Su hermana la miró con tristeza.

—Pero él quiere que vuelvas. Si no le importas ¿por qué te llamaría, por qué te haría tantos regalos y...?

—Porque soy su mujer, suya, en la cama. sexo. Nada más que eso. Hasta que se aburra y busque a otra. Soy como su chica paga. Me compró y es horrible sentirse así.

—Irina. ¿Por qué hablas así? ¿Acaso pasó algo que no me has contado? Estabas tan feliz...

—No quiero hablar ahora, luego te contaré...

—Pero Irina. No me dejes con la intriga. Por favor. Dime lo que está pasando.

Irina no habló y lloró. Se sentía triste y deprimida pensando que todo empezaba a desdibujarse a su alrededor y que la historia de amor que había vivido no había sido real. Había sido una historia por supuesto, pero sin la palabra Amor.

Y ahora tenía un bebé en su barriga y estaba sola.

Sabía que si volvía con él tendría sexo, compañía y dinero, pero todo cambiaría cuando él supiera que estaba esperando un bebé. él no quería bebés, sólo quería diversión, diantres... ¿Por



qué no se cuidó más? Sabía que en su familia las mujeres eran prolíficas como conejas y ese italiano era un infierno. Lo raro era no haberse embarazado antes.

Trató de serenarse, no quería que su hermana se preocupara, ni llevarle más problemas a su casa. Ya tenían bastantes. Tenía que pensar qué haría ahora. No podía quedarse con un bebé en la barriga pensó desesperada y se lo dijo a su hermana, le rogó que no dijera nada.

—Pero ¿qué harás?

—No lo sé, pero ahora no puedo quedarme, si antes lo pensé ahora sé que no puedo. No con un bebé en mi vientre. Necesito un esposo, o un buen trabajo, necesito ayuda Katia.

—Vuelve con el italiano, al menos hasta que nazca el bebé... luego cambiará, ya verás, cuando ve a su hijo. Los italianos adoran a sus niños. O eso he escuchado.

—Dirás las italianas, son leonas con sus cachorros, los hombres ni tanto. Él no quiere hijos, dudo que cambie después. Al contrario, se pondrá peor porque dirá que lo obligué a ser padre. Hay hombres que no soportan eso, que luego son fríos con sus hijos, los ignoran y odian a las mujeres que los forzaron a ser padres.

—No digas eso, por favor, el italiano no es así, imagino que si es tan ardiente también tendrá un corazón de oro.

—Katia, deja de soñar. Los italianos de las novelas románticas no son los mismos que los que están en Italia. Muchas chicas de mi edad se volvían locas con los italianos, pero luego veían que eran como los rusos, o como todos los hombres de todos lados. Buenos y malos, y muy malos también.

Su hermana puso cara de desilusión.

—Me parece raro que, si un hombre está tan obsesionado contigo, si te cuida tanto y te vigila no sienta algo profundo por ti. Y no quiera algo más que sexo.

—No lo entiendes porque todavía no conoces bien a los hombres ni a los italianos... a ellos les importa tener una chica guapa y ardiente que no les haga preguntas ni les exija nada.

Ninguno quiere algo serio ni formal.

—¿Y por qué te involucraste con él si sabías que era así? Tú eres muy seria. No entiendo cómo te fuiste a vivir a su casa y todo lo que pasó.

Irina se impacientó.

—Ay déjame en paz, estoy cansada y hambrienta. He tenido un día difícil y la que me espera es peor.

\*\*\*\*\*

Supo que tenía que poner fin a esa relación, no importaba lo que él le dijera.

Seguramente querría convencerla de que era su pasado, que esas chicas eran historias viejas y cosas así. Que no era su chica paga y que la quería.

Cuando supiera que estaba embarazada sería el fin.

Rayos. No querría volver a verla. Se sentiría atrapado, forzado y traicionado, forzado a criar a un hijo que nunca quiso tener.

A fin de cuentas, lo suyo había sido un acuerdo. Él puso una cuenta bancaria a su nombre y tuvieron sexo durante meses a cambio de dinero y protección, como una ramera, casi una ramera. Aunque no quisiera decirlo, era verdad.

Ahora no podía seguir con esa relación sólo porque estaba esperando un hijo.

Sin embargo, le dolía pensar en el adiós, le dolía horrible pensar que ese tiempo que habían compartido no había sido más que una maldita aventura para él.

Y al ver que la llamaba y la perseguía el día entero le envió todo, todo lo que su amiguita le había enviado.

“Aquí va mi respuesta, la razón de mi silencio Alessandro” le escribió.

Debió quedarse helado cuando recibió los archivos.

Luego de enviarlos los borró uno a uno de su celular pues no quería tener esos videos y

fotos de mujeres.

“Por favor, tenemos que hablar, déjame explicarte” le escribió. No es lo que crees.

“Es que ya no sé qué pensar. Ya no creo en nada de lo que me digas”.

“Mañana iré a verte, tenemos que hablar personalmente. Déjame explicarte.

“¿Ahora vendrás? No lo hagas. No quiero verte. Déjame en paz. Quiero estar sola un tiempo. Ahora no quiero pensar ni decidir nada. Pensé que teníamos algo, pero veo que me equivoqué.”

Él se dio cuenta de que no era buena idea llamar o insistir ahora, era astuto, se daba cuenta de que cuanto más insistiera peor sería.

Irina tembló al ver sus mensajes, había esperado que lo negara todo que tomara el teléfono y le hablara.

Rayos, todavía estaba loca por él y lo estaría un buen tiempo.

Tenía que escapar de él, no podía permitir que tomara un vuelo y fuera a buscarla.

Debía poner fin a esa relación porque no llegaría a nada, a nada bueno.

Pero ¿qué diablos haría? Estaba embarazada y no quería tocar ese dinero en su cuenta. Odiaba pensar que él había comprado a cambio de sexo y compañía. Ella no era una ramera y nunca estuvo a la venta.

—Irina, come algo—dijo su hermana entrando en su habitación.

Todo había cambiado de repente y sentía que volvía a la realidad. Miró a su hermana y vio la bandeja con leche y pasteles de jengibre y decidió comer algo pues tenía razón, se sentía mareada y casi no había probado bocado en todo el día.

—Gracias—balbuceó y trató de sonreír.

—¿Entonces ya le has contado al italiano la noticia? —preguntó Katia.

La pobre ni imaginaba nada de lo que había pasado por supuesto.

—Todavía no...

—Debes decirle.

—No lo sé, no sé lo que pasará mañana. Deja de preguntarme por favor.

—Bueno, pero ¿qué harás? Si lo dejas no tendrás nada y necesitas tener cerca al padre de tu hijo.

—Eso no es una buena idea ahora, Katia... no es lo que piensas ¿sí? No te he contado todo y no me pidas que te diga nada ahora.

—Rayos, sólo quiero ayudarte.

Irina suspiró mientras trataba de comer algo.

Nadie podía ayudarla ahora, sólo tratar de entender qué podía hacer ahora. Pues no podía volver a Italia por razones obvias ni quedarse en Moscú con un bebé en la barriga. Tenía que escapar. Huir muy lejos y que él no la encontrara porque si lo hacía estaba segura de que caería de nuevo en sus garras.

A menos que le dijera lo del embarazo y eso lo hiciera cambiar de opinión.

No sabía cómo reaccionaría, pero sabía que no lo haría feliz.

Tenía que buscarse un trabajo urgente y alejarse de él, olvidar. Pensar en el niño que llevaba en su vientre.

Pero no tenía a donde ir, y él sabía cómo encontrarla. Sabía que iría por ella, eran sólo cuatro horas en avión hasta Moscú y luego hasta el pueblo donde vivía, no era tanto.

A menos que desistiera. Y la olvidara. A fin de cuentas, sólo era una más en su colección y ahora estaba encinta, con un bebé en la barriga. Eso le quitaría la gracia.

Pero tenía un título de administración de empresas, había trabajado en varios lugares, no le tenía pereza al trabajo. sólo que no podía quedarse en Rusia.

Pensó que tomaría un poco de ese dinero a su nombre y luego lo dejaría allí, congelado

para siempre. No quería su sucio dinero, no quería sentir que se había vendido como una ramera... realmente la hería todo eso. la hacía sentirse horrible, peor que nunca.

Debía guardar ese secreto, debía callar y que su familia nunca supiera.

Pero sabía que no sería fácil. Tenía orgullo rayos, y no quería tocar ese dinero, prefería esconderse un tiempo hasta que supiera qué hacer.

El problema era el tiempo y temía que él fuera a buscarla.

Los días pasaron y no se decidía qué hacer.

Hasta que su hermana le dijo algo que la asustó.

—Irina, hay dos hombres que merodean la casa.

—¿Qué? —la miró aturdida sin comprender.

—Hay unos hombres raros aquí, cerca de la casa, parecen vigilar día y noche, se turnan, pero siempre están cerca.

Irina tembló y se acercó a la ventana, pero no estaban, se habían ido.

—¿Cómo eran?

—Altos, flacos y uno de ellos era calvo.

No, no eran los guardaespaldas del italiano.

—Mira, allí están.

Irina vio a dos hombres vestidos de jeans, llevaban lentes y acababan de estacionar un auto alquilado. Se dirigían a un lugar, pero uno de ellos miró hacia la casa.

—¿Son esos? ¿Estás segura?

—Sí. Parecen extranjeros. Italianos diría yo. ¿Crees que ese novio tuyo los envió para vigilarte?

—No, no son hombres que trabajen para Alessio, los conozco a todos. Se ven distintos.

Y no le gustó nada su aspecto, les recordaron a los hombres de Ítalo, altos, delgados pero fuertes como toros, veloces y rufianes. Tatuajes en los brazos y en el cuello y alguna herida de guerra en la cara seguramente. Gente de mal vivir, matones a sueldos hechos para hacer el trabajo sucio del negocio.

Ítalo sabía que habían peleado y había dio por ella, ese maldito no la había olvidado. Y pensaba que todavía podía venderla al inglés o al jeque de Dubái. Quizás el mismo Alessio le avisó que habían terminado y podía llevársela.

Oh no, él no sería capaz, ¿por qué pensaba cosas tan horribles ahora?

Lloró al pensar en Alessio y que habían peleado por una estupidez.

Por unas fotos que a lo mejor eran trucadas.

Pero estaba muy nerviosa de pensar que estaba sola y esperando un hijo.

Lloró sin poder contenerse.

—Irina, ¿qué pasa? ¿Quién son esos hombres?

Ella la miró aturdida y secó sus lágrimas, pensando que era inútil, ya no podría contenerse más tiempo.

—¿Cuánto hace que están aquí merodeando? —preguntó.

—Pues los vi hace días, pero en verdad que hace dos días me fijé que pasaban demasiado tiempo cerca de aquí como vigilando y me preocupé. ¿Quiénes son? ¡Dime la verdad! ¿Qué escondes Irina? ¿Acaso ese novio que tienes es de la mafia?

Ella lo negó, pero Katia se enfadó.

—Escucha, no soy boba, tú no trabajas para Alessio, duermes con él y vives con él y el dinero que te da es por eso. Deja de esconderlo.

Irina se puso colorada.

—Tú no sabes nada, ni siquiera imaginas. Cuando creía que lo tenía todo y podría hacerme

un porvenir en Italia...

Miró a su alrededor y preguntó si sus hermanos estaban cerca.

—No, están en la secundaria y mamá duerme. —le respondió Ketzia.

Irina pensó que debía decirle la verdad al menos para que dejara de pensar que irse a un país extraño era un paraíso a la felicidad.

Katia se puso pálida cuando supo lo que le había pasado.

—Ese hombre un malnacido demonio, ¿por qué estás con él? Y ahora te ha embarazado...

—Me enamoré de él, es muy seductor, tú no sabes, siempre me hizo sentir que era especial y jamás creí que fuera un seductor como todos los italianos. En realidad, soñaba con tener un futuro con él, pero creo que sólo fui una más, como las otras.

—Entonces debió enviar a esos hombres. Ay Irina, tengo miedo. Si son así no puedes volver a Italia, debes esconderte.

—Lo sé, sé que debo irme, pero no tengo a donde ir ahora. Y si me alejo temo que Ítalo me atrape y quiera venderme. Son muy crueles, Katia, no imaginas cuantas chicas son atraídas con becas y engaños al país para terminar siendo la ramera de un hombre adinerado.

—No lo sabía, jamás contaste nada ¿por qué guardaste ese secreto? Debiste decirme.

—No quería preocuparte, además me avergüenza mucho lo que pasó, tú no imaginas el terror que sentí cuando me raptaron. Pero él me salvó, le debo todo a él, ¿entiendes?

—¿Te salvó o te compró al mafioso? Irina lo que te hicieron es criminal, deberías denunciarlo, ¿por qué no escapaste de ese hombre y denunciaste al que te raptó?

—Amenazó con llevarte a ti. Sabía que tenía una hermana joven y bonita, que tenía a mi familia aquí. Averiguó todo.

Ketzia se enfureció.

—Qué mundo de mierda. Rayos. Ahora entiendo por qué...

—No intentes entender mi relación con Alessandro ni lo que pasó... pudo ser peor. Sólo que, si no regreso con él, todo será peor. Debo intentarlo.

—¿Volver con ese maldito que te compró y te mantuvo cautiva? ¿Y tú lo amas?

—Lo amo, maldita sea, nunca tuve un novio, tú me conoces. Siempre fui muy tímida y él... él me trató como una princesa, Ketzia. Él me quiere, estos meses han sido maravillosos y ahora, me angustia pensar que tendré un hijo y no podré volver a su lado. mi cabeza va a estallar, estoy atrapada. Estos días que me llamó y no lo atendí no sabes lo que sufrí, lo que estoy sufriendo ahora.

—Eso que llamas amor es un amor enfermizo. Es sexo. Es...

—No, no es verdad. ¿Crees que puedes acostarte con un hombre y entregarte a él en cuerpo y alma y decir que es un amor enfermizo? Él jamás me obligó, nunca me forzó... fui suya porque quise, y porque quise me quedé.

—Irina, despierta. Tu problema ahora no es Alessio sino esos hombres, puedes estar en peligro, debes esconderte. Que no te encuentren.

—Si me voy ahora me atraparán, no puedo hacerlo.

—Entonces escóndete.

—Pero tú corres peligro Katia, si esos hombres vigilan la casa querrán llevarte a ti.

—¿A mí por qué?

—Porque eres mi hermana y eres joven y virgen.

Katia se puso colorada.

—No debiste venir si sabías eso, por qué... nos meterás en un lío, me meterás en un lío a mí.

Su celular sonó entonces y Irina tembló. No conocía el número y no atendió mientras su hermana no dejaba de reprocharle lo que había hecho al poner a todos en peligro y ayudarlos con



el dinero sucio de ese hombre.

Sintió que estaba harta y quería largarse. En esa casa llovían los problemas, siempre era así, y ella era incapaz de resolverlos todos. Y ahora acababa de convertirse en la oveja negra de la familia. Su hermana sabía toda la verdad y supuso que la afectaba porque ya no podría viajar a Italia como había soñado.

Pensó que era hora de marcharse. Juntó sus cosas y le dijo a su hermana que se iría.

—¿Pero a dónde irás?

—No lo sé, pero no puedo quedarme aquí, esos tipos vigilan la casa.

—¿Y nos dejarás con esos bandidos merodeando?

—Llama a la policía si se acercan o intentan algo.

—¿Y crees que puedes meter a alguien en prisión por acercarse a tu casa? Irina...  
Cálmate, aguarda, piensa un poco, no puedes marcharse así, estás esperando un bebé.

—¿Y qué quieres que haga?

—El italiano no ha dejado de llamarte, piensa un poco. tal vez cambie al saber que esperas un hijo. No pienses lo peor de él. No ahora. Lo necesitas. Él te salvará de ese Ítalo, lo hará encantado. Se nota que está loco por ti. Aunque detesto la forma en que actuó al final, bueno entiendo que fuiste secuestrada por una horrible mafia y...

—Es que tampoco confío en él ahora, no soy más que su ramera. Y odio sentirme así.

—No digas eso, vamos, piensa en tu bebé. ¿Qué vas a hacer ahora? Lo peor es que ese mafioso te encuentre y yo no creo que Alessandro sea su cómplice. ¿Por qué llevarte a su casa hacerte regalos, pedirte que regreses?

—Porque cree que le pertenezco, por eso.

—Porque fuiste su mujer y quiere que vuelvas, porque le importas. Te pidió matrimonio, tú lo dijiste.

—Es verdad.

—¿Y crees que un hombre le pediría eso a una mujer que sólo quiere tener para la cama?

—¿Acaso tratas de convencerme para que vuelva con él?

—No... sólo trato de armar este rompecabezas y entender. Tú lo amas, lo dijiste. Y ahora estás embarazada, estás esperando un bebé, ¿qué será de ti si caes en esa mafia otra vez? Te quitarán al niño y lo venderán, son terribles. Piensa en él. Es hijo de tu novio, tú lo quieres y sé que estás triste por esta pelea.

—No soy nada para él.

—Bueno, pero tiene que responder por ese niño, él es un inocente y es mucho para ti para que lo puedas cuidar sola ahora.

—¿Y cómo sabes que responderá por el bebé? Ni siquiera sabe que estoy esperando un hijo.

—Pero no ha dejado de llamarte, vive pendiente de ti. No lo haría si no le importaras. Ten cuidado Irina, sé que eres orgullosa y brava, no quieres pedir nada, pero no estás en situación de escapar y enfrentar esto sola.

—Te equivocas, puedo alejarme rápido y pedir ayuda a los tíos, esconderme allí un tiempo. Tengo a nuestra prima Anastasia en Londres.

—¿Sí y después? Puedes esconderte un tiempo. Pero él vendrá por ti, estoy segura.

—Soy buena escondiéndome.

—Pero no podrás escapar. No saldrás ilesa. Ni puedes vivir huyendo.

Irina no dijo nada y siguió haciendo las maletas.

Huir de Ítalo era lo principal, que no la encontrara y recomenzar su vida con su hijo sola, en otra parte. Tenía contactos, no estaba sola, esos contactos todavía los tenía. En Italia se vio atrapada por Ítalo y luego Alessandro, pero eso se había terminado.

De cierta forma quería dejar esa relación, quería hacer algo por sí misma sin depender de un hombre. Su relación con Alessio era de amor, pero también de una dependencia atroz. Era su cautiva, su prisionera y no quería vivir así. Tenía su orgullo.

Por suerte para ella tenía a su prima Anastasia que vivía en Londres, que sabía la ayudaría, eran muy unidas, se habían criado juntas casi. Ella se había casado con un hombre muy rico de forma reciente y sabía que la ayudaría a establecerse allí. Era como una hermana y fue por ella que consiguió la beca en Italia y el contrato de trabajo. Lamentaba no haber aceptado antes su invitación a Londres.

Pero nadie podía saber que se iría a Inglaterra.

Habló con su prima ella encerrada en el baño.

Confiaba ciegamente en Anastasia, de niñas se habían criado juntas y eran muy cercanas. Ella sabía lo del italiano, pero sólo una parte, pero sabía que podía llamarla si algo salía mal. En verdad que era la única que podría ayudarla en esos momentos, la única a la que podría acudir sabiendo que no le diría que no.

—Irina. ¿Cómo estás?

No tardó en darse cuenta que algo muy malo pasaba. Irina le contó que había peleado con Alessio y necesitaba esconderse un tiempo y trabajar en Londres.

Anastasia no le hizo preguntas y dijo que contara con ello. Que su esposo tenía un amigo que buscaba secretaria joven que supiera idiomas y estuviera dispuesta a viajar. Aunque no tenía por qué viajar.

Irina sintió que le volvía el alma al cuerpo. Su prima lo resolvió en un momento.

—Aguarda, deja que haga unas llamadas, pero sé que un amigo muy cercano a mi esposo necesita secretaria. ¿Puedes enviarme una fotografía y tu currículum ahora?

—Lo haré, por supuesto.

Irina lo hizo y sólo le llevó un momento arreglar todo.

—Bueno, todavía no me contestó, pero si no es el amigo de mi esposo, John puede darte trabajo, conoce a mucha gente aquí. Y mejor será que te quedes unos días. ¿Estás dispuesta a viajar ahora, en unas horas?

—Sí, por favor, cuanto antes.

—Bueno, deja que te reserve un vuelo en primera clase para esta tarde, veremos qué consigo.

Su prima debió imaginar que no tenía dinero y ella misma le pagó el pasaje.

—Voy a girarte un dinero ahora para que tengas.

—No, no es necesario, tengo algo de dinero.

—Ten cuidado por favor, lo que me dices me deja muy intranquila. Tal vez debas venir con tu hermana Katia por las dudas.

—Con Katia, ¿por qué?

—No puedes dejarla allí. Tráela también. Puedo encontrarle trabajo y será divertido tenerlas en casa. Extraño a mi familia ¿sabes?

—Es que no quería causarte molestias.

—No es molestia para nada, al contrario. Hace tiempo que me debían una visita. Siempre quise que me visitaran, pero no se animaban a venir.

Irina pensó que no podía llevarse a Katia ahora, mejor sería que se quedara pues de lo contrario podrían atraparla también a ella.

Sabía que se arriesgaba mucho yendo a Londres, que podían detenerla en cualquier momento y era mejor que su hermana no supiera donde estaba. Si la atrapaban al menos Katia estaría a salvo.

Hizo sus maletas y recibió la confirmación del vuelo para Londres dentro de dos horas. No había tiempo que perder. Debía llegar al aeropuerto y nadie podía verla salir de la casa. Esos

hombres montaban guardia todo el tiempo, si la veían salir la seguirían.

Pero si se disfrazaba como su abuela, con la peluca blanca no la verían... rayos, no podía estar tan loca de usar ese disfraz.

¿Dónde diablo conseguiría una peluca de anciana? No tenía mucho tiempo.

Su hermana apareció entonces y supo lo que planeaba.

—Haré un viaje, Katia. Pueden atraparme en el camino, pero si quieres puedes venir conmigo.

—¿Ir contigo? ¿Pero a dónde?

—No puedo decirte ahora, no quiero que Alessio se entere. Si me atrapan todo habrá terminado, pero si viene a buscarme tú no podrás decirle porque no sabrás, nadie debe enterarse.

—¿Nos dejarás de nuevo? Yo no quiero quedarme aquí, tengo mucho miedo.

—Entonces ven conmigo, arriésgate. Puede salir mal, pero si me atrapan también te atraparán a ti y no quiero eso para ti.

Katia tuvo miedo. su hermana no quería decirle de su plan y lo entendía.

—Quédate, no te vayas. Regresa con el italiano. me atraparán a mí si se enoja. ¿Es que no lo ves? Si no te encuentra se enfurecerá.

—No volveré con ese hombre nunca, no seré su ramera nunca más. Prefiero quedarme sola y con un hijo a vivir esa vida. Tengo que hacerlo ahora, por mi hijo.

Su hermana la miró asustada.

—Llevas maletas—observó—¿Te irás muy lejos?

Irina asintió.

—Una amiga aceptó darme trabajo. Pero no te diré su nombre. Llamaré, lo prometo, cuando todo esto pase... Ese dinero que tengo en mi cuenta te lo pasaré a ti. No lo quiero. Espero no necesitarlo jamás. Pero sé que ustedes necesitan ese dinero, mamá está enferma y el dinero

aquí nunca alcanza. Olvida cómo llegó a mí y úsala, guárdala por cualquier cosa. Quiero que se use con un buen fin, hacer un bien y tú lo administrarás bien. Aguarda... haré la transferencia bancaria ahora.

—Pero Irina, no puedes irte sin dinero.

—Lo haré. No quiero nada de ese hombre ni que piense que usé su dinero. Ayuda a la familia, Ketzia, úsalo para mudarse de aquí, para el negocio que siempre quisiste montar de comidas típicas del país para turistas. Te alcanzará.

—Ese dinero...

—Al diablo con eso. ¿Qué importa? Fui forzada a eso Katia, tú no puedes entenderlo. Y por eso no lo quiero. Pero sé que el dinero es necesario, diablos, ese dinero es mío y se los dejaré a ustedes.

Irina tomó su portátil y realizó el giro en un momento, luego de abrir una cuenta para su hermana. Sintió mucho placer de deshacerse de ese dinero. Sabía que con él su hermana podría hacer cosas, resolver problemas y tener con qué ayudar a su familia mientras veía qué hacer.

—¿Y si viene y pregunta por ti? ¿Qué le diré? Se pondrá furioso cuando no te encuentre.

—Dile que me fui a casa de mis tíos en San Petersburgo. Gana tiempo.

—Pero no puedes irte así, Irina.

—Puedo y lo haré. Puedes venir conmigo si quieres.

—No iré contigo a ningún lado, no quiero que me atrapen. Mamá me necesita. Y con este dinero podré pagarles a unos amigos de nuestro hermano para que vigilen la zona. Con ellos cerca ningún matón italiano tiene posibilidad.

—Eres lista hermanita.

Irina sabía que la pandilla de su hermano Misha nadie se metía. Eran un poco chiflados, pero estaban entrenados para pelear y defenderse. Eran brutos y salvajes y por unos miles de

rublos harían la ronda sin hacer preguntas. En verdad que siempre estaban cerca vigilando el barrio, no costaba nada tener una atención con ellos por si acaso.

—Lo soy, pero temo por ti. Me da mucho miedo... escucha. Le pediré a Vladimir que te escolte hasta la estación de trenes.

—Me iré al aeropuerto.

—Vladimir te ayudará, nada te pasará si vas con él.

—Pero debo irme pronto.

—Aguarda que le enviaré un mensaje.

—Está bien.

\*\*\*\*\*

Irina salió de la casa por la puerta de atrás y tomó un taxi en la cuadra siguiente temblando, rumbo al aeropuerto. Sabía que era arriesgado, pero debía hacerlo. Tenía que escapar de él, tenía que hacerlo. Tres chicos de la pandilla de Vladimir y Alexei la acompañaban. Iban conversando entre ellos, pero sabía que había otro auto viejo siguiendo el taxi. Los otros escoltas.

Iba tranquila pero angustiada al pensar que no estaba bien lo que hacía. Debió llevar a Katia, debió llevarla consigo, su hermana estaba en peligro. Si esos matones la atrapaban...

Nerviosa tomó el celular y la llamó.

—Katia, debes salir de casa y tomar un taxi, ven conmigo. Iremos a Londres con la prima Anastasia.

—¿Vas a Londres?

—Sí. Por favor, ven conmigo, todavía hay tiempo de reservar otro vuelo.

—No quiero ir a Londres, no me gusta ese país.

—Pero nuestra prima nos ayudará, tú lo sabes. Siempre ha sido buena con la familia y es como una hermana para mí.

—Me encantaría, pero yo tengo que cuidar de mis hermanos y de mi mamá. ¿Qué hará sola con todo? Ya te fuiste tú, se fue Anuska. Alguien debe quedarse.

Irina le rogó que fuera, pero Katia no la escuchó.

—Vladimir cuidará de mí. Es como de la familia. Y le pagaré bien para estar a salvo. No se atreverán. También dará cuenta del italiano por si se pone pesado.

—Está bien, pero si algo sale mal avísame. Y no digas a nadie donde voy. Ni le cuentes a nadie de nuestra prima.

—No lo haré... suerte Irina, que Dios te acompañe.

—Gracias.

El taxi aminoró la marcha pues se vio en un atolladero por la ruta que llevaba al aeropuerto de Moscú, al parecer todos tenían prisa por irse del país.

Su celular sonó entonces, pero ella no quiso atender, estaba muy nerviosa.

De pronto vio en su celular un mensaje de Katia.

“El italiano está aquí, acaba de llegar, pregunta por ti”.

Irina tembló y entonces recibió una llamada.

Era él. Sintió una angustia horrible, quería atender, hablar con él, pero sabía que no debía hacerlo.

No lo atendió.

Había llegado al aeropuerto y no pensaba cambiar sus planes. Se iría a Londres y recomenzaría de nuevo, su prima iba a ayudarla. Podría trabajar, ser independiente, tener un empleo digno.

Finalmente atendió el teléfono cuando ya estaba sobre el avión.

—Irina. ¿Dónde estás? ¿Deja de esconderte sí? Vine porque quiero hablar contigo, quiero arreglar las cosas.



—Ya no hay nada que decir Alessio. Estoy de viaje a San Petersburgo, mi hermana te habrá contado. Necesito alejarme tomarme un tiempo y descansar. Vine para eso en realidad.

—Pero eso queda muy lejos de aquí.

—A cuatro horas de viaje en tren.

—¿Pero por qué te has ido así de repente?

—Porque les debía una visita a mis tíos. Ahora no quiero hablar ni quiero verte otra vez.

—Estás loca, ¿es que no te das cuenta que estás en peligro? No puedes irte a ese lugar. Te atraparán los hombres de Ítalo. Están aquí en Moscú y vigilan tu casa.

—¿Es Ítalo o eres tú? Ya no sé quién dice la verdad.

—Escucha, esas fotos que te mandaron son viejas, no puedes ponerte así por eso. Y algunas fueron trucadas, deja de acusarme. No soy amigo de Ítalo, era su cliente y eso lo sabías. Rondaba su negocio en busca de mujeres, pero de esas chicas sólo salí con tres.

—Ahora quieres cambiar las cosas.

—He tratado de explicártelo, pero tú te has negado a escucharme. No soy un rufián, soy abogado y tengo negocios, no soy un proxeneta. Pero Ítalo te buscará y no te dejará en paz. Y cuando sepa que tienes una hermana guapa y soltera también vendrá por ella.

—¿Estás asustándome o pretendes amenazándome?

—No. Sólo te digo lo que pasará. Yo no puedo parar a ese hombre, él tiene su negocio y atrae a chicas para luego venderlas.

—Y tú las comprabas, pero jamás me compraste a mí. Yo nunca estuve a la venta. Y aunque crea lo que me dices y en verdad no creo que tú seas el malo de la historia, por más que te crea no quiero seguir contigo así. En esa relación. Como tú chica mantenida y ahora tengo la oportunidad de escapar y lo haré. Tendré un buen trabajo en San Petersburgo y comenzaré de nuevo. Mis tíos me ayudarán.

—Irina, por favor, no hables así, estoy muy preocupado por ti, no huyas. Tú nunca fuiste mi chica mantenida. Tú eres especial para mí, Irina. Lo nuestro era especial. Te pedí que fueras mi esposa y todo esto. Esa maldita golfa arruinó todo.

—No fue sólo ella, estoy harta de vivir asustada, atrapada y en tus garras, quiero una vida libre como todo el mundo y poder labrar yo sola mi porvenir. No necesito dormir con hombres para hacer dinero ¿sabes? Ni tampoco necesito que me digas que fue especial lo nuestro, demasiado tarde me lo dices.

—No podrás escapar de mí, Irina, huye mientras puedas, pero no te dejaré escapar. Tú eres mía ¿entiendes? Y si querías abandonarme pudiste al menos responder el teléfono y decírmelo.

—Es lo mejor. Yo soy para ti ni tú para mí. Lo siento. Pero no me busques ni le hagas nada a mi familia.

—¿A tu familia? ¿Me crees un rufián?

—Sé cómo son los italianos de vengativos y crueles.

—Pues yo no soy así, me conoces. Sólo vine aquí a verte, a tratar de hablar contigo. Me iré, pero no me daré por vencido. No me rendiré. Tú eres mía Irina Petrov. Me perteneces, por eso huyes, pero no podrás escapar de mí. Huye mientras puedas. Te atraparé y nunca más te dejaré ir.

Irina tembló y cortó la llamada.

Luego lloró y se escondió en el asiento del avión para que nadie la viera.

Amaba a ese hombre y estaba esperando un hijo suyo. ¿Por qué escapaba? ¿Por qué lo hacía? Si se moría por estar con él, por sentir sus besos, el calor de su piel, oír su voz decirle al oído que era hermosa.

Pero también sabía que todo podía cambiar cuando le dijera que esperaba un hijo. Estuvo a punto de decirle, para que la dejara en paz. Porque sabía que si lo hacía sería el fin, pero no tuvo valor. No quiso hacerlo.

\*\*\*\*\*

En la habitación de la casa de los Petrov, Katia comprendió que el italiano estaba furioso y la miraba con odio. Estaba allí, había volado a Rusia desesperado porque su hermana lo había dejado.

—Ahora me dirás a donde se fue tu hermana.

Hablaron en italiano, ella lo entendía perfectamente, por desgracia, pues habían hecho el mismo curso para aprender ese idioma pues habían concursado para una beca de estudios y sabían que tenían chance de ganar pues ambas sacaron buena puntuación. Así que decidieron estudiar.

—Irina se fue a casa de mis tíos, ya te dije. Está en San Petersburgo. —le dijo ella tratando de conservar la calma.

—La dirección, pásame ahora la dirección, necesito hablar con ella. No pude hacerlo. ella tiene que hablar conmigo. Tengo que decirle algo importante.

—Mi hermana no está, ya te dije. Se fue hace dos días. ¿Crees que miento? Además, no quiere volver contigo, no lo hará. Ya te lo dije muy claramente el otro día me parece, cuando hablaron por teléfono.

Él no se movió sus ojos negros se tornaron malignos, como un diablo, Katia tembló y sintió toda la maldad que había en esos ojos. Ahora se mostraba como era sin máscaras, al comienzo fue muy amable, pero cambió al saber que su hermana no estaba y ahora estaba furioso.

—Ella volverá conmigo, aunque tenga que llevarla a la fuerza, es mía ¿entiendes? Irina es mía. Y la encontraré. Aunque tenga que ir hasta el infierno.

Sus ojos negros echaban chispas, estaba furioso, pero también desesperado, se le notaba a la legua.

—No es tuya, ¿crees que puedes tener a una mujer como si fuera un objeto?

—Ella es mía, me pertenece. Íbamos a casarnos, ella dijo que sería mi esposa.

—Pero tú la engañaste ¿no? Con otras chicas.

—No, yo no la engañé—el hombre parecía sincero cuando lo dijo. —Es que una chica, una ex vino a verme, como la rechacé y no quise saber de nada se vengó enviándole fotos a Irina, contándole no sé qué tonterías.

Hablaba sin parar, hasta por los codos y hubo una parte que Ketzia no entendió.

—Ve más lento, no te entiendo. por favor. Tranquilízate. debes hablar despacio porque si hablas rápido no...

—Va bene. Lo que quiero decir es que fue un malentendido. Habla con tu hermana. No quiero atenderme el teléfono.

—Necesita alejarse de ti. Debes dejarla que se aleje, que piense un poco en su vida. Eres muy avasallante, italiano.

Él la miró con desesperación.

—Si la dejas ir ahora, la perderé. Quiero recuperar a Irina, quiero que sea mi esposa. Ayúdame. Si lo haces yo...

—No quiero tu dinero. No haré eso por dinero. Respeta su decisión o espera a que tome una. Dale tiempo. No fuerces las cosas. Y no vayas a San Petersburgo ahora.

—¿Ella regresará? ¿Crees que lo hará?

—Si te ama querrá volver contigo. Si tú la amas, esperarás. No quieras tenerla por la fuerza, eso no es gentil ni es de caballeros.

—Pero es mía y la amo. Estoy enamorado de ella. Crees que estaría aquí rondando como un fantasma, llevo días sin dormir porque no dejas de pensar en ella. Quiero a Irina, quiero que sea mi esposa.

—Pero no es tuya, no puedes tratarla como si fuera un objeto de tu pertenencia.

—Ella fue mi mujer, fue mía, es mía. No me pidas que no sienta eso. tú no entiendes. Eres

una adolescente casi. No puedes saber lo que es. Seguramente nunca has estado enamorada.

Ketzia sabía que en eso había perdido la batalla.

—Bueno, sólo te digo que le des tiempo porque si ahora la persigues será peor. Harás que se enfade.

—Pero ella quiere abandonarme, quiere desaparecer sin dejar rastro. ¿Realmente se fue a San Petersburgo? Tengo la sensación de que me ha mentido ella y tú también.

—No hablaré de eso ahora. Escucha, mi madre está muy enferma, está delicada y me necesita. Toda esta casa depende de mí ahora. Irina se ha ido. Dale tiempo. Dale oxígeno. No la agobies.

—Está bien, tú ganas. Ya entendí. Pero no me rendiré, la dejaré en paz unos días, pero volveré.

Ketzia suspiró aliviada cuando el italiano se fue, había sido muy diplomática y sensata, le dijo que se calmara y esperara. Su hermana además estaba muy lejos, con su prima en su casa y no tenía ganas de volver todavía.

Ese hombre estaba loco por Irina, y tenía amigos en la mafia. ¿En qué estaba pensando su hermana para encamarse con ese hombre, y por qué diablos no se ató las trompas para no quedar embarazada?

Sabía por qué, sabía la razón y no podía culparla. Se había enamorado de ese loco y sin embargo tuvo el coraje suficiente y la sensatez de hacer tripas corazón y dejarlo. Pero no sería tan fácil, el italiano volvería y tendría que pedir ayuda a Vladimir y sus amigos. No quería terminar vendida a un prostíbulo por su culpa.

Desesperada llamó a su hermana, pero ella no la atendió. Rayos. Tal vez estaba ocupada. Ya era tarde...

Suspiró y se acercó a la ventana y lo vio hablar con los hombres a la distancia, los hombres que habían estado vigilando su casa hacía días. Esos galanes bien vestidos eran italianos.

Por supuesto, debió imaginarlo y trabajaban para Alessandro, no para Ítalo. Él estaba espiando la casa porque estaba loco por su hermana, obsesionado y decía que era suya. Que Irina le pertenecía y volvería con él, quisiera o no.

Y cuánto más se escapará y tardará en encontrarla más loco se pondría y más obsesionado.

Diablos, sintió pena por él, parecía sincero. ¿Pero realmente la amaba o la consideraba su propiedad? Si la amaba esperaría, si se ponía prepotente y trataba de tener a su hermana por la fuerza sería un cretino.

A lo mejor realmente creía que la había comprado.

Ella no quiso hablar de eso. Era un tema delicado y no había sido fácil para su hermana contarle.

Pero había un bebé en camino. Su hermana estaba esperando un bebé del italiano, eso lo cambiaba todo. aunque no hubieran tenido un buen comienzo...

Su hermano mayor entró en la sala.

—¿Quién era ese hombre, Ketzia? ¿Qué quería aquí?

—Es el novio de Irina.

—Pero Irina se fue Inglaterra, ¿terminó con él o no?

—Ese es el problema. Él quiere saber dónde está, quiere encontrarla. No quiere perderla.

—Pues si vuelve a molestar avísame, que le haré entender que no puede volver.

—No, no hagas eso. Irina se enfadará.

—¿Eso crees? Si le importara no se habría ido.

Ketzia no dijo nada, a veces era mejor callar. A su hermano no le haría gracia saber que su hermana estaba embarazada y sin esposo, más que darle una lección al italiano lo molería a golpes.

\*\*\*\*\*

Irina llegó a Londres al anochecer y su prima Anastasia estaba allí junto a su esposo para recibirla. Su esposo era un guapo inglés rubio a quien había conocido cuando se fue a vivir con su familia hacía años.

Estaba agotada y tenía la cara horrible por haber llorado durante el viaje. Alessio realmente la había lastimado y esperaba que ahora pudiera vivir lejos y en paz, lejos de él.

—Te ves cansada, ven... —le dijo su prima.

Pero ese día no hablaron, le mostró el cuarto y la dejó descansar.

Ese día charló con su prima, pero no le dijo la verdad. Lloró esa noche antes de irse a dormir, no dejaba de pensar en Alessandro. Tenía el celular apagado y no quería ni pensar en lo que pasaría cuando él supiera que no estaba en casa de sus tíos, sino que se había ido muy lejos.

\*\*\*\*\*

Luego de recorrer Londres e ir de compras, pasear con su prima y su esposo supo que podría encontrar un puesto en la empresa de un amigo de John, de la firma Stratford y Wilton.

Irina se sintió muy agradecida con su prima por eso y por su hospitalidad. Logró salir un poco de su pena y distraerse, aunque no dejó de pensar en Alessio.

Llamó a su hermana esa noche, antes de irse a dormir para contarle las novedades.

—Irina, el italiano ha venido varias veces a preguntar por ti y nuestro hermano quiere darle una paliza.

—Qué?

—Sí, está desesperado dice que te ama y quiere que seas su esposa. Me lo dijo.

Irina sintió que su corazón se aceleraba.

—Lo dice porque lo planté supongo. Está desesperado por eso.

—Le importas, no digas eso. No finge, realmente quiere saber dónde estás. Dijo que no se rendirá.

—No le habrás dicho dónde estoy ahora, espero.

—Tranquila. No dije nada. ¿Realmente quieres terminar con él?

—No lo sé, todavía lo extraño y sufro, sufro mucho esta separación, pero sé que luego me sentiré mejor. Ketzia, tú me conoces, eres mi hermana más cercana y sabrás que esa vida no es para mí. creo que siempre salirme de eso, no me sentía bien... sus amigos decían que yo era una ramera paga, me hicieron sentir horrible.

—Qué malditos.

—Y sé que sufriré un tiempo, sé que estaré mal pero luego... tengo una posibilidad de empezar de nuevo aquí, de trabajar y estar en un país lindo, tranquilo. Además, no puedo quedarme en Rusia con un bebé. Todavía me atormenta pensar qué haré sola con un hijo.

—¿La prima lo sabe?

—No. Todavía no se lo dije.

—Seguro que cuando sepa te consigue un marido enseguida.

—Como si fuera tan fácil.

—Ella está muy bien vinculada, tiene un marido millonario y amistades importantes.

—No quiero conocer un millonario, sólo quiero estar tranquila. Por favor, Ketzia, no digas nada del bebé.

—No lo haré. descansa. Relájate. Disfruta tus vacaciones, necesitas estar tranquila ahora, nada debe estresarte.

—Tengo que trabajar. La prima me consiguió un empleo.

Irina le contó y luego se despidieron.

Luego de hablar con su hermana se tiró a descansar y miró las fotos de Alessandro en su celular. Le había enviado un mensaje ese día con corazones diciéndola que la extrañaba, pero le daría un tiempo.



Tenía que ser fuerte, no podía ceder ahora. Si no lo veía, si no veía sus fotos podría olvidar y sin embargo no había sido capaz de borrar las fotos ni los videos de los dos juntos.

\*\*\*\*\*

Irina se presentó a trabajar días después, cuando estuvo más repuesta del viaje.

Había pasado la entrevista inicial y ahora conocerá a su jefe. No podía creer su suerte. Le habían avisado que el puesto era suyo y tenía que presentarse a trabajar. La paga era muy buena, mucho más de lo que le pagarían en su país y sólo tenía que llevar la agenda de su jefe, anotar llamadas y organizar las citas del día. Poca cosa.

Entró en su despacho algo nerviosa. Sabía que era muy amigo de John el marido de su prima y a lo mejor la había tomado para hacerle un favor.

Un hombre alto y atractivo esperaba sentado detrás de un escritorio antiguo y pintoresco.

No esperaba que su jefe fuera tan guapo ni que la mirara de esa forma tan intensa. Su mirada la hizo sonrojar al instante. Su cabello castaño muy corto y los ojos muy azules y de mirada profunda la desconcertaron. Era muy guapo, demasiado. Y de pronto se sintió como una tonta, se ruborizó.

—Buenos días señorita Petrov—bienvenida a la empresa—dijo y le tendió la mano cordial.

Se llamaba Ron Stratford y su prima le dijo que era soltero y millonario. Y buscaba esposa. Eso le dijo adrede, porque era una casamentera consumada.

Al conocerlo se preguntó por qué un hombre tan agradable necesitaría una esposa. Pensó que era mentira y que su prima casamentera quería encontrarle un marido rico para que resolviera todos sus problemas. Como si eso fuera tan fácil.

Sonrió y respondió al cordial saludo de su nuevo jefe y luego cuando él le preguntó por su anterior experiencia laboral ella le habló de su viaje a Italia y él la escuchó con atención y cierta curiosidad mientras tenía frente a él el mismo currículum que le había enviado a su prima por mail

días atrás.

—¿Y ha viajado desde Italia? —preguntó sorprendido mirándola de esa forma que le cohibía.

No era sencillo hablar de su viaje a Italia, no quería hacerlo. Italia había sido una experiencia buena al principio, pero tenía un final triste. Rayos. No quería hablar de ello, pero tuvo que hacerlo. Él no sabía nada, no podía ni imaginar.

—No... Es que regresé a Moscú y luego decidí probar suerte aquí.

Como una prófuga de la justicia casi. Huyendo de un hombre que había jurado buscarla hasta en el infierno.

—¿Le gusta mucho viajar? Eso es bueno. Aunque temo que la vacante de asistente de viajes fue cubierta de forma reciente. ¿Le agrada el trabajo en público o prefiere algo más de oficina?

—Quisiera el trabajo de oficina.

Él dijo que no tendría problema y realmente fue un placer trabajar como su asistente en los días siguientes.

A pesar de los malestares matinales trataba de ser puntual pues sabía cómo eran los ingleses pesados con eso. Además, estaba contenta pues su hermana acababa de decirle que Alessandro se había ido a Italia pues alguien le había dicho que ella estaba allí. Una pista falsa que siguió, nadie sabe por qué.

Seguía buscándola, aunque no le contestara los mensajes, no perdía la esperanza. Ni ella tampoco podía sacárselo de la cabeza.

Katia le dijo que se mudaría la semana entrante a una casa con jardín pues con el dinero que le había dado y si vendían la casa podrían comprar algo mejor y espacioso.

Su hermana menor Anouk acababa de enterarse que esperaba un barón.

—¿Y tú cómo estás? —le preguntó.

—Bien, espero ahorrar algo para poder mudarme en un tiempo. No quiero abusar de la hospitalidad de la prima Anastasia—respondió Irina.

—Pero a ella le encanta que te quedes.

—No me siento bien abusando de su hospitalidad, soy la prima pobre y además no quiero que sepa todavía del embarazo.

—Tendrás que decirle. ¿Y no te ha llamado Alessandro?

—No, creo que se cansó de que no lo atienda o a lo mejor me olvidó.

—Eres cruel.

—Ketzia, basta.

—Él sigue buscándote. No te ha olvidado.

—Eso no lo sé.

—Te oyes triste.

—No, sólo estoy cansada, empiezo a sufrir los malestares de mi estado y tengo que trabajar.

—Irina, no es justo que trabajes embarazada.

—Tampoco puedo regresar a casa y disgustar a mamá. ¿Ella cómo está?

—Está bien, con la medicación marcha bárbaro. Siempre pregunta por ti.

—Tengo que hablar con ella.

—¿Entonces no lo has olvidado?—preguntó de pronto Ketzia.

—Claro que no. Pienso en él siempre. Por desgracia.

Y echaba de menos sus besos, la forma en que le hacía el amor. Estar con él. Esa separación era lo más doloroso que le había pasado en su vida. Pero tenía que ser fuerte.

Él la había despertado, lo mejor de todo fue el sexo y lo sabía, pero para ella fue mucho más que sexo y sin embargo se moría por hacerlo con él, de estar con él. Aunque hiciera muchas cosas en el día y se mantuviera ocupada no sólo con el nuevo trabajo, sentía que le hacía falta.

—Irina, ¿por qué no hablas con él? ¿Por qué no le das una oportunidad? Ambos están sufriendo y él es el padre del bebé. por lo menos dile que estás esperando un hijo.

—Ya tomé una decisión, Ketzia. Ya lo hice.

—Aunque te mueras de dolor. Vamos, no puedes ser tan orgullosa. Si le dices donde estás, si le cuentas del bebé irá corriendo.

Irina dijo que no le dijera nada.

—No lo hagas, por favor. Respeta mi decisión.

Ketzia suspiró.

—Es que no te entiendo, de veras.

—Él no querrá al niño y yo no quiero volver a ser su prisionera.

—¿Por qué piensas eso? ¿Por qué estás tan segura? Si te ama querrá al bebé también.

—Tú eres una romántica, Ketzia, los hombres como él no piensan así. Por favor, promete que no dirás nada.

—No necesito prometértelo. Él lo sabrá tarde o temprano, está como un loco buscándote y me extraña que ya no esté allí.

—¿Por qué lo dices? —la voz de Irina sonó alarmada.

—Está moviendo cielo y tierra, es como el juego del gato del ratón supongo: tú escapas y él te busca hasta que atrapa. Tú eres el ratón: corres y corres y haces lo que sea por huir del gato, pero el gato es muy listo y te encontrará.

—No dejaré que me encuentre.

—Como digas, aguarda, no cortes, quiero avisarte de algo.

—¿Qué ha pasado?

—Acabo de hacerte un giro. Fue mucho dinero el que me enviaste la primera vez, he invertido una parte, pero ahora el negocio va muy bien y tú necesitarás mudarte, nacerá el bebé en unos meses.

—Ketzia no...—Irina se sintió alarmada—No quiero ese dinero, sabes que no lo quiero.

—Sí, sé que te fastidia cada vez que te digo de mandarte dinero, pero no sé qué pasará cuando nuestra prima sepa del bebé, puede disgustarse. Sé realista por favor, Annie es muy conservadora. Puede que no le agrada saber que estás esperando un hijo, soltera.

—A la prima no le afectará, ella me quiere, somos como hermanas.

—Pero ahora es de la alta sociedad, su marido es muy rico y puede que no le guste. por su honor y esas cosas. Así que te he enviado el dinero a tu cuenta y te ruego que no me lo devuelvas, acéptalo. Guarda ese dinero pues puedes necesitarlo y es tuyo, te lo dio tu novio para que lo usaras.

—No me lo recuerdes.

—Ay Irina, tú lo quieres.

—Tampoco me lo recuerdes.

Irina lloró luego de hablar con su hermana.

Lloró de rabia y porque estaba deprimida. Aunque día a día hacía las cosas y trataba de mantenerse activa siempre pensaba en él y le dolía, diablos, no imaginó que le dolería tanto separarse del italiano. estaba enamorada, realmente lo estaba. Pero tenía que resistir, tenía la oportunidad de recomenzar y no estaba jugando como creía su hermana. Para ella no era un juego y punto.

\*\*\*\*\*

Semanas después se miró en el espejo y tembló pues notó que su vientre se notaba y

aunque usara ropa holgada sobresalía por su propia delgadez. Pues había adelgazado, pero tenía barriga.

Y su prima fue la primera en notarlo una mañana mientras se preparaba para irse al trabajo.

—Irina—dijo alarmada entrando en su habitación.

Se detuvo y la miró, estaban solas por eso le preguntó pues ella solía evitar hablar asuntos privados de la familia frente a su esposo y solían hablar allí.

—¿Qué?

Ella miraba su vientre que se notaba porque ese vestido corto tan lindo le quedaba más justo por eso mismo.

—Irina, tienes barriga. ¿no estarás...? —le preguntó con cara de espanto.

Irina asintió.

—Estoy esperando un bebé, prima, por eso me fui de casa ese día. Siento no haberte dicho antes, es que no me animé.

Su prima la miró espantada, era terriblemente conservadora.

—¿Fue ese novio italiano con el que dejaste? No puede ser.

—Sí, ese, el mujeriego. Fue en un descuido.—dijoy se alejó nerviosa, no le gustaba la forma en que la miraba Anastasia y temía que se enfadara y la echara. Sabía que no lo haría, era muy buena, pero...

—¿Y cuánto tienes de embarazo?

—Ahora más de cuatro meses y medio. Se cuenta por semanas, estoy en la semana dieciocho. Ya se me nota demasiado.

Cómo pasaba el tiempo. Había llegado a Londres y el tiempo había volado. Su familia se había mudado, y Katia había abierto una tienda de comida casera para turistas y le iba muy bien

con eso.

—Oh dios mío, no lo había notado. Qué torpe soy.

—Yo lo disimulé bastante usando ropa delgada. Pero ahora he engordado un poco y no tengo como esconderlo. Lo siento.

—¿Y qué harás? Necesitas un marido urgente, Irina.

—Por favor Anastasia, no estamos en Rusia. Aquí eso no importa, nadie se fija.

Su prima la miró sonrojada, escandalizada.

—Pero ¿qué harás tú sola con un bebé? ¿Por qué no ...?

—¿Por qué no me lo aborté? ¿Eso quieres saber?

Anastasia se disculpó.

—No quise decirlo así. Disculpa, pero a veces es la mejor solución. Si no tienes esposo o algo que ofrecerle al bebé.

—Yo nunca lo haría, tú me conoces. Además, yo quiero a este bebé, es como el fruto de mi amor por Alessio y todavía lo amo, sabes... no he podido olvidarlo, no logro quitármelo de la cabeza. Lo amo a pesar de todo lo pasó, yo lo dejé sabes, me fui, lo abandoné.

—¿Y él sabe del niño?

—No. nunca le dije. Porque peleamos antes de eso. Descubrí que me había mentido y me enojé, ya me conoces.

—¿Y no lo perdonaste al menos por el bebé?

—Él no quería tener hijos, Anastasia, no quería algo serio. Sólo salir y divertirse.

La cara de su prima se tensó.

—¡Qué desgraciado! Olvida a ese hombre. Yo te buscaré un esposo.

—¿Un esposo? No, no quiero un esposo. ¿Qué dices? ¿Acaso piensas ir a una tienda y

comprarme un marido?

Anastasia se rio.

—Pues estás de suerte. Hay un candidato. Tu jefe busca esposa. Es un buen candidato. ¿No te gusta él? Es muy buen tipo, realmente. Tranquilo. Sin vicios. Muy ordenado y no sale con zorras.

—Mi jefe es mi jefe, nada más.

—¿Te agrada o no?

Irina se sonrojó.

—Ni siquiera me mira. Por favor, deja de fantasear. De ser la Celestina. Te lo agradezco, me divierte, pero no es real. Las cosas no pasan así.

—Irina, despierta, ese hombre es decente, guapo y millonario y necesita una esposa. Quiere casarse, me lo dijo hace tiempo y creo que tú le gustas, pero no se anima a hablarte.

—¿Que yo le gusto? ¿Y qué te hace pensar eso?

—Porque se lo dijo a John hace días. Le habló muy bien de ti, pero además dijo que eras preciosa pero no se animaba a invitarte a salir porque bueno, es tu jefe y tú su asistente. Teme que lo demandes por acoso si lo haces. No lo hará si tú no muestras un poco de interés.

Irina se puso colorada al recordar sus miradas. Era discreto, y a veces conversaban, se quedaba después de hora charlando. Pero realmente no lo esperaba. Ese hombre era un hombre fino y educado. Muy distinto al italiano.

—¿Hablas en serio? —Irina no lo podía creer.

—Sí, hablo muy en serio Irina. No bromeo. ¿Crees que lo he inventado todo?

—No pero tal vez exageras.

—No exagero, él quiere una esposa y tú le gustas. Tienes chance de conquistar a ese jefecito y convertirte en su esposa. Con el tiempo y un pequeño empujón...



—Ay prima, tú sueñas. Creo que te precipitas. Nunca me ha dicho nada y siempre es muy correcto, es un hombre muy serio.

—Claro que lo es, es sir, acaba de heredar el título de sir y de conde luego de fallecer su tío.

—¿De veras?

—Y está para ti, no lo niegues. Te vio y se enamoró creo. Es magia cuando eso sucede, si tienes un hombre como él y ocurre eso, no lo pienses dos veces.

—Pero ni siquiera hemos hablado, bueno yo sí le he contado de mi vida, pero él es muy reservado.

—Es inglés. Es un poco frío, pero no te dejes engañar. Parecen fríos sí, pero son educados, su educación es muy estricta y enfocada a hacer lo correcto siempre y a reprimir las emociones. Por fuera son fríos, eso quise decir, pero por dentro son muy cálidos y buenos. Mi esposo es un hombre increíble. Y creo que él aprueba que John te invite a salir, piensa que harían una bonita pareja.

Irina no estaba segura de eso, le parecía tan precipitado todo.

Pero su prima fue muy directa y de pronto le dijo:

— Estás esperando un bebé y tu vida se complicará mucho más cuando nazca. Sé más astuta. Eres muy hermosa, educada y necesitas un marido.

—No estoy desesperada por casarme. Sólo me mudaré en cuanto pueda, el mes próximo...

—OH nada de eso. Te mudarás cuando te cases con Stratford. Ese hombre tiene mucho dinero, no te imaginas. John es rico sí, muy rico, pero Ron es el heredero de una fortuna inmensa. Y busca esposa.

—¿Y por qué dices que busca esposa? Ha de tener muchas mujeres que mueren por salir con él. Ningún millonario busca esposa, son las mujeres las que buscan hombres millonarios.

—Pero él no es fácil de contentar y, además, tuvo una novia hace tiempo y después de eso ha estado solo. Pero deja que yo le dé un empujoncito.

—¿Qué? No, por Dios, no lo hagas.

—Vamos, no seas boba, debes demostrarle interés. Ningún hombre se te acercará si no estás abierta a una relación. Y ese hombre lo vale. Tú le gustas, le pareces una mujer dulce y preciosa. Yo te lo dije, pero tú me decías que no, no me creías.

—No resultará, ahora no puedo... acabo de separarme y no ha día que no piense en él... todavía me duele y ...

—Pero él no quiere casarse contigo ¿o sí? Ni tampoco te convendría si quisiera ser tu esposo. Es un italiano mujeriego, infiel, y seguramente gritón y machista. Son todos iguales. Gritan y gritan como unos salvajes. Tendrías que aguantarlo por el bebé y no te lo recomiendo.

Irina rio.

—Mi novio no grita, prima. Fue muy bueno conmigo y todo estaba bien, pero yo no me sentía cómoda en esa relación.

—¿Lo ves? ¿Sigues loca por ese desgraciado? Es porque son muy ardientes, son letales. Ya sé bien cómo son. Mi hermana menor cayó con uno y ahora está prisionera en Italia y con tres hijos. no puede ir a ningún lado, él no la deja salir de la casa. La pobre está sufriendo y lo peor es que como tú y las demás, es muy fértil y siempre está embarazada. Ahora parece que tiene otro en la panza. Ni me hables de los italianos. Y los sureños son peores. Este es de Módena, pero parece sureño. Y justo fue a fijarse en la más débil de las hermanas, mi hermana menor siempre fue una boba romántica de la familia, enamorada de Italia y claro, tuvo que irse a estudiar y allí lo conoció. Por eso yo te dije que no era buena idea que fueras allí. Siempre terminas encontrando novio en los centros de estudios. Pero bueno, piensa en tu hijo. si vas a tener al bebé necesitarás ayuda, sabes que cuentas conmigo, pero sé que no será suficiente.

—Prima por favor, todo esto es algo de momento, no va a pasar. ¿Qué quieres? ¿Qué me

ponga a coquetear con mi jefe para que me invite a salir?

—No... pero haz algo sutil para empezar. A los hombres les gusta la conquista, les gusta todo lo que se le resiste. Pero tampoco te hagas la difícil, si eres fría y no le prestas atención ninguna...

—Anastasia, es un hombre guapo sí y parece una buena persona, pero nada más. No sueñes en que voy a casarme con él ni nada. Para eso tendría que olvidar a Alessio primero.

—No lo olvidarás si sigues encerrada llorando por él, además mi abuela siempre decía: un amor se cambia por otro. Y hombres para enamorarse hay montones. Sé positiva. Tú le gustas y él te agrada ¿no? Es un hombre guapísimo y, además: es millonario. No lo pienses demasiado.

Irina dijo que tenía que irse al trabajo o llegaría tarde.

—Creo que me cambiaré el vestido—dijo y regresó a su habitación.

Se miró en el espejo y optó por llevar una falda larga y justa y una blusa blanca con volados en el cuello y entallada, pero con cierta amplitud.

El maquillaje era suave, estaba bien.

No pudo evitar pensar en su jefe.

No podía creer que ese hombre se sintiera solo o buscara una esposa. Eso no sucedía entre los hombres por lo general eran las mujeres las que solían buscar marido. Cuando llegaban a los treinta o un poco más. Era la edad que debía tener su jefe.

Se preguntó si su prima no estaría exagerando un poco.

A lo mejor buscaba una chica seria para salir y tener sexo. Eso era más posible.

Irina se dio cuenta de que ahora pensaba mal de todos los hombres y eso era injusto. No todos eran así. Sólo que bueno, las cosas habían cambiado. ella fue educada de otra forma muy conservadora y el mundo era distinto. Muy distinto.

Entró en la oficina un poco atrasada y se disculpó.

Ron Stratford estaba allí, impecable, pulcro, con su cabello corto lacio peinado a un costado. La miró con una sonrisa y dijo que no importaba.

Ese día vio algo distinto en su mirada, la miraba como mujer eso era evidente, pero tuvo dudas. Tal vez lo había imaginado sugestionada por las palabras de su prima.

Bueno, ¿qué importaba? En el pasado otros jefes la habían mirado así y nada había pasado.

Pero ese día notó algo y se inquietó. No quería confundir las cosas, estaba bien en ese trabajo y no buscaba marido. Su prima era una exagerada y una casamentera. Decir que ella podía atrapar a su jefe sólo porque le gustaba...

—Señorita Petrov—dijo de pronto.

Ella se detuvo y lo miró.

—¿Se siente bien?

Irina se sonrojó.

—Disculpe, es que me distraje.

Él la miró con fijeza.

—¿Aceptaría una invitación de ir a almorzar? Muero de hambre y quería hablar con usted un asunto de la empresa en privado. Espero no lo encuentre inapropiado.

—OH no, por supuesto... claro. Acepto.

Aceptó ir a almorzar con él sin pensarlo. Se moría de hambre, últimamente tenía mucha hambre y nada le caía mal, le caía mal no comer o pasar horas sin probar bocado supuso que por su embarazo.

Entró en su auto y fueron a un restaurant cerca de allí.

Era muy distinto a Alessio, aunque físicamente tenía un parecido pues ambos eran altos y atléticos; Ron tenía ojos muy azules y era muy blanco. Un hombre fino y distinguido, tan educado y

atento. Y con un temperamento flemático muy inglés. Los ingleses eran distintos a los rusos y a los italianos, distintos a todos los europeos en general.

Irina contempló el menú y pidió algo succulento.

Él habló entonces de la empresa, de ciertos problemas con un empleado pues había acosado a una compañera.

—Lo siento, no lo sabía.

—Quería preguntarle si acaso el señor Ed Smith la molestó de alguna manera. Por favor, no tenga reparos en decirme. Puede hacerlo con total confianza.

—No. Nadie me ha acosado. Son todos muy amables.

Eso era verdad, no había esa mala onda de otros lugares, todos estaban concentrados en su trabajo y no había ni tiempo para intrigas. En realidad, ella estaba muy concentrada en sus tareas y como además estaba encerrada junto a su jefe casi todo el día, no prestaba mucha atención a lo que pasaba a su alrededor. Por eso le sorprendió mucho enterarse de la situación de acoso sexual que había sufrido una chica sueca que trabajaba en una de las oficinas. Era muy guapa y alta.

—Me alegro que así sea, pero si llega a haber alguna situación incómoda, le ruego que me avise, señorita Irina.

La llegada del almuerzo los hizo callar. Irina sintió que se le hacía agua la boca y pensó que si seguía comiendo así engordaría. Ahora estaba delgada pero pronto eso cambiaría.

Todavía no había vuelto al hospital para controlarse. Debía hacerlo.

—¿Así que su familia es rusa? Es un país muy bonito. He ido a San Petersburgo y Moscú.

—¿De veras?

—Sí, viaje de negocios.

Ella sonrió, su jefe le preguntó por su país, su familia y hablaron un largo rato mientras comían.

Entonces salió el tema de Italia.

—¿No le gusta el vino, señorita? ¿No bebe usted? Ni tampoco fuma al parecer. Eso es bueno. Me agrada.

De pronto se excitó al sentir su mirada. Le pescó una mirada aviesa de deseo escondido, la estaba mirando como mujer no como su fiel secretaria. Las miradas así no las dedicaban a las empleadas que eran como perros falderos, las dedicaban a las mujeres guapas y deseables.

—Lo siento, me distraje—dijo para decir algo.

Pero ella se sintió súbitamente húmeda y anhelante de besos, caricias y un abrazo que le diera calor y placer. Empezaba a extrañar el sexo y la excitaba mucho sentirse deseada por un hombre tan guapo.

—¿Por qué escogió Londres si vivía en Italia? Es un país hermoso.

Rayos, del calor del sexo al frío de un cubo de agua cayéndole encima. ¿Por qué siempre le preguntaba de Italia?

—Tuve que irme de Italia, mi madre estaba enferma y mi familia me necesitaba, no podía quedarme—dijo incómoda mientras atacaba el postre.

—Lo siento mucho, creo que he dicho algo indiscreto.

Ella lo miró.

—No... Italia me incomoda. Sufrí mucho allí. Me rompieron el corazón hace tiempo y parece que fue ayer. No volvería jamás a ese país, señor Stratford.

Una triste historia que no quería recordar y sin embargo la sentía allí, tan presente como si hubiera sido ayer.

Su respuesta no lo sorprendió, pero en realidad no podía imaginar lo que sentía pues era muy controlado en sus emociones.

—Qué hombre tan imbécil, dejar ir a una mujer como usted. Tan dulce y hermosa—dijo de

forma inesperada, pero, aunque las palabras sonaron fuertes no expresó enojo alguno en su mirada.

Irina se puso colorada, pero él dijo:

—Disculpe mi sinceridad, siempre digo tonterías cuando bebo vino, es que nunca lo hago.

Ella sonrió por la inesperada explicación y pensó que su jefe ebrio era muy gracioso.

—¿Piensa que soy hermosa y dulce señor Stratford?

Él asintió.

—Es muy hermosa y lista, señorita Petrov. ¿Puedo invitarla a cenar esta noche?

—Me encantaría... pero como amigos, no busco aventuras señor Stratford. Disculpe mi franqueza.

Él sonrió levemente.

—Tampoco yo, señorita.

Irina se sonrojó al sentir de nuevo esa mirada intensa y suave devorarla lentamente. Se sintió algo incómoda de repente, no le gustó el giro que había tomado la situación, no era apropiado salir con un jefe, aunque fuera guapo.

—¿Y qué busca usted, señor Stratford?

—A usted señorita. La buscaba a usted, hace mucho tiempo.

Pensó que eso no podía estar pasando, que en esas semanas de trabajar con él jamás imaginó que eso se estaba dando, ni que él la miraba con otros ojos.

—Pero no me conoce, sólo le gusto supongo.

—Sé que es para mí, señorita Irina. Pero le daré tiempo para que se dé cuenta o me diga que no. Si cree que esto es incómodo le ruego que lo olvide, no quiero perderla por favor, es una excelente asistente.

Ella lo miró sorprendida y vio que tomaba su segunda copa de vino o la tercera.

—Es algo precipitado. Escuche, usted me agrada, pero...

—Lo sé, no es oportuno ahora. Olvide lo que dije. Seamos amigos.

—Es que tengo el corazón roto, por eso. Y además...Estoy esperando un bebé.

Esa revelación no pareció sorprenderle.

—Lo sospeché, pero no quise preguntar. No era correcto. Por eso no bebe y se ve tan triste a veces.

Irina asintió.

—¿Su novio italiano lo sabe?

Ella lo negó.

—Él no quería tener hijos, señor Stratford.

—Escuche, no puede estar trabajando en su estado. Le reduciré el horario. Debe cuidarse mucho.

—Oh no es necesario, por favor.

—Sí es necesario. Acéptelo. Disculpe la pregunta, ¿pero cuánto tiempo tiene?

—Cuatro meses y medio.

—Es bastante, se le nota un poco ya. ¿Qué hará cuando nazca su hijo?

—No lo sé, pero no puedo volver a mi casa. Mi madre se disgustaría, mi familia es muy conservadora y, además, no quiero volver tan poco. Estoy muy contenta aquí, aunque tal vez deba buscarme un piso mi prima no ha querido. Cree que si me pasa algo estaré sola y es como una hermana para mí.

Rayos, ¿por qué le contaba esas cosas? Era sólo su jefe.

—Señorita Petrov, usted necesita un marido que cuide de usted y de su hijo.

Era la segunda vez que oía eso.



—Pero señor Stratford, miles de mujeres crían solas a sus hijos, hoy día no es impedimento.

—Pero usted no es como las demás, es frágil, necesita ayuda y me indigna que un hombre le haga eso a una mujer, que la embarace y luego la deje sola, no se haga cargo de su hijo. Es mucha carga para una mujer que no cuenta con su familia y está sola, un hijo es mucha responsabilidad, exige cuidados y algún dinero, lo sé.

—No me importa eso, estoy ahorrando ahora para cuando nazca. Además, tenía el dinero que su hermana insistió en girarle. Era dinero de Alessandro y no quería tocarlo, pero puede que lo necesitara al final.

—Señorita, acepte mi ayuda. Primero reduciré su horario laboral y le aumentaré el sueldo para que pueda ahorrar y no quiero oír protestas, lo haré igual. Soy su jefe, ¿lo olvida?

—Se lo agradezco, pero todavía puedo trabajar sin problemas, mi embarazo es normal. Todo está muy bien.

—Y ya sabe qué es?

—No, no se ha dejado ver, siempre está de piernas cerradas, aunque intuyo que será un varón.

Él sonrió.

—Es tan injusto, qué injusto es este mundo señorita. Tenemos algo de justicia a veces, pero la vida misma no es justa.

—¿Por qué lo dice?

—Siempre quise ser padre, tener una esposa, pero mis negocios y esta vida de locos me convirtieron en un hombre solitario. Introvertido y frío. Soy muy frío. Supongo que lo llevo en los genes.

Tenía razón, parecía frío como todos los ingleses que conocía, pero no lo era, estaba segura de ello.

—Pero imagino que habrá tenido oportunidades de casarse en el pasado.

Él lo negó.

—He salido con mujeres hermosas, pero no se dio de casarme. Ahora a mi edad empiezo a sentir la necesidad de una compañera, una esposa dulce y buena que me dé su amor, su afecto. Son muy valiosas las mujeres, y una buena esposa que lo ame a uno: un verdadero tesoro.

Irina se sonrojó, no pudo evitarlo. Tuvo la sensación que le decía que ella sería ese tesoro, pero luego pensó que estaba imaginando tonterías.

El sonido de su teléfono móvil, el de su jefe, sonó estridente y poco después tuvieron que regresar a la empresa. El momento de intimidad y confesiones había terminado y eso la aliviaba, no estaba preparada para una relación, ni siquiera una relación pasajera de salir y tener sexo.

A lo mejor todo esa charla fue un momento de debilidad, él bebió de más y ella se dejó envolver sin saber por qué.

—Temo que debo regresar, pero puede quedarse si lo desea, señorita. Todavía no ha pedido postre.

—Estoy bien, gracias. Regresaré con usted, señor Stratford.

Irina lo acompañó y él la ayudó a salir del restaurant, tomó su mano y la llevó hasta su auto. Ese contacto fue extraño, todo había sido extraño, pero él parecía muy sobrio cuando lo hizo.

\*\*\*\*\*

No le dijo a Anastasia que había ido a almorzar con su jefe ese día, fue todo tan extraño e inesperado. Se quedó pensando por qué habría dicho eso de que no buscaba una aventura y que de cierta forma la había buscado a ella.

Tampoco creía que fuera necesario reducir su jornada laboral, pero él se mantuvo firme, y días después comenzó un nuevo horario, entraba a las diez y se iba a las cuatro, tenía media hora para descansar y almorzar.

Sin embargo, su estado se notaba y notó un cambio sutil en su prima y su marido. Él no dijo nada de su embarazo, pero lo notó como más frío y ella parecía preocupada.

Pensó que debía mudarse, podía conseguirse algo más económico cerca de allí. Había prolongado demasiado su estadía y ellos eran recién casados y sabía que estaban buscando un bebé, su prima se lo había dicho el día anterior.

Recordó la conversación.

—Es extraño—le dijo Anastasia mientras desayunaban.

Notó que ella estaba comiendo fruta exótica.

—Llevo dos años casada y todavía no he quedado embarazada.

Ella la miró inquieta. Su primera no era como ella, no era rubia, pero tenía rasgos eslavos, sólo que era castaña y de ojos oscuros y muy grandes.

—Estás buscando un bebé?

Su prima asintió.

—Sí, nunca me he cuidado. Yo me casé virgen.

Irina la miró con curiosidad.

—Y él dijo que no quería cuidarse porque sabía que yo era virgen y luego de esa noche me pidió que todo fuera espontáneo entre nosotros.

Era la primera vez que su prima le hablaba así de su intimidad y le sorprendió pues ella solía ser muy reservada.

—Pero yo me asusté, no quería quedar embarazada y comencé a tomar pastillas a escondidas. Él no lo sabía, nunca se lo dije.

—Annie, está bien, tienes derecho a decidir cuándo tener un bebé.

Ella la miró.

—Pero mi esposo lo descubrió y se enfadó y me dijo que esas píldoras son malas, traen

cáncer.

—Eso no es cierto, todas las mujeres las toman.

—Es que su madre enfermó por las pastillas, murió de cáncer de seno y dijeron que fue por eso. Se enfadó mucho y no me habló por días. sufrí tanto. Él es todo mi mundo. así que le juré que nunca más las tomaría. Y desde entonces no las he tomado, pero no he podido quedar embarazada.

—Es muy reciente, ten paciencia.

—Sí, lo sé, mis amigas dicen que los nervios influyen, pero...

Anastasia la miró.

—Lo he intentado todo sabes, tenemos sexo casi a diario, pero no consigo quedar embarazada.

—Tal vez es muy pronto.

—Pero en la familia son conejas. Y yo llevo casi dos años sin cuidarme y nada.

—¿Por eso comes la fruta?

Ella sonrió.

—Y vivo comprando test para mis días fértiles, y nada.

—Haces mucho deporte Annis, te mueves mucho. trabajas con tu esposo, debes quedarte más quieta.

—Tú crees que sea por eso?

Irina dijo que sí.

—Trabajé para una señora rica en Rusia que era de tu edad y también quería quedar embarazada. Yo fui su asistente porque a ella la mandaron a quietud por su embarazo. Un día me dijo cómo había quedado preñada luego de buscar durante años un hijo.

—¿Y cómo hizo?

—Tuvo que renunciar al deporte y ella pasaba horas en un gimnasio. Es que si tú saltas y estás embarazada pierdes al bebé, tienes un aborto espontáneo. Si te caes... y a ella le dijeron que había tenido un aborto por eso sin saberlo y se puso mal. Dejó el deporte y además... parece que la posición no ayudaba. Dijeron que tenía que estar debajo, en la posición de misionero y luego de hacerlo no lavarse, quedarse quieta. Debes dejar el semen un tiempo, no usar duchas vaginales ni nada.

—Siempre me lavo, soy muy prolija. Odio sentirme sucia.

—Pues toma nota, prueba dejar un poco tanto deporte. Tal vez funcione. Y después de tener sexo quédate quieta, no corras a higienizarte.

Su prima cambió de tema y de pronto le preguntó cómo iban las cosas con su jefe.

—No pasa nada con él, es sólo mi jefe—respondió Irina evasiva.

Algo había cambiado luego de que salieran a almorzar, no quería que pasara nada en realidad, necesitaba tanto ese trabajo. pero sabía que él la miraba y parecía bobo con ella.

Ese día fue comprarse ropa a Piccadilly Circus y se sintió mal.

No dejaba de pensar en el italiano y anoche había llorado al recordarle.

Lo extrañaba tanto.

Se miró en el espejo de la tienda y se vio triste, demacrada y enferma de nostalgia. Añoraba los días en Capri, a su lado, extrañaba todo y se sentía incapaz de prestarse al juego de coquetear con su jefe para que él le pidiera matrimonio. No quería un marido así, no quería casarse porque le convenía hacerlo con un hombre rico que parecía interesado en ella.

Apartó la mirada y se acercó a una tienda de bebés y vio de nuevo esos móviles para la cuna y entró. Eran ositos pequeños que giraban alrededor y bailaban, se colocaba sobre la cuna para distraer al bebé y se oía una canción de cuna para hacerlo dormir.

Como era algo pesado pagó y pidió que lo enviaran. Pero sí se llevó ropita blanca pues no sabía si sería niño o niña.

Había comenzado a llevar ropa holgada, vestidos cortos pero amplios en la cintura. Quería usar ropa cómoda pues ya no tenía que esconder su embarazo.

Un llamado en su celular la distrajo y cuando fue a atender vio que era un número desconocido y no atendió. Siguió caminando y de pronto lo vio parado allí en la plaza mirándola. Ella llevaba unas bolsitas de tela con dibujos de bebés y él se le acercó corriendo.

—Alessio... por qué estás aquí?

Lloró de la emoción, no podía creerlo y él se acercó y la miró con fijeza.

—Al fin te encontré. ¿Creíste que podías escapar de mí? dije que te encontraría. Sube al auto y no hagas escenas o juro que te arrepentirás.

Ella lo miró aturdida, era él, pero estaba cambiado, el cabello más largo y la barba crecida, sus ojos tenían una expresión maligna y salvaje cuando la atrapó y la amenazó con hacerle daño a todos si no hacía lo que le decía.

Subió a su auto y trató de controlarse, pero una emoción intensa la embargaba. Estaba allí, su amor la había encontrado y la llevaba con él a la fuerza.

De alguna forma sabía que pasaría, que cuando la encontrara estaría fuera de sí, por haberlo abandonado.

—¿Cómo lo supiste? Ketzia te lo dijo ¿no es así?

Él conducía a toda velocidad y la miró.

—Ve despacio te arrestarán—le advirtió.

Alessandro la miró.

—Nada impedirá que te lleve conmigo y no fue Ketzia, ella no me dijo nada. Y eso me vio desesperado, fue Ítalo, él te encontró para mí, una vez más.

—¿Ítalo Crespi? ¿Contrataste a mi secuestrador?

—Habría contratado al diablo para encontrarte y él es muy bueno buscando personas, en

eso es bueno. Tiene contactos. Ahora irás conmigo al aeropuerto. ¿Tienes allí tu pasaporte?

Irina asintió.

—Ahora vendrás conmigo, preciosa y si intentas algo te juro que me obligarás a hacer algo que no quiero.

—Por favor deja de ponerte así, no necesitas amenazarme. Iré contigo.

—Vendrás conmigo? —parecía sorprendido.

Ella asintió y lloró. Entonces él vio algo distinto en su cuerpo. Vio que estaba embarazada y algo cambió en él, su mirada cambió, pero no detuvo el auto ni dijo nada.

—Debo avisarle a mi prima, se preocupará si no regreso.

—No le dirás a nadie de mí. no quiero que ese inglés malnacido me robe a mi mujer.

—De qué hablas?

—Ese hombre que te dio trabajo, que es amigo del marido de tu prima. Lo sé todo. Ítalo me lo dijo y te juro que lo mataré si ese inglés intenta venir por ti a Italia.

—Por favor, no sé de qué hablas.

—De Ron Stratford, Ítalo dijo que ese maldito había comprado anillos y estaba preparando una gran boda contigo. ¿Dormiste con él?

—No. no. Por favor, es un caballero y sólo me ayudó al rebajarme el horario. Soy su asistente. Deja de acusarme de algo que no hice. Huid e ti porque nuestra relación no era lo que yo quería en mi vida. Por eso te dejé, no fue por esas fotos de tus amigas ramera.

Él la miró.

—Me abandonaste luego de prometer que serías mi esposa, luego de conquistarme y hacer que muriera de amor de ti. No voy a perdonarte nunca eso, pero como no puedo vivir sin ti, no me importa arrastrarme y llevarte conmigo, aunque no quieras. Porque tú eres mía y no permitiré que me abandones de nuevo. Nunca más tendrás libertad, no dejaré que te marches y si me denuncias o

intentas algo...

—Estás loco.

—Ríndete preciosa, te he encontrado y estoy fuera de sí. Ese hombre planeaba hacerte suya, fue él quien hizo que Ítalo te raptara no yo... no fue mi culpa. Pero te vi y me enamoré de ti.

—¿Hablas de Ron Stratford? Estás loco. Nunca vi a ese hombre antes, no lo conocía.

—Pero Ítalo vio tus fotos y se las envió. Él buscaba esposa, necesitaba una esposa para cobrar su herencia, ¿lo recuerdas?

Sí, lo recordaba, pero nunca supo que era su jefe.

—Estaba furioso porque un italiano le robó a quien sería su esposa y te buscó, te buscó, pero Ítalo no le habló de mí, él no sabía quién tenía a su chica, pero sabía que la había perdido. Y ahora por una fatalidad del destino tú te acercaste a él, te metiste en la boca del lobo sin saberlo. Tu prima quería buscarte un marido millonario luego de enterarse que estabas embarazada. Sí también sé lo del bebé y por eso estoy así de furioso.

—¿Cómo lo supiste?

—Ítalo me lo dijo. Creíste que te había salvado, pero tú no habrías podido escapar si yo no hubiera pagado mucho por ti, por tenerte. Pero no fue dinero, fue por nuestra amistad.

—Eres amigo de ese hampón?

—Sí. Pero eso ya no importa, él no es ese demonio que tú imaginas, de haber sido malo habría secuestrado también a tu hermana, a tus compañeras de piso. No lo hizo. Se vio obligado a secuestrarte para complacer a un viejo cliente. El inglés le ofreció mucho dinero y tengo pruebas, tengo pruebas de que no miento. Él necesitaba una esposa con desesperación, pero el cretino exigió que no fuera una ramera y debía ser guapa y virgen. Y ahora esperaba convencerte con la ayuda de tu prima de que te casaras con él. Ibas a caer en su red, con el tiempo lo harías. Él se hacía el caballero por supuesto, el hombre triste que necesitaba los cuidados de una esposa.

Irina se sintió enferma, no podía creer que... su prima le ofreció ayuda, pero era cierto que



la estaba empujando a los brazos de su jefe, ella los presentó y le consiguió ese trabajo.

—Mi prima sólo quiso ayudarme, conocía mi situación. Tú nunca quisiste ser padre, Alessio.

—No me lo dijiste, ¿me abandonaste por eso? porque pensabas que no quería al bebé? cómo puedes pensar eso de mí? crees que no tengo sentimientos? Yo te hice ese bebé, es mío también y tú se lo ibas a entregar a ese inglés maligno y cruel que sólo quería cobrar su herencia maldita.

—Estaba asustada, tuve miedo, quería recomenzar. No fui a Italia para terminar convertida en la chica paga de un millonario, no era esa la vida que soñaba para mí. Tengo un título de administración quería labrarme un porvenir y tu amigo y tú lo arruinaron todo.

—Ahora es tarde para eso, volverás a Italia conmigo porque yo te compré y me perteneces. Pero no soy un hombre malo, no soy insensible, te convertiré en mi esposa y nunca más te dejaré escapar. Tú eres mía, me perteneces.

—No me compraste, deja de decir eso, nunca estuve en venta.

—Pero ibas a ser entregada al inglés, estuviste a punto de ser llevada a Londres. ¿Crees que él habría sido mejor marido que yo? ¿sabes lo que le gusta hacerles a las chicas? Las ata y les pega con un látigo mientras él se queda sentado en su sillón como un bastardo que disfruta viéndolas sufrir. Y no me mires así, es verdad, no lo inventé, Ítalo me lo dijo.

—Bonitos amigos tienes tú. Y tu amigo iba a entregarme a un verdugo por unos cuantos cientos de miles de dólares.

—Pero yo te salvé, te salvé de caer en las garras de ese malnacido y tú queriendo ser independiente, por huir de mí fuiste derecho a meterte a la guarida del lobo. ¿Crees que fui malo contigo? Jamás te haría daño, preciosa, nunca te hice nada malo, pero tú...

—NO me sentía cómoda tus amigos no dejaban de pensar que era tu ramera y al final yo me sentía así.

—Te pedí matrimonio, quise darte un lugar, sólo quería que fueras mía para siempre, sólo mía. Porque te amaba, yo te amaba y lo supe luego de perderte, me volví loco. Tú no sabes lo que sufrí, no lo puedes ni imaginar.

—Yo también sufrí, deja de creerte el centro del mundo.

—¿Sufriste? ¿Y por qué no contestabas las llamadas? ¿Por qué no dejaste que tu hermana me dijera dónde estabas?

—Te pedí tiempo, te pedí tiempo y tú no querías dármelo.

—Tiempo para qué? Te fugaste con un bebé en tu barriga, pudo pasarte cualquier cosa.

—MI prima me ayudó, ella fue muy buen conmigo.

—Pero quería entregarte en bandeja a tu jefe.

—¿Cómo diablos sabes eso? ¿Acaso escuchabas mis conversaciones con ella?

—No. Pero Ítalo dijo que ustedes fueron todos juntos a una fiesta y a cenar, y que su marido conocía bien a Stratford. Imagino que luego de enterarse de tu embarazo iba a casarte con ese hombre.

—Pero yo no iba casarme con él, eran cosas de mi prima que es muy casamentera y sólo quería ayudarme. Nunca di mi aprobación ni tampoco... sólo fuimos a cenar una vez todos juntos y almorzamos, nada más. No hubo más que una conversación y creo que exageras, él no iba a decirme... ¿Cómo sé que eso es verdad? Ítalo es un granuja, ¿tú realmente le crees?

—Es un granuja, pero no miente, él dijo que fue Stratford quien te compró y me parece extraño todo esto, hasta he pensado que fue armado por él para separarnos. Esa ex novia que te llamó, no sé quién le dio tu número, hacía años que no la veía y se apareció de repente por mi casa, como si nada. Alguien la mandó para separarnos y sospecho que fue ese chiflado que envió a su gente a Italia a buscarte luego de que Ítalo dijo que te habías fugado del hotel donde te tenía prisionera.

Llegaron al aeropuerto, pero Irina no pudo avisar, Alessio no la dejó. Aunque parecía más

calmado luego de su conversación todavía estaba nervioso. Tenso.

No dijo nada, dejó que la llevara y le hizo creer que casi la estaba raptando, pero en verdad estaba feliz, tan feliz de que la hubiera encontrado. Casi lo estaba esperando porque esa vida tampoco la satisfacía, no era como lo habría querido, no sin él.

Pero Alessio estaba enojado con ella, ofendido, y durante el viaje ella le dijo que debía avisarle a su prima.

—No, no lo harás, de ahora en adelante me obedecerás. ¿Has comprendido?

Ella lo miró sorprendida pero no bromeaba, hablaba en serio.

—Te di demasiada libertad, confiaba en ti, y ese fue mi error. No volverá a pasar.

—¿Por qué me dices eso? Tenía derecho a alejarme de ti. Tenía derecho a escapar.

—Y si querías terminar nuestra relación por qué me dijiste que me amabas? Por qué dijiste que serías mi esposa? ¿Y por qué rayos conservaste ese bebé en la barriga si no pensabas regresar a mi lado?

—Amo a este bebé, es el fruto de nuestro amor, nunca pensé en quitármelo, aunque me asusté mucho porque no estaba lista para ser madre.

—Tienes una forma rara de querer, preciosa. Pudiste al menos decirme que estabas embarazada, decirme que estabas bien y a salvo con tu prima. Estos dos meses han sido una tortura para mí, un horrible tormento.

—Pensé que me dejarías ir, que me olvidarías. O que te enfadarías si te decía que estaba embarazada.

—No soy un hombre perverso, tengo sentimientos, tenías mi corazón, me lo arrebataste, pero ahora no es lo mismo. Está hecho pedazos por ti y tardará mucho en sanar, yo también estoy roto y tendrás que pagar por lo que me hiciste.

—¿Pagar? ¿Entonces me secuestras para vengarte?

Él no le respondió. Pero la miró con intensidad, todavía la amaba, pero estaba herido, estaba furioso y podía entenderlo. Ahora sabía cómo se sentía y comprendió que había cometido un error.

—Lo siento, siento haberme ido. Perdóname no quiero que me odies, no puedo... no podría soportarlo. Por favor.

Él le robó un beso y en ese beso ardiente ella comprendió que todavía la amaba, que no la había olvidado, pero estaba herido, estaba furioso y tenso, muy tenso por ese encuentro.

Y a pesar de sus palabras, de su promesa de vengarse Irina pensó que se le pasaría, que estaría enfadado con ella unos días, pero luego entendería sus razones.

No imaginó que al llegar a Italia la llevaría a Roma a una villa de un barrio privado con jardines y muchas habitaciones. Un lugar precioso cerca del lago de Como. Su nuevo hogar.

Allí estaban sus cosas, su ropa, sus fotos y los suvenires de Italia.

—Este será nuestro hogar ahora, princesa, tu nuevo hogar y también tu cautiverio. No podrás salir de aquí sin mi permiso y no te daré permiso.

Ella lo miró confundida y exhausta.

—Ven, descansa. Te ves muy pálida. ¿Has ido al doctor por el bebé?

Irina asintió.

—Todo está bien, es un niño sano.

—Es un varón?

—Todavía no lo sé, no me dijeron, no pudieron ver porque siempre estaba de costado con las piernas cruzadas.

Él la llevó al comedor y habló con una mujer para que le sirviera el almuerzo.

Pero no la abrazó ni la besó como esperaba, se alejó de ella y dijo que más tarde la llevaría al hospital para que la examinaran.

Ella lo miró con ansiedad y luego, mientras esperaba buscó su bolso para llamar a su prima.

—No usarás celular. No podrás llamar a nadie, no hasta que yo te dé permiso, pero descuida, he avisado a tu prima y también a tu hermana. Les dije que estás bien y que vamos a casarnos pronto.

Irina se puso colorada.

—¿Casarme contigo?

—Sí, te casarás conmigo. Aunque no quieras. Ese niño llevará mi apellido y tú también, porque eres mía, ¿recuerdas?

—No me hables así, yo también he sufrido.

—¿Pensabas que escaparías de mí que podrías casarte con el inglés y traicionarme?

—¿Casarme con el inglés? Nunca me lo pidió ni yo habría aceptado, era sólo mi jefe. ¿Cuántas veces debo decírtelo?

Él se acercó y la miró furioso.

—Estaba conquistándote, tratando de embaucarte haciéndome el jefe buenito.

—Pero yo no pensé nunca en tener algo con él, ¿me crees tan interesada? No dejaba de pensar en ti. Todo el tiempo. por favor, deja de ser tan cruel conmigo, no necesitas amenazarme ni decirme que te pertenezco. Yo nunca te olvide, me escuchas? Nunca pude olvidarte Alessio. Iba a llamarte hoy, iba a hacerlo, ya no podía más. Mira mi celular, tengo todas nuestras fotos, tus mensajes, no borré ninguno. Y hasta disqué tu número varias veces, pero no me atrevía pensaba que a lo mejor me habías olvidado.

—Pues te tomaste mucho tiempo para darte cuenta, casi me vuelvo loco por ti. Por qué me hiciste esto? Te busqué por todos lados y al final tuve que recurrir a la mafia, no me dejaste opción.

—Tenía que escapar de ti, tenía que saber lo que sentía, sentirme segura. Enamorarse es un proceso y pensé que no querrías al bebé, quise proteger a mi bebé. pensé que no... pensé tantas cosas. tuve miedo también. Mi familia no podía saber que estaba esperando un bebé siendo soltera por eso me fui a Londres. Mi prima me pagó el pasaje y me ayudó.

—Te quería a ti por entero, con uno dos tres bebés en la barriga, no me habría importado. Crees que te habría obligado a abortar? Si yo quería que fueras mi esposa, y sabía que tú querías tener hijos algún día.

—Y esas fotos, esas chicas me hicieron sentirme peor que nunca, como una aventura, una más de la colección.

—No. Nunca fuiste una más, eres especial para mí, eres mía pero las cosas cambiarán ahora. Nada será como antes. Y no dejaré que vuelvas a irte a Rusia ni a Londres ni a la China, nunca más. Tendrán que venir a verte, no dejaré que salgas del país. Y no intentes escapar, porque esta casa tiene guardias de seguridad y todo está filmado. Hay alarmas por todas partes.

—Estás chiflado Manfredi, ¿realmente crees que es necesario todo esto?

—No lo sé, puedes cambiar de opinión, pero como mi esposa y con un hijo mío en tu barriga no podrás irte por ahí de viaje sin mí.

—Y crees que querría hacerlo?

La llegada del almuerzo arruinó ese acercamiento.

Su novio italiano estuvo muy molesto ese día y el siguiente.

Pensó que se le pasaría cuando hicieran el amor cualquier noche de esas, pero se equivocaba.

Alessio la llevó a una clínica privada días después para que la examinaran y aguardaron silenciosos sin hablarse. Irina estaba cansada por el cambio de aire y su estado y él también parecía estar exhausto. Pero no se separó de ella ni la perdió de vista y cuando entró a la consulta él fue con ella.

La doctora que la atendió le hizo muchas preguntas sobre su embarazo y ella tuvo la suerte de mostrarle la cartilla con todos los resultados al día de su atención en Londres.

—Está todo bien al parecer, debe usted seguir tomando vitaminas y hacerse más exámenes. Quisiera realizarle ahora una ecografía.

—Sí, por supuesto.

Y tras decir eso le pidió que fuera al otro consultorio.

Alessandro la ayudó a sentarse y luego ambos vieron la pantalla su bebé mientras la doctora hacía medidas y una empleada anotaba todo en su portátil.

—Aquí está, es un niño sano y grande para el tiempo que tiene.

—Doctora, ¿es un varón?

La doctora pareció desconcertada.

—Es que no me fijé eso, disculpe, dije bebé. quiere saber el sexo de su niño?

Irina asintió entusiasmada.

La doctora le pasó el aparato y lo movió por su vientre con ese gel frío

—Aquí está, mire, tienes las piernas abiertas y no deja de moverse para todos lados. Eso es bueno, muy bueno. Es un varón.

Irina se emocionó, un varoncito y sabía que sería igual a su hombre, un calco. Deseaba tanto ver su carita, tenerle en brazos.

Él se acercó y la abrazó y le dio un beso apasionado pero fugaz. Fue un momento tan especial para los dos.

Una nueva vida comenzaba y ese bebé los convertiría en una familia, pero lo más importante fue sentir que él la amaba, todavía la amaba, la amaba con locura y nunca la dejaría ir.